

## CASO DOÑA PETRONA PAINENAO

Sonaba a todo lo que daba el intercomunicador. Eran mis compañeros médicos del servicio de pediatría que me llamaban urgentemente. En cuanto los ví a todos reunidos, me imaginé que algo grave estaba ocurriendo. No era su horario habitual de ateneo. Además, de entrada percibí la angustia que flotaba en el ambiente.

- Escuchanos, Wille. Tuvimos que internar de urgencia a Eladio, el hijo de los Catriquir. Pidieron la ambulancia desde el paraje. Está en coma. Seguramente por una intoxicación. No sabemos con qué. Los padres refieren que estaba en tratamiento con unos yuyos que le había indicado doña Petrona. Y como es conocida tuya...

Claro que conocía a doña Petrona, afamada curadora mapuche. Me había relacionado con ella por pedido de doña Josefina, que se trataba conmigo por una enfermedad asmática. A su vez, doña Petrona la curaba de una envidia que le endosó algún vecino a través de la huella de su pisada. Según su entender la enfermedad asmática era resultado del daño provocado por el envidioso.

Ahí fue que me enteré que la curadora, aparte de ayudarla con sus métodos, que incluían la ayuda de los espíritus de los antiguos a través del sueño, del peuma que le dicen, le propuso que se atendiera conmigo. Pavada el equipo terapéutico del que formaba parte !

Y así, espontáneamente, operé en lo que después llamé académicamente abordaje conjunto, que es un estilo habitual de enfrentar la enfermedad de los pobladores de mi región.

Volviendo al tema... menudo encargo el de los colegas. Sobre todo de Maqui, excelente persona y pediatra. Conocida por su compromiso con sus pequeños pacientes y su inquietud por la toxicología. Querían que los ayudara en la investigación diagnóstica de una intoxicación de Eladio, y para ello debía asociar a la persona que le habría indicado el tóxico. Como diría el abuelo Atanasio, para qué elegiste oficio. Oficio de articulador intercultural. Oficio de los que andamos caminando entre dos mundos. Pero mundos que suelen llevarse a las patadas.

Antes de enfilarme a la tarea, me dí una vuelta por la sala de cuidados especiales. La imagen del niño en coma y de su madre angustiada me quitaron las dudas. Los Catriquir eran de Puente Blanco, paraje vecino a San Martín de los Andes, y miembros de la comunidad mapuche. Llevaban sus necesidades como podían, y a veces podían poco. Como si fueran personas.

- Buen día, doña Petrona, perdóneme el apuro. Sé que tiene gente esperando consulta, pero es urgente.
- Adelante, doctor, si acepta tengo mate. Eso sí, de sentado. Así se le hace mejor a las urgencias. ¿ No le parece ?

Me hizo acordar al Dr. Vicente Pattaro, mi maestro en Cirugía. Lo primero que me enseñó fue a sentarme cómodamente en un banco que él había diseñado para tal efecto. Decía que no hay mejor que la comodidad del trasero para equivocarse menos en el quirófano.

Tampoco era bueno despreciar. Además, me venían bien unos amargos. Y entre chupada y chupada, me llegó el turno de anotar.

- En realidad, doña Petrona, no sé por donde comenzar. Pero como está de por medio la necesidad de Eladio, el chico de los Catriquir, le voy diciendo que necesitamos que nos dé una mano.

Estaba de recuerdo en recuerdo. Se me vino a la memoria la frase aquella de una pobladora mapuche: “No quiero que me den una mano, quiero que me quiten la mano de encima “.

No me hacía demasiadas ilusiones. De los médicos, y de las instituciones huincas, los curadores de los pueblos originarios recibieron generalmente persecuciones.

Sabía de su capacidad y algo de su historia. De su abuela machi, de su aprendizaje en El Salitral. Del campo de sus padres, que quedó del otro lado cuando hicieron la corrida del alambre los de la estancia vecina.

También el cementerio de los antiguos quedó descolocado. Al poco tiempo los animalitos se estropearon por falta de pasto, y los malvendieron. De la muerte de pena de su padre. Aunque al menos lo enterraron de este lado del alambrado, en el chenque nuevo.

También sabía que se había radicado en San Martín desde hacía unos cuantos años, donde formó familia. Y que tenía fama de persona sabia y prudente.

Vivía en pleno centro de la ciudad. La sala era grande. Había frascos por todos lados. Unos pocos sobre una mesa, con orina. Las “aguas”, como le dicen. Otros, muchos, con variedades de hierbas medicinales desecadas. Y buena cantidad de gente esperando en la sala. Todos conversando animadamente. Bastante diferente a los consultorios médicos de las clínicas y hospitales.

Cuando saludé me respondieron respetuosamente. Registré algún intercambio de miradas inquietas ante mi presencia. Quizás porque en el apuro seguía portando el uniforme de guardia con el correspondiente estetoscopio al cuello. Y claro, desentonaba. Dónde se ha visto medir con el estetoscopio para curar empacho !

Me escuchó atentamente. Ni cuando cebaba el mate me despegaba la mirada. Y cuando terminé, siguió un silencio demasiado largo.

- Me dá que pensar lo que me cuenta, pero aprecio su sinceramiento .  
Y sobre todo, creo que lo más es ayudar al muchachito. Lo atendí varias

veces, la última hace una semana. Le hice rogativa y le dí cachanlawe para tomar. Me pareció que mejoraba. Pero por las dudas, le dije a los padres que no le aflojaran hasta que terminara la botella de remedio.

- En el hospital mis compañeros que lo están tratando entienden que puede estar sufriendo una intoxicación.

- Mire, doctor, la voy a hacer corta porque me ganó el respeto y la sinceridad. Porque si bien no es la primera vez que me desconfían desde el hospital nunca nadie se acercó para preguntarme. Y usted sabe, en el pueblo todo se sabe. Volviendo al chico, no se quede tranquilo, pero busque por otro lado. Lo que le está pasando, no tiene que ver ni con el mal por el que me consultaron, ni con el remedio que le dí. Pero tenga fe que lo voy a ayudar desde acá con una rogativa para que se le haga la claridad. Un consejo, busque por otro lado. Pero busque desde un lugar. Tenga confianza, vaya tranquilo, porque yo voy a rezarle desde acá, que es mi lugar. La fe ayuda a la claridad. Y lo último: es bueno no andar solo en estas paradas.

La verdad es que me la hizo bien cortita. Yo, en cambio, no pude imitarla. La ansiedad de mis compañeros médicos me lo impidió. Por

otra parte, la claridad que me anunció doña Petrona no me llegaba por ningún lado. Tal vez porque siempre anduve bastante resabiado en materia de fe.

Entonces, junto con mi ansiedad rumbeé para la sala de Area de Programa del Hospital. Mucho nombre para poco cuartito. Al lado de mantenimiento, lo ocupaban Herminio, Isolina, Abel y Roberto, los que integraban el reducido grupo de agentes sanitarios . Allí teníamos las reuniones de los lunes, famosa porque durante toda la jornada debatíamos sobre cómo enfocar las dificultades de la tarea y de nuestras relaciones. Nos escuchábamos en nuestro trabajo semanal y planeábamos la tarea a realizar. También era famosa para algunos de mis colegas, que nos acusaban de perder miserable y rutinariamente una jornada de trabajo periódicamente tomando mate sin hacer nada. Curiosos y enfrentados modos de entender la realidad.

Esta vez me tocó presentar el problema. Discutimos la situación, compartimos las dificultades, nos pusimos en el lugar de cada uno de los protagonistas. Hasta que a Herminio le tocó hacer de Eladio.

- Si yo estuviera en coma, si quisiera que alguien me ayudase, le pediría que fuera a mi casa, a mi lugar. No me pregunten porqué.

Nadie le preguntó porqué. En la tarea, y en la vida, hay que respetar la corazonada. Y ahí nomás Herminio y Abel le encararon al paraje con doña Honoria, la mamá de Eladio. Yo, en cambio, me quedé intentando sostener al papá y acompañar al equipo médico. Y compartí con don Andino la incertidumbre de la espera. Estaba más tranquilo. Capaz que las corazonadas son contagiosas. Tal vez porque no me sentía sólo en la jugada.

Anocheceía cuando volvieron. Los noté cansados.

- Encontramos esto, doctor. Una botellita con pastillas de fenobarbital, con unas pocas que quedaron. Son las que le dá el hospital a doña Honoria, para la epilepsia. Ella nos dijo que había tomado sólo cuatro, y mire todas las que faltan ..... Estaban debajo de la cama del Eladio.

En su inquietud por conocer, Eladio había dado cuenta de buena proporción de la medicación. Dejó rastros, pero en la urgencia nadie lo advirtió.

- El que sabe, sabe. Y hay que reconocerle lo suyo a la doña.

El reconocimiento de Maqui era sincero. También el mío, aunque esta vez opté por el silencio. Ya me llegaría el momento de hablar.

Eladio mejoró progresivamente su nivel de conciencia. Nosotros también. Cada uno como puede.

### CASO MARIA PELLAO

Promediaba el segundo día del nguillatún en el paraje Trabunco, en los alrededores de Aluminé. Habíamos participado de una jornada intensa. Desde todos los puntos de vista, pero fundamentalmente desde lo afectivo. Se sucedían las ofrendas a la tierra rociándola con mudai, el alcohol sagrado, y a Nguenechén, alrededor del rehue, que es el preciso lugar en que se conectan el hombre y el Dios. También las rondas, de hombres y de mujeres, donde se danza y se ruega al compás de las trutruucas, pifilcas y cultrunes. Todo ello es necesario, como las rondas a caballo, los ruegos al sol naciente y las despedidas al poniente, para que los hombres, los animales, las pasturas, gocen de la ayuda divina. También se produce el encuentro de la gente de la tierra con las almas de los antiguos.

A la rogativa fuimos invitados a participar algunos blancos. Algunos permanecíamos en la ramada. Y compartimos al anochecer las rondas de encuentros, entre charlas, algunos mates, o la cena entre amigos y familiares.

- Doctor, doctor, lo necesita don Segundo.

Prestamente acudí a la ramada del lonko (jefe) de la comunidad. Don Segundo y doña Ernestina, su esposa, eran las autoridades del nguillatún. A su ceremonia concurrían, además de muchos de los miembros de la comunidad del paraje Trabunco, los peñis (hermanos) de otras comunidades mapuches, y también de las poblaciones, cercanas y no tanto, migrantes forzados por la falta de tierra y de posibilidades.

No casualmente la comunidad Trabunco era una de las que más respetaban las tradiciones mapuches. Quizás por ello también era una de las más comprometidas en la lucha por la recuperación de las tierras, actualizada por el conflicto de repartición de la estancia Pulmarí, que el ejército había desocupado hacia un par de años. Las tierras, que ancestralmente pertenecieron al pueblo mapuche, y que en principio les iban a ser restituídas, por cuestiones económicas y de poder político estaban siendo repartidas a huincas, individualmente o asociados en proyectos comerciales. Todo ello originó un movimiento de resistencia en que las distintas comunidades participaron de muy diversos modos.

La comunidad mapuche del paraje Trabunco se había dividido en dos bandos con fuertes diferencias en función de los modos adoptados en la lucha por la recuperación de las tierras. Don Segundo dirigía uno de los bandos, precisamente el que proponía el enfoque más dialoguista.

Ya hacía unos años, y precisamente por una situación similar, que también incluía cuestiones de liderazgo, la comunidad original se había dividido en dos, permaneciendo junto a don Segundo la mayoría de los pobladores. El resto conformó una nueva comunidad alrededor de otra familia tradicional del lugar. Actualmente, la cosa, al menos numéricamente, estaba más repartida. Y, quizás también por ello, el conflicto se había acentuado.

- Me necesitaba, don Segundo ?
- Apareció un problema serio, doctor. Parece que mi hija, la María, está jodida. Esperaba pedirle que la vea después de la rogativa, pero la pobre empeoró. Necesitamos su ayuda.

María era la hija mayor de don Segundo y doña Ernestina, y se había distanciado de ellos ya hacía un tiempo.

- Era una mapuche entera, si usted viera los tejidos que componía, y nada de anilina para darles color. Todo natural, como lo quiere

Nguenechén. Cantaba las canciones que le enseñaba su madre. También fue calfumalén (niña ceremonial) en las rogativas. Hasta que se juntó con Francisco Lefimán. Su familia también había sido tradicional, pero con la otra pelea se dieron vuelta y se hicieron canutos (pentecostales). Cómo la hija no se iba a joder, si ya no venía más a la rogativa. Por eso había dejado de tejer y hablar en lengua.

Don Segundo apenas aguantaba las lágrimas mientras contaba su desgracia, que era la de su hija. Lo dejamos con su gente, y partí con mi Falcon todo terreno. Me acompañaban Eusebio, el hijo mayor y posible sucesor de don Segundo, y uno de sus primos. Todos callábamos mientras nos dirigíamos hacia el rancho de la familia Lefimán. En el camino recogimos a Justo Caitruz, agente sanitario del paraje, y además hijo del difunto don Roberto, narrador de historias del paraje y excelente persona. Recién entonces Eusebio hizo un comentario.

- Ya venía medio regular de hace un tiempo la María. Pero ahora se puso mala. La familia del marido no quería consultar y la estaban curando por el culto. Pero qué la van a curar esos gritones. Los canutos no tienen ni para empezar cuando alguien tiene un daño, y seguro que la María lo tiene. Los mapuches somos muy conformes a nuestra religión y nuestros representantes. No hay necesidad de escuchar lo que traen los demás. Se entiende que lo que vale es lo tradicional. A María creo que sí, le metieron una traición.

También en este paraje se producía un avance de la religión pentecostal, aunque en menor grado que en otros de la región. Los creyentes se agrupaban en pequeños grupos o iglesias, cada una con su respectiva denominación bíblica. Mi hipótesis era que María había quedado atrapada en el conflicto religioso. En el paraje Trabunco había una fuerte tradición mapuche, sustentada por los dirigentes políticos del pueblo originario. Pero a pesar de ser grupos reducidos, o quizás por ello, la minoría estaba estrechamente unida, fortalecidos por la visita periódica de sus hermanos de fe que se acercaban para realizar encuentros

religiosos. Asimismo, las diferentes congregaciones reivindicaban para sí la verdad y la salvación.

Es más que llamativa la semejanza formal que presentan los encuentros rituales pentecostales con los nguillatunes mapuches tradicionales. Duran varios días, hay cantos y danzas, incluso marchas, la concurrencia del conjunto familiar, y si alguien está enfermo se propone una ceremonia muy parecida a la del clásico machitún (ritual curativo mapuche). Asimismo, los miembros de estas agrupaciones tienen terminantemente prohibido participar de las ceremonias tradicionales mapuches.

La diferencia está en el sentido del encuentro. Y es una tamaño diferencia. Los pentecostales consideran que la salvación es individual, que el pecado es el responsable de las enfermedades, el infierno el castigo para todos aquellos que se equivocan el camino y el cielo el premio para los que cumplen con las exigencias cristianas. Ante los conflictos terrenales hay una propuesta conformista más o menos explícita.

Nada que ver con el sistema de valores mapuche. La lucha entre las fuerzas del bien y del mal se dá cotidianamente, en esta vida. Los modos de comportarse vienen definidos por los antepasados. Las personas formamos parte del medio ambiente, y debemos protegerlo activamente, como lo hicieron los antiguos para las generaciones posteriores. No existe el infierno como castigo eterno de los pecadores, y las almas de los muertos descansan en el wenu mapu, junto a Nguenechén.

La llegada al rancho interrumpió mis cavilaciones. Nos recibió Francisco, el marido de María. Nos invitó a pasar. Se lo notaba un tanto receloso con la presencia de su cuñado, y posiblemente con la nuestra. Pero en cuanto nos sentamos nos comunicó la situación.

- María está muy jodida. Se la pasa aullando y gritando. Ni duerme a la noche desde hace unos días. Y cuando alguien se acerca ya se

escapa al bosque. Abandonó a los chicos, a la casa, a mí hace rato que no me atiende. A mis padres ni los respeta. Y a los suyos propios, hace rato que no les habla.

- Y usted qué cree qué le pasa a su esposa ?
- La verdad que no sé qué le pasa. Por eso es que acuerdo en que ustedes la vean.

Desde una interpretación médica occidental, María estaba con una fuerte crisis psiquiátrica, con delirios místicos persecutorios, alucinaciones, agresividad, insomnio y miedo. Necesitaba una internación, psicoterapia individual, familiar y enfoque comunitario, y medicación para salir de la crisis.

- Pero no sé cómo la vamos a internar si en cuanto los vió acercarse rumbeó a las disparadas hacia el bosque. Y con sus aullidos temblamos todos. Imagínese los chicos lo que están pasando.
- Les pido que se le lleguen ustedes y la traigan. Prefiero no ser yo el que la obligue al traslado. Una vez que esté aquí, le pondremos un sedante y la llevaremos con acompañante al Hospital de San Martín. Allí la internaremos hasta que se mejore.

Mientras la buscaban, me quedé en la ruca cuidando a los niños y pensaba en el complejo cuadro familiar y comunitario.

Don Segundo, lonko de la comunidad, también es maestro de huerta de la escuela del paraje. Junto con doña Ernestina, son los referentes religiosos mapuches. De fuerte carácter, ambos lucharon desde siempre por mantener a su comunidad protegida de las agresiones externas, incluso religiosas y culturales. Quizás también por eso la comunidad Trabunco es de las más tradicionales. Incluso pudo convivir con la misión católica del lugar sin perder su identidad.

Decía don Segundo, con el acuerdo de doña Ernestina:

- No hay mayores beneficios con los pentecostales en la zona. Los mapuches somos muy conformes con nuestra religión y nuestros representantes, que tratan de informar nuestra situación y no hay necesidad de escuchar lo que traen los demás. Se entiende que lo que vale es lo tradicional. A María creo que sí, que le metieron una traición. La historia mapuche limpia y purifica la religión. Las otras religiones joden sus creencias. En María hubo una influencia pentecostal que le hizo ladear de un camino a otro porque le percanó la conciencia. Así perdió su conocimiento cuando dijo que quería ser evangelista. No hizo caso de la religión familiar. Todo porque los suegros tienen “un pequeño error”. Es que ellos están en otra religión. Le exigían a María asistir a las reuniones y ella tenía que ir para no andar mal con los suegros. Le agarró una preocupación grande por esta exigencia y allí aparece la crisis. Cuando se interna en el hospital con su marido para tener el último parto los chicos se quedaron con los otros abuelos porque estaban más acostumbrados. María mejoró cuando dejó de ir al culto y le respetaron su pensamiento. Hay llegada de evangelistas a todas las agrupaciones y perturban la religión mapuche. Se debería respetar a los mapuches tanto en creencias religiosas como políticas. La religión mapuche tiene orígenes milenarios. Este tema religioso se debería tratar con el jefe de cada agrupación. Así esta gente no podría meterse así nomás.

Lo cierto es que María se crió en medio de conflictos comunitarios y sociales y de una muy fuerte presencia paterna, muy exigente en el respeto a la tradición mapuche. Desde pequeña hiló la lana de las ovejas y el pelo de los chivos de los rebaños paternos, tejió hermosas labores en telar, entonó las canciones que le enseñó su madre, y en las rogativas era la calfumalén, es decir la niña virgen que cuidaba las **ofrendas** de la comunidad para Nguenechén.

Francisco Lefimán, a su vez, pertenece a una familia originalmente muy allegada al lonko don Segundo. Posteriormente, y posiblemente por

diferencias políticas, las familias se enemistaron. Los Lefimán fueron los primeros de la comunidad que adhirieron a la prédica pentecostal. Son, además, una de las familias más pobres del lugar.

De todos modos, María y Francisco conformaron una pareja, hicieron rancho aparte y tuvieron varios hijos. Francisco cuidaba sus pocos animales, agarraba las changas que podía, reparaba y ampliaba su casa y se ocupaba dignamente de su familia. María era una madre ejemplar. Sus hijos estaban siempre arreglados, su huerta producía buenas verduras y hortalizas, y sus tejidos seguían siendo elogiados incluso por las vecinas del lugar, lo que no es poco decir.

Las presiones de ambas familias originarias sobre el nuevo grupo familiar se agudizaron paulatinamente, y se expresaban fundamentalmente en la concurrencia exigida a las reuniones de culto pentecostal y a los nguillatunes.

Fue entonces que María entró en crisis, con delirios persecutorios místicos en los que se alternaban contenidos mapuches y pentecostales, aislamiento, abandono de sus tareas habituales, insomnio.

El agente sanitario del lugar, además compadre y vecino, intentó acercarse, pero infructuosamente. María, cuando veía algún visitante, corría a refugiarse en el bosque de araucarias cercano a su rancho. Es necesario recordar que la araucaria es el árbol sagrado mapuche. Sólo su marido podía hacerla regresar, una vez alejado el visitante. Fueron infructuosos los intentos de vecinos, familiares, y miembros de las instituciones del lugar, incluso del hospital. El acercamiento de Justo había sido elaborado por el equipo del Hospital de Aluminé para enfocar la situación.

El desencadenante de la crisis, a nuestro modo de entender, lo constituyó el nacimiento de su hija menor. La niña sufrió un parto prematuro y soportó, junto a su madre, una internación prolongada en el hospital de

Aluminé. Las dos ramas familiares confrontaron fuertemente para lograr, cada una con sus respectivos modos, la salvación de la niña.

Durante la crisis, los chicos desmejoraron de modo evidente. A pesar de la ayuda que intentó brindarles Francisco. A su vez, éste tuvo que abandonar sus trabajos como peón temporario y el cuidado de sus contados animales.

El traslado de María al Hospital de San Martín fue muy traumático. Tanto Francisco como el hermano y el primo de María tuvieron que esforzarse para introducirla en el auto y a pesar de la medicación, que tuvimos que reiterarla en dos oportunidades. Y durante el viaje, sobre todo en la primera parte, gritaba y se revolvía. Para peor, a la madrugada, cerca del río Malleo, una piedra rompió el carter de aceite del Falcon, por lo que tuvimos que ir reponiendo el vital elemento periódicamente. Afortunadamente, las monjas del colegio del Malleo nos auxiliaron con una lata de veinte litros de aceite de máquina que disponían casi milagrosamente.

En el hospital de Junín cambiamos de vehículo, y viajamos más confortablemente en una ambulancia. Una vez internada María en el hospital de San Martín, quedó acompañada por su esposo. Durmió de manera llamativa ayudada por la medicación.

Ya en un par de días, sostuve un diálogo con ambos. Me aseguraron que estaban sufriendo un daño, probablemente por la envidia despertada en algún vecino por el nacimiento de su niña. Y como nunca falta algún brujo que se prende... Llamativo que recién en la internación hospitalaria pudieran plantear su diagnóstico tradicional.

Doña Juanita, renombrada curadora de la comunidad mapuche local, fue la encargada de ayudarlos. Es decir, conformamos con ella una dupla terapéutica que operaba cada uno desde su ámbito cultural. Lo que llamamos un abordaje conjunto. Doña Juanita confirmó lo del daño. Que aparecía en María pero que también atacaba a Francisco y a los niños.

Estaba radicado, precisamente, en la casa de la familia del paraje Trabunco. Era necesario desalojarlo de las personas y del domicilio. Pero esto no iba a ser fácil, pues el brujo que lo hizo tenía mucho poder. Doña Juanita necesitaría trabajar durante un tiempo, incluso hacerse ayudar por otras curadoras. Por eso, cuando regresaran al paraje, la familia debía ir a vivir a otra casa, hasta que se pudiera completar, a través de rogativas y a distancia, la curación de todo el sistema enfermo.

La evolución de la crisis fue espectacular. Mejoró María y también nosotros. Pero me cabía la inquietud: Qué ocurriría cuando María volviera a su paraje ? Cómo respondería a las presiones ? Qué actitud asumirían las familias comprometidas ?

Antes del alta, con la pareja y en compañía de Justo, pudimos reconstruir la historia. Hacía un tiempo un primo de Francisco, iniciado como pastor local, estaba desarrollando su tarea evangelizadora justamente en el culto de sus tíos, los suegros de María. Ejerció una fuerte presión sobre María. También su suegra le dijo que si no participaba activamente en el culto se moriría cualquiera de sus hijos. Esto la perturbó notablemente, sobre todo teniendo en cuenta la reciente internación por su hija recién nacida en el hospital de Aluminé. El pastor y la suegra la convencieron de que participara en una reunión de culto donde la iban a ungir. Este encuentro se hizo en la casa de María y Francisco, y participó todo el grupo pentecostal local. Ahí fue que Francisco se retiró, dejando sola a su esposa. Nos contó María que “el pastor se volvió loco y gritaba que le había llegado el Espíritu Santo”, y comenzó a manotear a su hijita Felisa.

María, impotente, se arrinconó llorando. Ni siquiera podía escapar. La suegra tuvo que sujetar al pastor que, sumamente excitado, se revolcaba y gritaba que estaba poseído por el Espíritu Santo, que estaba dentro suyo.

A partir de esa circunstancia María se retrajo. No hablaba con nadie, y Francisco también se encontró atrapado. Una vez llamaron a Justo y estuvieron tres horas reunidos sin cambiar palabra. El agente sanitario lo aceptó, se lo comunicó a la pareja y les anunció que pasaría todos los días

por la casa esperando algún pedido de ayuda. Hasta que la pareja le reprochó que anduviera haciendo trámites para echarlos del paraje. Quizás lo relacionaron con el intento de forzar un acercamiento que realizaron algunas instituciones, incluso policía, juzgado y parques.

A pesar del desmejoramiento de la relación, el agente sanitario continuó cerca. Francisco le recibía la leche por la ventana, sin dejarlo entrar. Los niños estaban desmejorando. María disparaba al bosque si alguien se acercaba, quemaba la ropa y rompía las cosas de la casa. Hasta quiso pegarle a la suegra porque interpretó que la quería matar. Reiterados intentos diseñados desde el hospital fracasaron. Los vecinos, asustados, comenzaron a firmar una nota pidiendo que mandaran a María a una “loquería”.

Luego de iniciar el abordaje conjunto, el cuadro clínico mejoró, y decidimos intentar la externación. Lógicamente, acompañamos a la pareja de regreso a su lugar, y realizamos sendas reuniones familiares. Fueron reuniones largas, llenas de búsquedas, con más preguntas que respuestas, y no faltaron los cuestionamientos religiosos. De una y otra parte. Nosotros, no nos cabía otra, operamos desde lo médico, pero advertimos que las cuestiones religiosas habían tenido mucho que ver con el problema. Nuestra propuesta apuntaba a que la pareja se independizara en todos los aspectos. Pero no iba a ser fácil. Dejamos en claro que la mejoría de María podía ser solamente transitoria, y que nuevas crisis surgirían si no se respetaban sus necesidades y sus posibilidades. Y las de Francisco y de los niños.

También visitamos a algunos vecinos buscando su apoyo. En dicho sentido, resultó fundamental el acompañamiento que brindó una comunidad de monjas que habita el paraje, que desarrollaron un excelente vínculo y facilitaron la reinclusión de María y los suyos. También miembros de algunas instituciones que operan en el paraje hicieron lo suyo. Lo que se dice un enfoque de red comunitaria.

La familia se trasladó a la casa de los padres de Francisco. Los visité periódicamente durante largo tiempo. También para el control farmacológico. La evolución fue satisfactoria. Los niños pronto recuperaron su sonrisa, María sus tejidos y Francisco sus trabajos.

Doña Juanita avisó que podían volver a su lugar luego de unos meses. No observé la reaparición de presiones familiares por las cuestiones religiosas. María y Francisco no concurren, al menos por ahora, a ninguno de los eventos religiosos del lugar. La lucha de la comunidad por sus tierras continúa.

### CASO REMIGIO LONCON

Pocas cosas tan deslumbrantes como el otoño en la región. Con sus lagos reflejando las laderas repletas de matices. Con sus sendas alfombradas con el oro de las hojas caídas. Para mejor, hasta se puede gozar de la soledad, ya que es el tiempo de los lugareños. Pocos turistas le hacen el empeño en esta temporada. No saben lo que se pierden.

En las celdas de la alcaldía, también hay soledad. Sobre todo de noche, cuando se apaga la luz de las instalaciones de detención. Es una soledad distinta. Quizás por lo obligada. También es distinto el colorido. Un gris opaco que no permite el ingreso de otro tono. Gris el afuera y el adentro. Esto reflejaba el semblante del nuevo interno en la alcaldía de San Martín de los Andes.

Siempre intento respetar este momento. No invadir y aceptar que transcurra el tiempo del dolor inicial por la pérdida de la libertad. Remigio se mostraba como un hombre corpulento, tímido, de muy pocas palabras. No participó en la conversa grupal, pero me tendió su mano con fuerza cuando me despedía. Más allá de su tristeza.

- Espero que la próxima podamos hablar un poco. Y si quiere, lo hacemos en mi consultorio.

Su mirada me contestó afirmativamente. El hospital tiene sus ventajas, en especial la privacidad. Y la oportunidad para los detenidos de salir fuera de las celdas. Lo malo es que suelen llevarlos con las esposas colocadas. Cuando esperan en la sala de al lado, si están esposados, los atiende rápido. Si no, prefiero que estén un rato más, disfrutando del lugar o conversando con algún conocido. Ellos también lo prefieren. Los grupos, en cambio, tienen por escenario el comedor de la alcaidía. Amplio, el frío cemento fija los bancos y la mesa. Para disimular, muchas veces se colocan frazadas. Que cuando cubren la mesa mejoran los amenos partidos de truco con que solemos matizar los encuentros. Es que no sólo de reflexión vive el hombre.

- Mire, doctor, me siento mal porque estoy preso. Pero además porque realmente no entiendo lo que me pasó. Fui al hospital a visitar a mi hijo Carlos, que estaba internado. Ahí me encontré con mi amigo Eusebio.

Como íbamos para el paraje, me bajé del caballo y juntos encaramos la huella. Llevábamos unas cajas de vino y una damajuana de cinco, así que empezamos a tomar. Y ya no me acuerdo de nada. Pero por lo que me contaron, parece que lo corté. Y así debe ser nomás, porque era mi cuchillo el que estaba con sangre. Lo mismo que mi ropa.

Remigio era el lonko de la comunidad Colipe, que vive a orillas del lago Trahuén. Hombre respetado y querido. No sólo por su función. También más allá de las circunstancias por las que atravesaba.

En las horas de visita nunca faltaba su señora y algunos de sus hijos. Ya en el patio de la alcaidía los días de sol, ya en el comedor los de lluvia, compartiendo mates, algún pan recién salido del horno, los silencios, siempre el dolor y de a poco la esperanza.

Remigio también era conocido por su afición al alcohol. Podía estar varios días sin probar un vaso, pero bastaba que hubiera una ocasión social, sea un velorio, una señalada, carreras cuadreras, un encuentro de taba, y sobre todo la bajada al pueblo, para que se embriagara. De nada habían valido los pedidos de su familia ni los consejos de algunos vecinos.

- Estoy preocupado por mi familia. Dejé el madereo recién empezado. Y el tiempo se termina. Para peor Carlos, mi hijo mayor,

se rompió el brazo. Mi mujer tuvo que aceptar la ayuda de los parientes. El otro día se perdió uno de los bueyes de la yunta y salió a campearlo de noche mi hija

Magdalena. Pobre, encima tuvo que dejar la escuela. Un poco por la vergüenza, y otro poco porque debe cuidar los chicos. Mi mujer tuvo que emplearse en casa de familia, sabe. Y en las visitas me cuentan estas cosas y no sé para dónde tirar.

- Me parece importante que se dé cuenta que la familia necesita de usted

más que nunca. Debe continuar apoyándolos, ahora desde acá, para que puedan vivir lo mejor posible en esta situación difícil por la que están pasando. Para eso usted debe prepararse.

Acordó que convencería a Magdalena para continuar con sus clases. Y aprovecharía las visitas para ir sacando las dudas del madereo a su hijo Carlos. Así, al mejorar de su brazo lo habilitaría para trabajar. Le preparó una lista de clientes para leña, y arregló con un amigo para los traslados con su camión.

Los ingresos familiares lógicamente disminuyeron mucho. Carlos, aún recuperado de su fractura, no alcanzaba a procesar la leña ni la madera para cubrir las necesidades. Doña Idalina, su esposa, embargada por el dolor apenas podía trabajar en casa de familia mediodía. Después se ocupaba de la casa y los chicos. Ni siquiera le daba para hilar o tejer. En cuanto a Magdalena, la maestra puso mucho empeño para ayudarla a recuperar lo perdido por su alejamiento, y también la acompañó en su nueva situación. Pero a la pobre Magdalena se le iba la fuerza en cuidar a los hermanitos correteadores, que fueron los que mejor se adaptaron. A los coltros se les hacía chico el bosque que rodeaba la casa familiar. Remigio era un preso atípico. Sus compañeros, siendo más jóvenes, eran casi todos reincidentes, y conocían las reglas de juego de la alcaldía. Otra diferencia estaba en el estilo de Remigio: muy callado, sin llegar a la hosquedad, su prudencia le ganó el respeto de sus compañeros y del personal policial.

Su defensa, a cargo en un principio del defensor oficial, fue tomada por Matías, un joven abogado del pueblo. Se hizo cargo en forma gratuita, luego de que delegados de la comunidad mapuche se lo solicitaran.

El enfoque sostenido por Matías giraba alrededor de la falta de conciencia de Remigio al protagonizar el lamentable suceso que determinó la muerte de su amigo Eusebio.

Siempre me llamó la atención lo conflictivo que resulta a los pobladores mapuches tradicionales el acogerse al dictado de la justicia huinca. Es que la justicia mapuche tiene otros modos. La resolución del problema la siguen teniendo los protagonistas de los hechos. El ofensor y el ofendido, o sus deudos, dirimen en un marco familiar y comunitario sus problemas. En dicho sentido, el lonko y el grupo de consejeros ancianos intervienen como moderadores. El objetivo es ponerse de acuerdo en el modo de reparar la ofensa. Lejos de delegar la cuestión en manos de especialistas profesionales, llámense abogados o jueces.

Adopté esta modalidad en mis intervenciones laborales. Por ejemplo, cuando un detenido me pide, lo invito a reuniones individuales, familiares y/o grupales, y la reparación pasa a ser uno de los objetivos a lograr. Trascendiendo la venganza de la justicia huinca y tratando de limitar la culpabilización social. El estigma residual es el inconveniente a vencer. También fue mi intención en el caso de Remigio. Pues si bien quedaba claro su falta de conciencia cuando protagonizó el evento, no era la primera vez que había hecho daño al alcoholizarse. Al menos desde lo terapéutico, le cabía una responsabilidad. Ante los familiares de la víctima, ante su propia familia, ante su comunidad y ante sí mismo. Participó durante mucho tiempo en el Grupo de Rehabilitación de Alcoholismo del Hospital. En su proceso, no sólo recibió y aceptó el apoyo de sus compañeros, sino que posteriormente se dedicó a ayudar activamente a los nuevos integrantes. Así comprendió cabalmente la utilización personal del vino para intentar el escape a una realidad difícil. También entendió el papel que el alcohol había jugado en el sometimiento político de su pueblo, y no sólo durante la llamada conquista del desierto.

A pesar del encierro a través de las visitas y reuniones familiares, pudo aconsejar a sus hijos, escuchar y consolar a su esposa, enseñar algunos secretos a su hijo mayor para el manejo de los bueyes y el madereo, y, sobre todo, retomar, en la medida de lo posible, su función como padre y esposo.

Se acercaba el tiempo del nguillatún, la rogativa mapuche anual. Era el momento del encuentro de los miembros de la comunidad. Por ser el lonko, Remigio desempeñaba tradicionalmente un papel esencial en la ceremonia. Es así que una comisión se acercó a la alcaldía y acordó con Remigio que pedirían, cada uno por su lado, autorización para que estuviera presente en la rogativa.

El juez se hizo eco del pedido y lo autorizó, en abril del 97, a concurrir sin custodia policial al encuentro. Y en el marco de esta ceremonia, públicamente, el lonko pidió a sus peñis perdón por el daño cometido. Y además, teniendo en cuenta que su encierro disminuía francamente su capacidad de conducir, pedía que se nombrara otro lonko en su reemplazo.

Es decir que Remigio aprovechó el nguillatún para hacer pública su renuncia al importante cargo comunitario. También se comprometió a tratar de reparar a los familiares de la víctima. Para ello leyó una carta que había escrito un par de días antes. Me emocionó escucharlo.

Ni lerdo ni perezoso, aprovechó la ocasión para hablar con los deudos de Eusebio. Les ofreció animales y les contó la circunstancias que recordaba del lamentable episodio. Asimismo, la seguridad de que si hubiera estado conciente, no habría agredido a su amigo.

La viuda no aceptó los animales. Quizás porque no los necesitaba. Quizás porque no lo pudo perdonar. Quizás porque comprendió que la situación económica de la familia de Remigio era mala. O quizás por todo esto junto.

Remigio estuvo detenido alrededor de un año. Se realizaron audiencias en la Cámara Penal de Zapala, y ésta determinó la suspensión de su juicio a prueba. Dictaminó que Remigio realizara trabajos comunitarios durante dos años y que continuara su labor terapéutica. Asimismo, intermedió para que la viuda de Eusebio aceptara los animales en reparación.

Ni que fueran mapuches los jueces.

Actualmente trabaja en la construcción en el pueblo, donde concurre diariamente desde su paraje. Su hijo está a cargo del madereo. Le gustó la

actividad y es un experto con los bueyes. Su hija le dio un nieto hace poco tiempo.

Sigue siendo respetado. También por él mismo.

## CASO SEGUNDO QUILALEO

Don Segundo Quilaleo tenía 84 años, pero no habían sido cualquier 84 años.

Capataz de una estancia del río Malleo, querido por peones y patrones, por vecinos y por visitantes, todo en él imponía respeto. Su hablar pausado, su energía para el trabajo, su capacidad de escucha.

Muchos, sin embargo, lo recuerdan especialmente por su modo de montar. Desde pequeño su relación con los caballos había dado que hablar.

Domaba desde muy temprana edad con el sistema de su padre y de su abuelo: de palabra. Acariciando al animal y llevándolo de a poco a vincularse con el jinete. Decía que el potro era como una mujer. Que necesitaba una voz suave y mucha ternura para orientarle la sustancia.

Y con todos sus años encima, su prestancia se mantenía. Y en las noches de luna llena, las incrustaciones de plata de su recado y las monedas de su rastra anunciaban su llegada desde lejos.

Su mujer había muerto en la nevada grande del 60. La sintió mucho don Segundo. Fuerte, laboriosa, su huerta y la leche de sus vacas surtía muchas mesas de los hogares del pueblo cercano. Después, los hijos se fueron agrandando y alejando para armar familia.

Pero don Segundo no quedó sólo. Respetado como era, permanentemente recibía a amigos y conocidos en su ruca. Muchos en consulta por dificultades de familia, por problemas con las instituciones del huinca, por cuestiones de la vida o por asuntos de tristeza.

Era considerado persona sabia. Buen ponedor de oreja don Segundo. Eso sí, siempre con un mate de por medio. Tampoco le faltaban puebleros que recorrían buenas distancias para confiarle sus conflictos.

Tradicional el hombre, nunca había faltado al nguillatun de su paraje. La rogativa anual era sagrada para don Segundo. Por eso el lonko y la

comunidad lo nombraron sargento de la rogativa. Pavada de sargento tenía la rogativa de Atreico.

Pero también a los hombres sabios se le escapan las fuerzas cuando se termina su camino. Y sus últimos tiempos los tuvo que pasar sin poder caminar, en su sillón de madera acolchado con cuerito de lanar.

Al lado de la económica de su rancho, cuidado por muchos vecinos y algun familiar, don Segundo vió mermar sus energías. Al final, apenas hablaba y no podía escuchar.

Pero las visitas continuaban, porque era sabido que don Segundo seguía aconsejando sin hablar. Simplemente con tomar un par de mates a su lado, al visitante le llegaba la decisión conveniente. Bien entendido el mate de don Segundo.

Aquel día el anciano se levantó con más dificultad que de costumbre. Pidió, con voz queda, su mate mañanero. Y comentó muy despacito que tuvo un peuma. Se le apareció en el sueño su mujer. Y le dijo que lo necesitaba con ella en el wenu mapu. Para descansar juntos. Para algo los hijos ya estaban todos crecidos y enfamilados.

Postrado desde hacía meses, con las coyunturas endurecidas y el aire que casi no le entraba, don Segundo pidió a sus paisanos un último favor:

- Necesito estar en el nguillatún. Nunca falté por los demás, ahora lo necesito para mí.

A nadie se le ocurrió pensarlo dos veces. El pedido de don Segundo era una alegría para todos.

Bien alentados, entre familia y vecinaje le armaron una especie de sillón con angarillas. Para mayor comodidad, le agregaron su clásico cuerito de lanar, y no le faltó el poncho de Castilla para templarle el espíritu. Ese poncho lo acompañó en su vida de trabajador rural. Había sido un regalo de su padre cuando consiguió su primer trabajo de peón en la estancia vecina.

El traslado hasta el lugar del trahum no fue fácil. Pero todo se facilitaba cuando se anoticiaba el sentido del pedido.

Para la primera parte don Esteban facilitó su camión. No olvidaba cuando don Segundo, hacía algunos años, le había armado arreglo para pagar una deuda que se le había atrasado. Para cuando llegaron a la

huella, estaba esperando el carro de los Catriquir. Se habían anoticiado por la radio comunitaria. Antes era distinto, había que mandar algún mocetón a caballo por delante. Ventajas de la ciencia, que le dicen.

Cuando llegaron al campo sagrado, don Segundo era esperado por toda su comunidad. También por algunos invitados del poblado, que se agregaban respetuosamente a la rogativa.

Ya estaba armada su ramada, con un buen fogón, justo en el centro de la media luna. No le iba a faltar agua caliente para el mate, mudai para asperjar el suelo, ni algún poco de asado para distraer el estómago.

El primer día de rogativa lo pasearon en su sillón alrededor del rehue. En sus frágiles manos sostenía su bastón de mando. Porque don Segundo seguía siendo el sargento de la ceremonia.

Esa noche todas las familias desfilaron por la ramada de don Segundo. Y consumieron el alcohol ritual de araucaria, y regaron el suelo en su homenaje. Porque en la tierra está la esencia de Nguenechén, y porque don Segundo estaba convirtiéndose en tierra.

Al otro día, ya de madrugada y portado por su gente, don Segundo acompañó el ruego de recibir al sol. Luego del awun, cuando los caballos cesaron su ronda, entregó delante de todos el bastón de mando a su nieto mayor. El llanto de la gente de la tierra fue signo de aprobación por la elección del nuevo sargento de la rogativa.

Durmió serenamente todo el día, como retomando fuerzas. Cuando a la noche llegó la hora de la ronda, despertó con el sonar de los cultrunes, pifilcas y trutruucas.

Fue entonces que don Segundo, milagrosamente, se levantó de su sillón de madera, su sillón acolchado con cuerito de lanar, tomó de su nieto mayor el bastón de mando, y alentado por los alaridos de entusiasmo de la gente de la tierra, del mapuche, enderezó su cabeza, luego su cuerpo, y majestuosamente, como en sus épocas de jinete, dio cuatro vueltas al rehue.

Desenvainó su cuchillo, el que lo acompañó desde su juventud, y sacrificó con sus propias manos el cordero ritual. Y cuando extrajo su corazón palpitante entregó su alma a Nguenechén. La gente levantó su cuerpo en andas y lo hizo dar cuatro vueltas al rehue, en su último paseo ritual.

La última parte de la rogativa fue el inicio de un duelo comunitario que duró varios días. Muchas personas llegaron desde lugares muy distantes, anoticiadas de su muerte y necesitadas de despedirlo.

Como no podía ser de otra manera, lo enterraron con su caballo, con el apero incrustado de piezas de plata, su rastra brillante y su sombrero de ala ancha.

Dicen los comentarios que en las noches de luna aparece una claridad sobre el entierro de don Segundo. Capaz que es el brillo de la plata. O capaz que es el reflejo de su mirada, nomás.

El bastón de mando de la rogativa sigue en manos de su nieto mayor. Buen domador el joven. Promete mucho y hace honor al nombre.

### CASO ZENOBIO TUREO

- Quiero que me entiendas bien, Wille. Don Zenobio ya debe estar llegando a San Martín por omnibus. Casi, te diría que se nos escapó del servicio. Pero lo cierto es que no está en condiciones de suspender su tratamiento más que unos pocos días. Su estado renal es crítico y debe dializarse permanentemente.
  - Me queda claro. Fuimos nosotros los que lo derivamos para Neuquén. Y buen trabajo que nos costó convencerlo. Si no fuera por sus hermanas no abandonaba sus pagos.
  - Acá lo apreciamos mucho a don Zenobio. Te recomiendo que lo controles el par de días que lo autorizamos, por decirlo de algún modo. En cuanto termine la Navidad quisiéramos que regrese. No sea cosa que se descompense.
- Estaba en la guardia del 23 de diciembre. El verano se presentaba caluroso. Por si fuera poco, los turistas demandaban mucha energía. Era difícil que entendieran que la guardia era para las urgencias. Pero la cola para consultorios externos era larga y podían perder su deseada

excursión. Entonces la guardia de urgencias era el lugar al que recurrían para averiguar qué crema los protegía de potenciales quemaduras solares, o la madrugada el momento ideal para que un somnoliento y agotado médico, entre cesárea, partos y accidentados, diagnosticara un estado gripal iniciado varios días atrás.

Pero enseguida la enfermera me sacó de mis cavilaciones:

- Doctor, don Zenobio lo está buscando. Dice que recién llegó de Neuquén. Lo hice pasar al consultorio. Lo veo bastante cansado. Está hipertenso, como siempre. Pero pálido como nunca.

Semblanteadora la enfermera. No casualmente era de las veteranas, de las que se aprendía permanentemente, de las que hablaban más con los gestos que con los dichos.

No me desprendí ni del mate ni del termo. Sabía que el encuentro sería trascendente. Y no hay como un matecito para aflojar la inquietud. La propia y la ajena.

- Hola, don Zenobio. Me alegra y me preocupa verlo por acá.  
- Que tal, doctor ? A mí también me alegra verlo. Y para mejor, no me preocupa. Necesitaba estar las fiestas con mi gente, por eso me vine A pesar de sus colegas.

No fue fácil convencer a los doctores de Neuquén. Se aquerenciaron con uno. Cada cuál se aquerencia como puede.

- Casualmente hace un rato hablaron por teléfono y me anunciaron su llegada. Y también me recomendaron que lo ayudara en lo que necesite, aunque ni falta hace que me lo pidan.

- Sé que puedo contar con usted. Por eso me atrevo a pedirle me facilite vehículo para llegar al paraje. Hasta el camping, nomás. Después me lo camino solo. La huella carrera no dá para camioneta.

- Por supuesto que sí. De paso le pido a Herminio que aproveche el viaje para hacer una rondita por el paraje. Le recomiendo que combine con él para la vuelta. En cuanto pase la

Navidad le mando la camioneta para que no demore demasiado. Ya sabe que si no se dializa la orina le envenena la sangre.

La mirada de don Zenobio me paró el discurso. Una mirada que decía verdades que aún no comprendía. Sólo que me comprendía y que me pedía comprensión.

Y allí se fue con los suyos. Don Zenobio vivía en Quilanlahue con sus dos hermanas mayores, cincuentonas robustas, que no le hacían asco a ninguna tarea. Tanto les daba hachar un tronco como procesar un queso de leche de cabra. Los frutales les daban para dulce que cambiaban con los vecinos por algún frasco de miel. Cuando carneaban un chivo no les faltaba a los allegados un pedazo de asado, y los panes recién horneados eran buena excusa para visitar o recibir visitas. Encima, ya era tiempo de cerezas y de guindas.

Cosas de la vida en comunidad. Tampoco es para idealizar, se entiende. De vez en cuando, se daba el conflicto por algún chivo que se metía en la huerta del vecino, o por algún desorejado al que el enamoramiento le hacía perder la conciencia y le ponía presencia a cualquier hora en la casa de la familia de su pretendida muy después que el sol enrojecía el poniente.

Los Tureo habitaban una humilde y confortable casita de troncos a orillas del lago Lácar en el paraje Quilanlahue. Allí vivieron sus padres y sus abuelos. Donde quedaron sus huesos. Los huesos de los antiguos son un poco su presencia. Y que permanecieran en su tierra es muestra de respeto para los pobladores de la comunidad Tureo.

Don Zenobio esperó al agente sanitario del paraje. Aunque Herminio no era hombre demorado. Sí pausado. Con esa pausa de la gente de campo, que permite disfrutar del sentir, y como de paso del pensar.

- Mirá Herminio, te pido que lo acerques a don Zenobio a su paraje. Es fundamental que

vuelva a Neuquén a seguir con su programa de diálisis. Así que recomendá a los familiares y a él mismo que en cuanto pase la Navidad viaje inmediatamente. Recordáles que su enfermedad requiere un trasplante renal, y que mientras esto se dé hay que sostenerlo como hasta ahora. Me parece que anda medio resabiado con la máquina y con la ciudad.

- Me parece bien, aunque usted sabe que ellos lo saben. Hombre de fierro Herminio. Y de pocas palabras. Ahí nomás se pegó la vuelta. Descansé confiado. Tomé un nuevo mate, el del estribo, que le dicen. Mis turistas arreciaban. No era cosa de perderse la excursión a HuaHum, que incluía como promoción una postal de colores brillantes. Estaba anocheciendo cuando volvió la camioneta. Los ocho cilindros sonaban lindo. Mérito de Sergio, el encargado de mantenimiento. Lo que no me sonó tan lindo fue el semblante de Herminio.

- Viene mal barajada la mano, doctor.
- Qué pasó, Herminio ?
- Pasó que don Zenobio anda pensando quedarse en el paraje, nomás. Me pidió que le vaya anoticiando.
- No puede ser ! Si se queda, vá a entrar en coma y a otra cosa. Vamos a tener que convencerlo, quizás con la ayuda de sus hermanas. No te parece ?
- Como parecer me parece. El asunto es que le parezca a él. No le parece ?

Más claro, echarle agua. Me pareció prudente no insistir sobre caliente.

- Que tal una vueltita juntos en un par de días ?
- Y si se le anima, vamos a caminar un rato. No hay mejor que una Navidad para mover las tabas.

El 25 a la tarde, enfilamos para el lago. Callados, sabíamos los pensamientos que nos atravesaban. Y mientras circulaba la camioneta se cruzaban los amargos. Llegamos al camping y le encaramos a la huella que bordeaba el lago.

Al poco rato nos cruzamos con don Jacinto, primo de don Zenobio y su vecino más cercano. Nos saludó afectuosamente. Sobre todo a Herminio. Lo conocía de chico. Y lo recibía en las rondas de las visitas domiciliarias, como todas las familias del paraje. Que una cosa es visitar en verano, con los pastos rutilantes, y otra en medio de nevadas y chapoteando barro. O en medio de la noche, cuando al hijo de algún vecino le agarra una convulsión.

- Me imagino qué los anda trayendo un feriado por acá.

Ni esperó contestación, y nos largó, ya con un tono menos festivo:

- El Zenobio ayer agarró caballo, y se anduvo despidiendo. Tempranito empezó.

Y así nos enteramos que estaba visitando a cada uno de los vecinos. Había decidido quedarse en su lugar. A pesar de las advertencias médicas. Supongo que don Jacinto advirtió mi inquietud, pues me miró con benevolencia. Se despidió y seguimos viaje. Al rato nomás, divisamos desde la lomada la casa que buscábamos. Flores por todos lados, el pasto verde reluciente. Los frutales cargados, y a un costado, el arroyo que enseguida descargaba su rumor en la gran fuente de agua.

Los perros anoticiaron a las hermanas de nuestra llegada. Se adelantaron a recibirnos. Y nos invitaron a pasar.

Mate vá, mate viene, nos enteramos que no encontraríamos a don Zenobio. Andaba recorriendo su tierra, y despidiendo a su gente. Doña Eusebia nos comentó que en cada rancho quedaría un recuerdo suyo. En uno sería una faja, en los más cercanos un lazo bien sobado.

- Lo que sí está aprovechando bien del tiempo que le queda. Anda muy contento con su tobiano de aquí para allá.

- Estoy muy preocupado por su enfermedad. Ustedes saben que no puede estar sin dializarse. Y para eso debe volver a Neuquén lo antes posible.

- Le agradecemos su intención, doctor. Y también su esfuerzo.

- Más allá de eso, me imagino que ustedes podrán convencerlo para que no se demore.

- Es necesario que sepa que Zenobio ha decidido quedarse. Parece que no le resulta vida

andar encerrado dentro de una pieza de ciudad. Para un pueblerito puede ser. Supongo que

usted entenderá su decisión. Eso sí, vamos a necesitarlo. Le pedimos que intervenga en el

municipio para que autoricen que lo entierremos acá, mirando al Lácar. Usted sabe cómo

le gusta el lago.

Murió a los pocos días. Cuando visité su entierro, las hermanas me invitaron con un puchero. Y me entregaron un mate retobado con cuero.

- Para que lo recuerde siempre, doctor.

Ese atardecer tomé mate junto a la tumba. Las hermanas me aseguraron que lo enterraron como correspondía, mirando el poniente. Siempre me gustó tomar mate bien acompañado.

#### DE SALUD Y OTRAS YERBAS

- Esto es un despelote... Tenemos dos chicos internados, ya hemos derivado otros dos y en cualquier momento se nos acaban las camas.
- Siempre nos queda seguir derivando, pero en el hospital de Zapala también están haciendo agua. Porque la epidemia se está dando en otros lugares de la zona, y también desde allí derivan a Zapala.
- Y por otra parte, no podemos dejar de tener en cuenta la movida de las comunidades.

Lo uno tiene que ver con lo otro.

Es que la cosa ardía en Aluminé. En la reunión institucional periódica, participaban como siempre los médicos del Hospital local, y los destacados en Ruca Choroi y Villa Pehuenia. Y también como otras veces el motivo de discusión excedía ampliamente el marco de lo hospitalario. Es que tenemos la costumbre de no privarnos de nada.

La noticia era que familias enteras de varias comunidades mapuches de la región ocuparon el galpón-sede de la Corporación Pulmarí, en medio de una epidemia en la localidad de enfermedad respiratoria viral. Varios

chicos en la localidad fueron internados, y algunos debieron ser derivados en estado grave.

Las víctimas eran niños con carencias de diverso tipo, en especial nutricional. El invierno se venía duro. Y no sólo la leña escaseaba. También el trabajo y el pago por la lana de las ovejas y el pelo de los chivos.

El inicio de la historia es lejano. Larga historia la de la lucha por la recuperación de la tierra de los pueblos originarios. Al despojo de la conquista le sucedió el de la sociedad nacional

La llamada conquista del desierto determinó que los sobrevivientes del bando perdedor fueran alojados, por decirlo de alguna manera, en las llamadas reservas.

Como había que compensar a los financistas que pagaron la campaña y a sus representantes nacionales, y repartir a los vencedores y allegados, quedó casi nada para los originales pobladores. Tan poco tenidos en cuenta que se llamaba desierto al espacio por ellos ocupado.

Comienza así el éxodo forzoso de la gente de la tierra y la destrucción del modo de vida tradicional.

Pero no nos equivoquemos: el tema de la tierra no es solamente un problema económico. Para los mapuches, los tehuelches, los pampas, de ningún modo la tierra es un bien de consumo, un artículo de cambio.

El medio ambiente, esencialmente la tierra, es el ámbito divino. Lo religioso se expresa no solamente en el marco de las ceremonias, sino en la vida cotidiana. Así, la tierra trasciende al hombre, y no es un mero bien de uso ni de intercambio.

Por eso también la enfermedad es un espacio más de la lucha entre las fuerzas del bien y del mal. Como producto de la interculturalidad, los pobladores apelan a los instrumentos que provee la medicina occidental, pero subordinándolos a sus conceptos ancestrales.

Sería largo detallar las luchas para la recuperación de la tierra por parte de la sociedad mapuche.

Para ubicarnos en los últimos acontecimientos, en pleno corazón del pueblo mapuche, se constituyó la estancia Pulmarí, donde el Ejército nacional desarrollaba la producción de caballos. Extensas praderas y

valles de gran belleza, con lagos poblados de peces, con pasturas naturales, animales salvajes y bosques con maderas de alta calidad. Aparte del valor económico agropecuario, de tremenda potencialidad turística, esa zona en particular está en la mira de los inversores nacionales y trasnacionales.

Por diversas razones, entre ellas políticas, económicas y de técnica militar, pierde sentido para el ejército continuar con el sostenimiento de la estancia Pulmarí.

Para implementar la transformación se constituye una Corporación interestatal, Nación y Provincia, con un directorio en el que están representados diversas instituciones y sectores de poder de la sociedad. Y un solo representante mapuche.

Esta Corporación debía administrar las tierras en función del cumplimiento de los objetivos impuestos. Uno de ellos, al menos desde lo enunciativo, era la restitución a los pobladores originarios.

En la práctica esto quedó en una expresión de deseos. Al menos desde el punto de vista mapuche.

En cambio, se entregó tierra, y mucha, a diversos proyectos, fundamentalmente trasnacionales. Muchos de éstos quedaron limitados a la toma de posesión.

Los pobladores de las distintas comunidades, al verse postergados en sus reivindicaciones, iniciaron una lucha. O, por decirlo de otro modo, en Pulmarí se expresa otra instancia de la larga lucha de los pueblos originarios por su supervivencia.

Pero como ocurre en la vida en general, hay diferentes modos de sentir, de pensar y de hacer esta lucha.

El pueblo mapuche se divide respecto a cómo encararla. Coexisten diversas corrientes, y en su torno conjuntos de comunidades, de familias y personas. Así, hay una corriente dialoguista y otra contestataria, y a su vez todas las variantes que pugnan, por un lado lograr el objetivo, y a la vez, ocupar espacios de poder. En fin, como si fueran personas.

Por eso en diversas comunidades se produjeron fracturas, y con ello aparecieron instituciones representativas de los bandos en pugna. Por ejemplo, en una comunidad había más de un consejo, o lonkos que se disputaban la conducción local, etc.

La ocupación de la sede de la corporación Pulmarí, volviendo al inicio del relato, estaba protagonizada por una línea combativa de la región, y se acompañaba de la ocupación de algunas parcelas imprescindibles para el sostenimiento de sus animales.

A su vez, también los pobladores de la región nos definíamos por uno u otro bando, acompañando una modalidad y criticando otras, simpatizando con un grupo, o líder, y desacordando con otros, etc. De muy distintos modos, y también como si fuéramos personas.

Por supuesto, acá también entraban en juego enfoques ideológicos y políticos, incluso partidarios, y, por qué nó, también para algunos intereses económicos y de poder.

- Sí, podemos seguir discutiendo tres o cuatro días seguidos y no nos vamos a poner de

acuerdo, pero por lo menos deberíamos, como equipo médico local, sacar alguna

definición conjunta acerca del problema concreto de la epidemia .

Aparecen casos

graves, y lo peor es que las condiciones se agravan. Sin ir más lejos, los chicos de las

familias que están ocupando la corporación están más que expuestos. Hay hacinamiento,

hay frío, poco alimento, ropa y leña. Como personas y como trabajadores sanitarios

debemos plantear la cuestión y ser operativos.

Sería largo detallar la discusión. Pero lo concreto es que se resolvió que nos acercaríamos a la sede de la corporación con nuestro aporte personal e institucional, ya en víveres o medicamentos, nuestra solidaridad personal si así lo creyéramos, pero también una propuesta: considerábamos fundamental que los niños y cuidadores de los mismos fueran exceptuados de la ocupación.

- La epidemia es pesada. Ya hemos tenido casos graves, y en estas condiciones

tendremos peores. Es nuestra obligación como personas adultas proteger a los chicos de

este problema. Más allá de la legitimidad de la lucha.

Los dirigentes nos escucharon con atención y respeto. Y respondieron:

- Bueno, compañeros, ahora vamos a reunirnos nosotros a discutir la propuesta que nos tiran. Les responderemos y ahí verán lo que hacer.

Nos quedamos compartiendo unos mates y alguna que otra torta frita. Hacía frío y la nieve se venía en cualquier momento. Era un invierno duro. No hubo que esperar demasiado tiempo. Al ratito nomás se acercó el grupo de la dirigencia mapuche. Se nota que tenían acuerdos previos bastante claros.

- Y bien, compañeros. Ante todo, les agradecemos que se hayan acercado, y también las cosas que nos trajeron. Nos van a hacer falta. Sobre todo a los chicos que están con nosotros, porque son parte de nuestro pueblo. Que están y que van a seguir estando.

Porque si bien es cierto lo que ustedes dicen, que hay epidemia, y que se puede agravar

la situación y aparecer más enfermedad, tenemos una diferencia en lo que hace a la ideas

de salud que ustedes nos traen. Nosotros pensamos que la salud que les podemos

transmitir a nuestros hijos tiene que ver con que aprendan a luchar por el derecho a la

tierra. Por su cuidado, por el respeto que les debemos. Y si hay que pagar un precio, lo

pagaremos entre todos. Porque salud, para nosotros, es más que no enfermarnos.

### DON ANDRES MOSCATO

Caso serio si los hay, la historia de don Andrés Moscato se hizo lamentablemente conocida.

Criancero criollo, hijo de crianceros criollos, su vida transcurrió en medio de los arreos, de veranada a invernada, ida y vuelta. Los animales eran su responsabilidad, su orgullo, su alegría, su miedo, en fin... su vida.

Anduvo solo toda la vida. También cuando se emparejó. Y quedó solo después. Porque su mujer, doña Eulalia Sufrida, fue una de las dos personas a quién don Andrés mató.

Siempre de a cuchillo, siempre absolutamente alcoholizado.

Aunque las malas lenguas decían que, en realidad, la gran compañía de don Andrés siempre fue el vino. Porque era tomador solitario. No le hacía al vino en junta.

Cosa cuestionable esto de la inimputabilidad bajo los efectos del alcohol. Don Andrés es un ejemplo de la irresponsabilidad de la persona violenta bajo los efectos del alcohol.

Tenía claro que cuando se alcoholizaba hacía daño, también a sí mismo. No obstante, no dejaba de escudarse en "si ni me acuerdo de lo que hice" cuando le requerían por sus conductas.

Desde el punto de vista jurídico, se podrá alegar lo que se quiera, pero desde mi tarea, que pasa por que la persona afectada de esa manera por el alcohol se haga cargo de su responsabilidad, la cosa lo veo por otro lado. Por ello el objetivo terapéutico es la reparación. Más en lo que hace a la violencia, familiar o social. Y más allá de las posibles condenas que pudiera recibir de la institución judicial.

La historia de don Andrés la recibí desde otros médicos que intervinieron en su caso. Me consta que hicieron todo tipo de intentos para que don Andrés modificara su conducta. Y una y otra vez, don Andrés hizo daño, se hizo daño, y fue a parar con sus huesos a la cárcel. Y nuevamente las pericias, y nuevamente las conversas. Por supuesto, luego de que atravesara internado el clásico síndrome de abstinencia.

Pero la última vez que supe de él, algo diferente ocurrió. Parece que el juez que entendía en la causa, cansado de don Andrés, cansado de la ineficacia de los médicos tratantes, y posiblemente tan entrampado como todos ellos, decidió una alternativa inédita en los anales médico-jurídicos. En efecto, y luego de sesudas reflexiones, emitió la siguiente sentencia:

**DON ANDRES MOSCATO ES CONDENADO A CURARSE DEL ALCOHOLISMO.**

## EL DESQUITE

Esteban se enojaba con mucha facilidad. Y cuando le agarraba la bronca más valía estar lejos. Porque se descontrolaba y le salía la violencia por todos lados.

De cuerpo enclenque, tal vez porque la comida no le abundaba, nadie le adjudicaba sus doce años, y su fuerza era limitada. Pero a pesar de ello sus arranques daban que hablar.

Los chicos del barrio se aprovechaban y lo provocaban. Estaban organizados astutamente para ello. De a parejas, a lo sumo tres, se le acercaban de todos lados, en forma sucesiva o simultánea, y le gritaban estimulando sus respuestas:

- Ahí vá el opa, ahí vá el opa.

Bastaba esto para la reacción descontrolada. Y los chicos salían disparando y de vez en cuando se daban vuelta para tirarle piedras, a veces con alguna honda. Los impactos de las piedras habían provocado varias cicatrices a lo largo de su cuerpo.

Toda su vida había sufrido mucho. No se le conocía papá y su mamá murió cuando el parto.

Que sus abuelos se hicieron cargo, es solo un decir. En realidad siempre lo explotaron, porque Esteban estaba indefenso. Sobre todo después de la TBC cerebral que sufrió a los cinco años, que casi lo manda a la tumba. Y que lo dejó con secuelas físicas importantes, pero sobre todo con una limitación intelectual muy fuerte.

Todo era duro en la vida de Esteban, hasta que apareció la potranca. Graciasal partido de truco que ganó el tío Eusebio. Buen truquero el tío Eusebio. Aunque cuando perdía también daba que hablar. Una vez tuvo que trabajar un mes seguido por culpa de la partida. Ahí sí que quedó resabiado. También, quién le manda a apostar por trabajo. Por plata, vaya y pase.

Mancha quedó arrimada en el solar familiar. Nadie la tomó en cuenta, lisa y llanamente. Excepto para maltratarla. Solamente Esteban se le acercaba con buena onda. Ni siquiera daba para la olla: flaca, sin brillo, a veces con huellas de los malos tratos que recibía por cualquiera que pasaba, Mancha

transitaba su vida de manera parecida a su amigo Esteban. También a Mancha los chicos le tiraban piedras, a veces aprovechando que no podía escapar por estar atada en el palenque del solar. Era entonces que Esteban se jugaba por la potranca y la desataba, exponiéndose a quedar siendo el blanco de los proyectiles. O a los latigazos del abuelo o del tío, generalmente con el arreador que colgaba al lado de la puerta.

Mancha y Esteban se prodigaban mucho cariño. A la mañana temprano, Esteban le acercaba un tacho de agua, y nunca le faltaban los pastos que conseguía en los solares de los vecinos. En oportunidades, hasta el lujo de un poco de alfalfa, que al anochecer el niño embolsaba de la chacra de los Lican. Eso sí, debía ser cuidadoso con los perros, que a veces se les daba por ponerse cuidadosos con la alfa de don Lican.

Cuando lo veía y no estaba atada Mancha se le acercaba sumisa, y le restregaba su hocico por el cuerpo, calentándolo con su aliento, y ambos se revolcaban. El niño, más niño aún desde su inocencia, la potranca, en su único espacio de juego.

A veces, condescendiente, Mancha se dejaba montar por Esteban. Era el único a quién se lo permitía. En realidad, no había muchos candidatos para tal efecto. Mancha estaba lejos de ser un corcel apetecible. Menos con su andar rengueante, con su cuero deslucido y con sus crines enmadejadas.

Un día Esteban encontró un cepillo duro, que comenzó a utilizar como rasqueta. Se pasaba primero por sus piernas, y luego proseguía con el cuero de su amiga.

Aquella tarde el niño estaba atento. Había sido difícil el asedio de los chicos del barrio que lo atosigaban con piedras y burlas. Ya casi estaba zafando, cuando llegaron los mayores. Ebrios, como casi siempre. Y llegaron con tal mala suerte que el abuelo recibió en plena frente uno de los piedrazos destinados a Esteban.

Reaccionó de la peor manera. Con el arreador cruzó reiteradas veces el cuerpo de Esteban, que, rígido, no alcanzaba a comprender el porqué de los golpes. Pero qué le hacía una mancha más al tigre.

Viendo su falta de reacción, el abuelo se dirigió a Mancha con su facón en la mano, claramente dispuesto a hundirlo en el cuerpo de la potranca, que estaba atada al palenque.

Y aquí sí que Esteban reaccionó. Se apoderó del cuchillo grande del abuelo, y en un gesto que sorprendió a todos, incluso al viejo, lo clavó en el pecho de su amiga. Y luego de revolver en el interior, como asegurándose que nadie más la golpearía, retiró el arma y en un santiamén la dirigió contra sí mismo.

La sangre de los dos amigos se confundió en una sola, sus miradas se cruzaron, y por última vez, Esteban acarició la cabeza de Mancha, y por última vez, la potranca acarició con su aliento cálido la cara de Esteban.

### El Peuma de Doña Recordación

La cuestión es que me acerqué a lo de doña Recordación, conocida yuyera de mis pagos del sur neuquino. Ya había terminado de atender a los pobladores del paraje Piedra Pintada, en la visita médica programada del hospital. Siempre me daba una vuelta por su ruca a la tardecita. Y no sólo por buscar acuerdo de curadores. También escuchaba mis dudas, y nunca me dio un consejo desorientado.

Conocida doña Recordación en toda la zona. Desde los parajes y otras poblaciones se le llega la gente por ayuda. A veces dificultad de familiar, o problemas con la oficina de tierras. Algún desamorado que se le fue la mano con los palmetazos a la mujer, o algún enamorado que ni palmetazos recibe. A veces, con una miradita nomás que le echa a las aguas resuelve la cosa. Otras le traen más exigencia. Reunir a la familia, hablar con los vecinos, porque no hay como los encuentros para afrontar los problemas. Puede bastar con un buen té de yuyos, que los mismos interesados tienen que buscar, a veces en la vega, otras en el faldeo. Otros se encuentran en la huertita que la veterana cultiva en el patio de atrás de su rancho.

Pero para las cuestiones más difíciles hay que hacer rogativa. Con la familia y el vecinaje. Y hasta ayudante necesita doña Recordación para marcar con el kultrún de echar al huekufú, el enemigo. Días suele durar el machitún para curar a la gente. Y a veces hay que curar la casa también. Es que el trabajo de sacar daño suele ser bien pesado.

En cuantito pasé me acomodé en el tronquito de visitar, con su cuerito de lanar, como para calentar el trasero. Y hacer juego con el mate recién ensillado, bien espumadito. Lo que se dice alentado por todos lados.

Y como siempre, empezó por el preguntaje. Primero por la familia, después por el trabajo. Ahí me llegó el turno. Apareció la referencia por los pacientes compartidos. Que de pacientes tienen mucho, porque encima de aguantarme, después los agarra la yerbatera con el yuyerío y los completa de medicaje.

- Ya hacía un buen tiempo que no me venía el peuma. Y fue un sueño bien especial el que me mandó Nguenechén. De esos que dejan a cualquier machi bien alentadita, pensando en las cosas que están pasando. Y una, que por algo recibió el don, no puede mirar a cualquier lado. Aquella noche el cielo estaba claro. Me acomodé bajo las pilchas de dormir y a través de la ventana me puse a mirar la estrella de mi madre, que no será de las más grandes pero para mí es la que más brilla.

Y a fuerza de mirarla se me hacía cada vez más grande y luminosa. Y era como que se me venía porque me fue agarrando el calorcito. Calor mezcla de fogón y de estrella, medio querendón pero sin arder. Y se me apareció el olor a los yuyos de la kitra de la mamá machi. Cómo no reconocerlo, si yo mismo se la encendía para que fumara en su machitún. Después de cargarla con hojas secas de maqui y molle con cáscaras de pitra. Si habrá humeado en las juntas de curación. Y por si fuera poco, el sonar de su kultrún, su tambor de rogar. El que la acompañó cuando la enterramos en su chenque.

Mi madre machi empezó a hablarme. Con su voz de peuma, bien suavecita. Me comenzó hablando de los antiguos, cuando la gente de la tierra andaba en travesías, por pampas y por bosques, con nevazones y sequías. Iban desde los pehuenes hasta el Lago Grande, y de vuelta según la temporada. Y comía piñones, yuyos, frutas y algún animal que se cazaba. Y cuidaba el agua y el suelo, los niños y los viejos. Pedía permiso para leñar un árbol, o para sacrificar un guanaco.

Cuando el Pillán retumbaba en los montes, o las nubes escupían fuego, la gente de la tierra recordaba que había que hacer rogativa. Y también

cuando había que agradecer una buena caza, si rendía la piñoneada o en la despedida al anciano llamado por Nguenechén.

El tiempo de la rogativa, por dolor o por alegría, por miedo o por agradecimiento, era el del sacrificio, el momento de la sangre. Era el tiempo del encuentro de la gente de la tierra con Nguenechén, de armar el rehue, el altar de las ofrendas, de guardar las armas. Era el tiempo de la buena toma. La chicha corría por las gargantas y vientres de la gente de la tierra. La chicha de los piñones, la de los frutos de la tierra. La que se mezclaba con la saliva, para que esté a punto más rápido. La que había que consumir en el encuentro, porque no se podía conservar. Que traía los amores y espantaba los temores. Y cuando se armaba la riña o la pareja acordaba ninguno se echaba para atrás.

Y siempre era la machi quién rumbeaba el encuentro. Ya sea trahún para despedida de muerto o para fiesta, para un juego de chueca o para armar un maloqueo. Porque era la machi la que podía llegar a Nguenechén con su peuma, ayudada por la chicha ritual y por los yuyos de su kitra, por las danzas y ruegos de su pueblo, y por el don sagrado recibido.

Y fue entonces que apareció el huinca. Primero, con una cruz y buenos modales. Y con ideas distintas. Ideas de pecado y de infierno. De salvación para el que cambiara de Dios. Porque decían que era su Dios el que valía. Bastante friolento el Dios huinca, porque hasta casa había que hacerle. Capilla que le dicen, con el rehue adentro. Y nada de chicha. Vino sí, pero sólo para el cura. Acomodado con su Dios el cura. Y bien egoísta, porque no convidaba ni de casualidad.

De repente aparecieron otros blancos. Ya no venían con cruces solamente

Y se les olvidaron las palabras de amor y de paz. Estos querían las tierras. Como si las tierras no fueran de Nguenechén. Y sus derechos eran la pólvora y el alambre. Eso sí, cuando necesitaban un respiro, aparecían los acuerdos que rápido se olvidaban, y los barriles de aguardiente. Bien generosos con los barriles.

Y empezó el arrinconamiento. Y la pelea. Desigual la pelea. Tuvimos que aceptar algunos pedreros para que sobrevivan nuestras mujeres,

ancianos y niños. Aunque muchas veces a los que quedaron los mandaron a los poblados, de mucamas y de peones.

Pero no estaba sólo el alcohol del encuentro, la chicha que se producía solamente para las reuniones. También estaba el aguardiente y el vino. Que se podía tomar en cualquier momento. Y en soledad. Porque se podía conservar. Y que nos trajo la flojera. Para tenerlo había que aceptar al huinca. Y la flojera la pagamos con la tierra, con la sangre, con la derrota. Y la seguimos pagando mientras los mercachifles nos malcompran nuestras matras, nuestros chivos, nuestros cansancios. Y los políticos nuestros votos. Todo por vino y promesas.

Los que quedamos en los piedreros nos amañamos para sembrar y criar algunos pocos animales. Ya ni lugar teníamos. Y muchos peñis tuvieron que ir a los pueblos para trabajar en changas. Volvían para las rogativas, por eso la chicha siguió apareciendo en la celebración del mingaco, el laboreo colectivo, ya para armar una ruca, ya para levantar una cosecha. Y la voz de doña Recordación se fue perdiendo. Cuando llegó el silencio, me retiré despacito. Tal vez doña Recordación necesitaba seguir con su peuma.

Buen tiempo pasó hasta reencontrarla. Me sirvió para ir elaborando la historia que me transmitió.

Nada que ver con la que traen los libros. Hasta que una tarde pasó por el hospital. Me hice un tiempito para escucharla con un mate de por medio. La noté inquieta.

- Vengo a consultarle por un problema que tengo. De tanto escuchar los problemas de los otros uno se desacostumbra a los de uno. No le pasa a usted lo mismo ?
- Y... sí. Por eso es que de vez en cuando me acerco a su paraje.
- Yo le voy a devolver el gesto. Usted se recuerda del Juan. Siempre fue el regalón del padre y el más alentado para el estudio de los hijos que tuvimos. Los maestros de la escuelita del paraje le ponderaban las letras y los números. Hasta se ganó la bandera por derecho propio. Eso sí, no le hacía mucho a los chivos. Pero a nosotros nos pareció que estaba bien, que cada uno se va armando el camino a su manera. Y por eso, a pesar de nuestro miedo, le autorizamos a que se viniera a seguir estudiando al pueblo. Pensamos que nuestra flojera no debía taparle las ganas de progresar. A su manera, claro está.

- Con razón lo veía tan seguido por el pueblo últimamente.
- De todos modos, lo mandamos con su padrino. Usted recuerda a don Francisco.
- Por supuesto. Es gente de confianza...
- De entrada venía seguidito al paraje. Era claro que extrañaba. Para facilitarle y a su pedido le compramos la bicicleta. Nos costó unos cuantos chivos, pero pensamos que era para bien. Pero a pesar de eso, de a poco le entró a mermar la concurrencia. Y encima se nos fue poniendo medio raro. Fue entonces que nos hizo llamar don Francisco.
- Hace mucho de esto ?
- No, fue ayer. De nohecita nos caímos por su casa. Y nos comentó que el Juan había empezado a llegar cada vez más tarde. Y de última ni se aparecía por la casa. Había agarrado mala junta, parece. Nada lo conformaba. No le hacía caso, y el hombre no se animó a avisarnos por no preocuparnos. Pensó que eran cosas de chico, nomás. Pero le llegaron de la comisaría a decirle que lo detuvieron. Parece que lo agarraron con otro dentro de un negocio cuando fueron a sacar vino y plata. Para conseguir droga, según declararon...

La acompañé a doña Recordación hasta la comisaría. Un poco mañoso el oficial de servicio, pero al final le permitió ver al hijo. Y el juez de paz autorizó a que lo retirara bajo su responsabilidad. Por ser menor de edad, según explicó. A pedido de la madre, tuve algunas reuniones con Juancito, con quién ya nos conocíamos de mis visitas al paraje. Y no le costó demasiado confiarse al pobre, angustiado como estaba.

La historia era la de un Juancito que se fue convirtiendo en un “Yoni ”. Que necesitó comprar un cartel. Y para eso tenía que olvidar lo de él. O al menos esconderlo. En el pueblo le daba vergüenza hablar la lengua. Todo el mundo se manejaba con el castilla mezclado con algunas cosas de inglés. Era el bicho raro del campo. Y encima mapuche. Las exigencias fueron muy diferentes. Nada que ver con los maestros de la escuelita del paraje. Acá vivían todos más que apurados. Don Francisco le preguntaba cómo andaba, pero tampoco podía orientarle demasiado. Es que el ambiente de la escuela secundaria estaba lejos de su mundo.

Y lo peor era el relacionarse con los compañeros. No los conocía, y sobre todo no los entendía. Nunca había tenido amigos puebleros. Y para que lo

aceptaran, para hacerla corta, tenía que cambiar. Por lo pronto, el tomar y el fumar era lo que hacían todos, y si quería ser como todos... Las noches se le hacían cortas. El día lo sorprendía con sus nuevos amigos inhalando pegamento. Era lo más barato, ya que no le daba para entrar al boliche. Y encima le pagaron tan poco por la bicicleta. Claro, para los porros y merca, para no quedar atrás... Además había que encontrar para la cerveza. Era el "sabor del encuentro", según la tele.

Atrás habían quedado los trahunes del paraje, para ser de la comunidad, del territorio. Los de ahora eran los encuentros del tener. O de tratar de tener. Jodido tener, sin trabajo, sin amigos. Encima, las changas se las dan a los grandes, y las pagan con un par de tetras.

- Y no pensaste en volver, Juancito ?  
- Volver para qué, doctor ? En el paraje sólo quedaban los viejos y los chicos. Y sobraban para la poca tierra que había. La única era probar en la ciudad. Parece que pintaba buena la cosa. Más gente, más cosas. Pero había que juntar plata. Así lo plantearon Riki y el Loco, que eran los que más sabían. Para el pasaje y otros gastos. Sobre todo hasta acomodarse. Que algo había que conocer primero. De todos modos, lo del negocio no pintaba difícil. Había que forzar la puerta, nomás. Parece que en la ciudad había unas bailantas de primera...

No sé si le habrán servido nuestros encuentros al Juancito. A mí, por lo pronto, me permitió conocer mis límites. Y los de nuestra comunidad para con las personas que escapan a los perfiles del éxito. Y también aprecié, por encima de las dificultades, la sensibilidad de un niño buscando y buscándose, aunque a costos altos.

La madre se lo llevó al paraje, y al tiempo nos encontramos.

- Cómo anda, doña Recordación ? Y vos, Juancito, que tal ?  
- Y, como se puede, nomás. Se recuerda la conversa del otro día ? Sabe, doctor, para mí que sigue la pisoteada. Antes eran las cruces, los fusiles y el aguardiente. Ahora la cosa viene por otro lado, pero igual es pisoteada. Pero una pisoteada que también les está jodiendo a los hijos de ellos. Vienen vientos fuertes, de lejos. Con olor a yuyajes y alcohol ajenos. Como ajenos son los sueños que provocan. Nada que ver con nuestros peumas. Son sueños de locura. Y para los vientos fuertes es que los pehuenes se arman de buenas raíces. Y mi Juan lo va a hacer también.

Ya lo estuvimos hablando. Pero para eso necesitará encontrarse. Y encontrarnos. Ahora lo tenemos en la ruca. Lo decidimos con mi marido. Con nuestra gente. Para que no ande tan sólo. Y para que no ande necesitando ganarle a nadie. Y para que nadie necesite ganarle. Y cuando esté sano y bueno, y si quiere, va a volver.

Y se fue doña Recordación, con su Juan, al que se le había empezado a armar una sonrisa esperanzada en la cara.

### JESUS BENIGAR DOCENTE

Durante unos cuantos años me cruzaba con él en los pasillos del Hospital de Aluminé. Un saludo, un apretón de manos, y de ahí no pasaba. Su rostro denotaba una seriedad que no invitaba demasiado al diálogo.

Nada que ver. Había sido que Jesús, chofer del establecimiento sanitario, vivía para tomar el pelo al que se le cruzara por delante. Eso sí, no abandonaba su semblante. En una palabra, se hacía siempre el serio para no ser pescado en sus múltiples fechorías.

Qué iba a saber Carlos Pérez (por llamarlo de alguna manera) de esta capacidad. Cuando volvía de Carrilil, paraje donde había participado en la visita programada rural médica, le comentó a Fabián, su docente a cargo, de su inquietud:

- La verdad es que es la primera vez que visito una comunidad indígena. Siempre me atrajo la cosa, pero me faltó oportunidad. Eso sí, leí mucho acerca de su historia, de sus costumbres, de sus ritos. Ultimamente sobre todo de la cultura mapuche, aprovechando que estoy haciendo la residencia en Neuquén.
- ¿Y qué te pareció ?
- Me imaginaba otra cosa. Parecería que están muy aculturados.
- No vayas a creer. Casi todos hablan su lengua, y justamente en estos días realizarán su ceremonia anual de encuentro: el nguillatún.
- ¿Y yo podría participar ?
- Solamente si sos invitado. En esto son sumamente delicados.

Jesús, al comando de la camioneta sanitaria, escuchaba haciéndose el distraído.

A los pocos días, nuevamente de guardia, Fabián lo convoca.

- Jesús, hay que ir al nguillatún porque hay una nena enferma. Nos pidieron un auxilio.
- De acuerdo, doctor. ¿ Viaja algún enfermero ?
- No. Prefiero que vaya Carlos. Le están quedando pocos días de rotación y ya se vuelve a Neuquén. Me gustaría que aprovechara la ocasión para que por lo menos observe de paso el nguillatún. Está muy interesado.
- Ahhhh....

Y fue así que Carlos se instaló en la cabina de la ambulancia para responder al pedido formulado a través de la radio del paraje de la comunidad.

Con una mirada perpleja, observó el chofer al médico residente:

- ¿ Y usted va a ir así nomás ?
- ¿ Así nomás cómo ?
- Y ...así vestido. No creo que vaya a ser bien recibido con el uniforme de guardia. Son muy delicados los mapuches. Y más estando de rogativa anual.
- ¿ Y cómo debo ir ?
- Primero que nada, cámbiese como una persona normal.

Ni lerdo ni perezoso, Carlos se cambió su uniforme de guardia por algo menos ostentoso. Supongo que habrá aprovechado para felicitarse de su buena suerte. Iba a poder participar, al menos superficialmente, en la rogativa anual mapuche del paraje, donde los pobladores piden a Futa Chao por buenos pastos y agua para sus animales, salud para la familia, tierra para la comunidad.

- ¿ Así está bien, Jesús ?
- Humm... No sé... La remera marrón me parece que desentona ....Si tuviera una roja.... Es el color de la sangre, de la energía. Para ser mejor recibido...
- La verdad es que no tengo ninguna remera roja.
- Y bueno... Si no hay otra cosa...

Y así fue que partieron raudamente hacia el paraje. Conversación intrascendente, hasta cerca de la laguna.

- ¿ Le dieron las plumas, doctor ?
- ¿ Las qué, Jesús ?
- Las plumas.
- No me dieron nada. ¿ Para qué las plumas ?
- ¿ Para qué vá a ser ? Para que lo dejen pasar, por supuesto.
- Nadie me dijo nada, Jesús.
- Bueno, por lo menos nos avivamos antes de hacer un papelón. Justo allá está la laguna así que espéreme un ratito nomás.

A los pocos minutos se apareció Jesús con unas plumas de pato primorosamente atadas por un junco.

- Acá tiene, doctor. Por suerte nos dimos cuenta. No las suelte por nada del mundo. Que todos lo vean bien, así lo aceptan.

Cuando llegaron al lugar del encuentro, bajó el residente médico con el estetoscopio colgado del cuello, casi como una corbata, y para completar su estampa elegante, en su mano izquierda portaba las plumas de Jesús.

- ¿ Y usted no se baja, Jesús ?
- Yo no puedo, doctor, porque no me alcanzó para hacer un ramito de plumas para mí. Pero vaya tranquilo que lo espero acá.

Y así fue que Jesús aprovechó para echarse una siestita mientras Carlos revisó minuciosamente a la niña, que sufría una enteritis. Se dio tiempo para hablar con los padres, que se habían apartado de la celebración para acompañar a su hija. La conversación giró acerca de patologías intestinales y ceremonias tradicionales.

- Creo que con dieta solamente va a andar bien. Arroz blanco, fideos, y, eso sí, el agua hervida. Y en buena cantidad. Cualquier cosa le avisan al agente sanitario.

Muy conformes quedaron los familiares de la niña con la atención del joven doctor., aunque no les pasó desapercibido el adorno plumífero que ostentadamente portaba en su mano izquierda.

- Parece buen médico. Eso sí, medio raro que ande portando pluma.
- Y... capaz que es una contra para que no le entre el daño.
- No creo... Los médicos no saben nada de contra ni de daño.

Al regresar al vehículo tuvo que despertar a Jesús.

- ¿ Y, doctor, cómo le fue ?

- Todo bien, Jesús, aunque un poco molesto andar con el plumerío en la mano todo el tiempo.
- Más vale molestarse un poco que molestar a la gente. Después de todo cada pueblo tiene su cultura. ¿ No le parece ?  
Cuando llegaban al hospital de vuelta, el médico residente dejó el ramito de plumas en el asiento de la ambulancia.
- Doctor, hágame el favor. ¿ Porqué no le lleva el ramito al doctor Fabián ? Sabe... a él le gustan estas cosas. Las colecciona. El también es un respetuoso de las culturas.

### LA DIFERENCIA

En un primer momento no la reconocí. Ahora pienso que en realidad, no quise reconocerla.

Hacía mucho tiempo había estado tomando mate en su ruca , acompañando a Abel en su recorrida al paraje. Supervisión de apoyo al agente sanitario, que le dicen.

En realidad, no sé quién apoyaba a quién. Si bien era responsable administrativamente del grupo de agentes sanitarios, éstos fueron en la realidad mis maestros para conocer el lugar, la gente, los modos de la gente de la tierra. En un camino por el que sigo caminando.

A veces nos demorábamos demasiado para mi gusto. Poca eficiencia, pensaba para mis adentros.

Era el tiempo del otro. Es que el tiempo del otro, el de la observación. Diferente al mío, que era el tiempo del hacer.

Alcira seguía en la camilla de la guardia, inmóvil. La ambulancia la había pedido el maestro del paraje.

- Está así desde hace varios días, doctor... Algo le está pasando. El maestro nos aconsejó que vengamos al hospital. Y acá estamos.

Vivencí a través de la voz de don Esteban una mezcla de angustia y resignación. Pensé si no estaría proyectando cosas.

Indiqué su internación. Por ella y por mí. Estaba desorientado. Internarla me permitía hacer algo por ayudarla. Me confundían sus ojos, fijos hacia arriba, como buscando el “wenu-mapu” (cielo).

Examen físico, laboratorio de rutina... Confirmé lo de su deshidratación. Rápida interconsulta, tratando de superar mis limitaciones.

Sabía que no era nada fácil la cosa. Pero no quería derivarla. Neuquén estaba lejos, el alejarla de los suyos, de su lugar. Me pareció que solo complicaría todo.

Encima la rastrojera dejaba mucho que desear. Ya habíamos planteado que necesitábamos una ambulancia mejor. Del jeep ni qué hablar. Nos sacaba de apuros para los parajes del campo. Se bancaba la nieve como el mejor. Pero hasta ahí. Nada que ver para un traslado.

Además ese invierno se apareció con todo. Nieve, hielo, todo bien sostenidito.

¿ Los chicos ? A cargo de los vecinos. No es bueno que queden solos ...

- Por supuesto, don Esteban, por supuesto...

- Mala suerte, doctor. Y justo me quedé sin trabajo. Es cada vez más difícil

el leño. Porque está muy duro. Y el invierno...

El mate nuevamente servía para vincularme, esta vez al lado de la cama de doña Alcira. Pero el sabor era distinto de aquél que habíamos tomado en su ruca, en aquel lugar perdido en la cordillera. Debía ser por el agua, supongo.

La interconsulta con Mandi resultó extensa. Me reconfortaba que el jefe del Servicio del Hospital Regional resultara tan accesible. Nada que ver con el perfil que habitualmente se supone en un psiquiatra.

De alguna manera, el haber iniciado con la medicación propuesta, la buena respuesta física a la hidratación parenteral, me daban cierta seguridad. La seguridad del hacer. Pero el tiempo pasaba, y nada ...

- Su esposa tiene un problema serio, don Esteban. Creemos que puede ser una esquizofrenia catatónica.

- Una qué, doctor ?

- Y... una enfermedad de la cabeza.

Sentía la necesidad de compartir, ya que no seguridades, aunque más no sea mi búsqueda con don Esteban. Y también con doña Alcira, porqué no, que seguía también mirando arriba quién sabe qué cosa, o a quién.

Al menos no andaba solo en esto de buscar.

- No, don Esteban, qué va a ser un “daño”, se trata de una enfermedad mental.

Las noches anteriores me había pasado devorando libros de psiquiatría. Me leí los cuadros básicos, su diagnóstico diferencial. Además, los tratamientos. Las drogas utilizadas me sonaban raras. Por suerte Mandi fue bastante claro por teléfono.

Me propuse aguardar un tiempo razonabl. ¿Cuánto sería lo razonable ? Esperar un poco a que los medicamentos comenzaran a hacer su efecto. Sostener a Alcira físicamente. En fin...

- Sabe, doctor., algún vecino que nos tenga envidia. Cosas del kalku ( fuerzas del mal), también.

Me inquieté un poco. El tema este del “daño”, de los brujos... Lo percibía como un cuestionamiento. A mi saber, hasta podría decirse que a mi persona. Me costaba aceptarlo.. Estaba comprometido, y no sólo profesionalmente.

¿ Y si la derivo ? Al fin de cuentas, la podríamos abrigar bien, y saliendo temprano y sin problemas, llegaba en el día a Neuquén. Después de todo, allá estaban los especialistas.

- Ya está bien, doctor. Demasiado estamos molestando acá. Y además están los chicos que quieren verla. ¿ Pueden ?

- Por supuesto, don Esteban. Mal no le vá a hacer, seguro.

Ya doña Alcira se había compensado físicamente. También los análisis lo certificaban. Pero seguía sin moverse. Lo peor era su silencio.,

- Y, andaba durmiendo mal, doctor. Y no es de contar cosas. Los sueños son cosa seria...

Aquella tarde llegaron los chicos. Se acercaron a la cama seriamente. Todos eran muy serios, realmente. Pero pudieron tomarle las manos. Faltaron los dos más chicos. El camino era largo... El mayor, al salir, se llevó ropa de doña Alcira. Pero más me llamó la atención la búsqueda de su documento por parte de don Esteban.

Al anochecer, Alcira comenzó progresivamente a salir de su ensimismamiento. Pudo hablar un par de cosas con don Esteban, tomó la mano de su hija mayor. Además, comenzó a comer.

Es curioso como mejoramos los médicos cuando un paciente grave comienza a comer. Con el tiempo me pregunté si esta mejoría del curador no facilita a su vez la mejoría del enfermo.

Dejó de necesitar el suero.

Don Esteban y los niños se distendieron con mesura.

Cuando se fue de alta, me quedé pensando en las razones de su mejoría. Junto a mis compañeros, la discursión en el ateneo clínico giró acerca de los tiempos de acumulación medicamentosa, de la influencia de la mejoría en su estado general, verificada sobre todo a través de los exámenes de laboratorio, de la incidencia y prevalencia de los cuadros psiquiátricos en pacientes del área rural, etc., etc.

En homenaje a la verdad, y para que no nos critiquen de biólogos extremos,

también planteamos que la cercanía familiar obró favorablemente.

Pero, intuitivamente, dejé un buen margen para la reserva. Algo estaba aprendiendo de mis maestros agentes sanitarios.

Fue mucho tiempo después que pude completar la cosa. Aquella tardecita, nuevamente en la ruca de don Esteban y doña Alcira, con mate y tortas fritas. Como corresponde, por otro lado.

- Y sí, doctor, usted sabe... Yo no se lo quise decir, lo veía muy preocupado y por ahí hasta se lo tomaba a mal. Tampoco doña Paula quiso que usted se enterara, total igual podía curarla de lejos. En el hospital no la quieren demasiado, como cura sólo de palabra.

Sí... y además invoca a Nguenechén para poder echar al daño transmitido por el kalku. Las “aguas”, y también las ropas., le permiten confirmar la presencia del mal (Pewutun). El machitún consistió en esta oportunidad en realizar el ruego utilizando la fotografía de doña Alcira, que después fue prolijamente respuesta en su documento.

Sólo con el tiempo pude entender estas cosas, estas cosas que le pasan a mis vecinos, que no piensan exactamente lo que yo pienso. Entender la diferencia, respetarla, que no siempre es fácil. Casi tanto como me la respetaron don Esteban, doña Paula, a pesar de mi ignorancia, y con

tanta delicadeza, hace ya unos cuantos años, en un lugar perdido en la cordillera.

### LA DIUCA Y EL AGUILA

Hacía ya un buen tiempo que la diuca y el águila se conocían. Desde que ella le pidió ayuda.

No tuvo demasiadas alternativas. Todos respetaban y temían al poderoso. Por su fuerza, por su instinto infalible, por su inteligencia. Pero sobre todo por su agresividad. Que la desplegaba cuando lo creía necesario. En los alrededores nadie se atrevía a hacerle frente.

Valiéndose de su mirada inigualable, desde grandes alturas divisaba su presa, y luego caía con su cuerpo a gran velocidad. A veces para cobrar alimento. A veces para amedrentar. Otras, simplemente para saciar su instinto feroz.

Por eso la diuca le dijo que desalentara a los jotes que la acosaban buscando su amor. De nada habían valido sus súplicas para eludir dichas exigencias. Desde la fragilidad de su cuerpo, sólo su vuelo ágil y su capacidad para esconderse le había permitido eludirlos.

Y como el acoso arreciaba, no encontró otra alternativa que acercarse al hasta entonces inaccesible águila.

Este no necesitó demasiado para desalentar a los insistentes. Con su modo de vuelo característico, desde gran altura, y culminando con una picada fulminante. Su fuerte contextura y su temible pico agujereando el aire, resultaron más que suficientes para que los jotes, despavoridos, abandonaran sus intentos.

Pero esto fue sólo el comienzo de nuestra historia.

Agradecida desde el alma, la diuca le dedicó un melodioso y lento canto. Y luego, tras un vivaz y corto vuelo, se perdió, aprovechando su color ceniciento, en los arbustos de la cordillera.

Repentinamente, el águila dejó atrás la tristeza que lo había acompañado durante toda su vida. Desventajas de ser poderoso. Los pocos que se le acercaban, lo hacían por necesidad, no sin antes vencer sus temores. Los más le huían. El, en cambio, no podía permitirse necesitar a otro. Y mucho menos demostrar sus afectos.

A partir de entonces los amaneceres fueron testigos de su espera para escuchar el canto de su amada, el primer canto de la alborada. Bien madrugadora la diuca.

Entonces acechaba detrás de unas rocas, o en los árboles que cobijaban los arroyos de las montañas. Intentando no ser descubierto por nadie, y mucho menos por su admirada. Debía cuidarse de los demás personajes del lugar.

¿ Dónde se ha visto a un águila enamorado de una diuca ?

Y también todos los atardeceres seguía atento los contoneos del vuelo de su amada, tan diferente al suyo, con sus cabriolas y cambios de ritmo.

Y una tibieza escondida le fue ganando su cuerpo. Una tibieza que le venía desde muy lejos y que no acertaba a definir.

Y entre atardeceres y amaneceres, pasó muchas noches en vela, ansioso de escuchar el canto y ver el vuelo deseados. En una espera en que la ansiedad y el goce se confundían.

Sin saber mucho porqué, se acordó cuando allá lejos y de pequeño se acurrucaba bajo las alas de la seguridad, o cuando jugaba con su hermano disputando el abrigo, el alimento y, sobre todo, la dulzura materna.

De pronto y de a poco, otra ansiedad y otro goce: el de los ensayos de sus primeros vuelos, que se confundieron con la adquisición de una mirada cada vez más potente y de un instinto en el que confiaba cada vez más.

En esos tiempos, que fueron los tiempos de sus sueños, los recuerdos se le mezclaban. Y esa confusión entre lo nuevo que vivía y lo soñado lo ponía inquieto. De algún modo, lo vivenciado le cuestionaba esa nueva fortaleza que progresivamente iba adquiriendo.

Hasta que un día, por fin, pudo lograr por sus propios medios su primera presa. Una mezcla de orgullo por sí mismo, y de sorpresa al observar que sus competidores se le apartaban respetuosamente.

Y el descubrimiento de su poder, del miedo que despertaba en los demás, lo fue ganando.

Tan ensimismado estaba en contemplar sus logros, que ni se dió cuenta que soñaba cada vez menos. Quizás para no desperdiciar sus energías.

Apenas el descanso necesario para reponerlas, y vuelta a ensayar sus vuelos en picada, o los planeos de observar desde lo alto todo el alrededor. Para cobrar el alimento, o para expulsar algún atrevido que

pretendiera invadir sus lugares. No había tiempo ni espacio para sensiblerías. El dolor y la muerte era de los que fracasaban. Es decir, de los otros.

Hasta que una noche, en medio del descanso, se le apareció la imagen de su madre. Con inquietud retornó a sus primeros días. Y a su fragilidad. Soñó que su madre le decía que tenía que hacer un largo viaje siguiendo al sol que se ocultaba. Y que cuando llegara a destino, seguiría acompañándolo. Allá lo esperaría para cuando le tocara.

Su despertar fue agitado. En medio de la oscuridad, un sordo bramido que venía desde las cumbres de la cordillera lo impulsó a desplegar sus alas y brincar hacia el cielo.

Con las primeras luces, observó un paisaje distinto. El alud había sepultado cuevas, había cambiado el cauce de los arroyos. Y sobre todo había escondido para siempre a su madre.

Desde entonces no volvió a soñar. Quizás también porque esa noche había dejado atrás su niñez.

En cambio, la diuca era una soñadora habitual. Para ella, lo soñado era lo más importante de su vida, que era todo lo que cabía en su memoria. Quizás también porque era joven, pues recién comenzaba a transitar los caminos del cielo. Que, como sabemos, es un lugar con muchos caminos. La diuca siempre soñaba. Sus sueños, como todos los sueños, reflejaban sus miedos y sus deseos.

Un día soñó con un águila poderoso, tan temido como admirado. Tal vez porque todos contemplaban solamente su fuerza y agresividad.

Y soñó que unos jotes la acosaban. Entonces el águila acudió en su ayuda. Y presenció de lejos como espantó a los jotes.

Después, cuando le dedicó un canto de agradecimiento, en su mirada destelló por un momento la ternura.

Y la diuca siguió soñando. Que el águila la amaba. Que la seguía los amaneceres y los atardeceres. Para escuchar su canto y para admirar su vuelo. Por eso todos los días inventaba nuevos acordes y ensayaba nuevas volteretas en el aire.

Y soñaba que se ponía celoso cuando jugaba y cantaba con sus amigos, los diucones y los jilgueros. Le impresionó darse cuenta que también los

poderosos pueden envidiar, aún cosas tan simples como el juego con los amigos.

Y así se sucedieron los días en aquel lugar cordillerano. Y pasó el invierno con sus nieves, y llegó la primavera. El aire se pobló de trinos, las laderas de verde y los cuerpos de deseos.

Fue entonces que ocurrió algo extraordinario, para lo que nuestro águila, pese a sus capacidades, no estaba preparado. Dejó de escuchar el canto y de ver los vuelos de la diuca. A pesar de que seguía concurriendo a su observatorio escondido junto al arroyo, entre los arbustos de la cordillera. En vano esperó y esperó muchos días. La diuca no volvía. Angustiado, recorrió las cordilleras vecinas, y nada.

Muy prudentemente al principio, y un poco más desenfadadamente después, preguntó a los conocidos si la habían visto.

Y todos reconocieron su ausencia, pero no obtuvo pistas para encontrarla.

Por otra parte, parecía que a nadie más le importaba su ausencia. Los jilgueros y diucones seguían jugando como siempre.

Se encerró aún más que lo habitual. Pasaba sus noches en vela. Sus fuerzas disminuían progresivamente, pues casi ni comía. Incluso no le importó que un aguilucho comenzara a merodear sus lugares.

Desesperaba por ver a su amada.

Agotado, ya nada le importaba sino la suerte de la desaparecida diuca.

Y un anochecer, tuvo, por fin, necesidad de salir. La intuición lo lanzó al afuera. Se sorprendió a sí mismo al obedecerla. Había sido tanta la inercia de los últimos tiempos.

Se lanzó hacia las cumbres, y atisbó, a lo lejos, con su mirada escrutadora, una escena patética: un zorro atacaba un nido ocupado por la diuca. Que no estaba sólo, sino rodeada por sus pichoncitos.

El zorro, ávido de comida, atacó al grupo.

Y nuestro águila, que ya se había lanzado en un vuelo veloz y enérgico como nunca, fue testigo de la audacia de su hasta entonces frágil amada, que con una agresividad desconocida, hirió con su pico al zorro en un ojo, frenando su cobarde ataque.

Azorado completó la tarea iniciada por la reciente madre. Atacó al zorro con toda su furia y lo precipitó a las profundidades de la cordillera.

Cuando regresó al nido, la diuca apenas le devolvió una breve mirada agradecida, pues estaba muy ocupada cuidando de sus aterrados pichoncitos.

El águila inmediatamente se retiró. Su instinto no le había fallado. Pero todo había cambiado.

La diuca estaba cansada. Esa noche alimentó a sus pequeños, pero no pudo dormir

Una sensación extraña la invadía. Se sentía fuerte. Pudo rechazar al zorro que la había atacado. Pudo defender a sus pichoncitos.

Pensó que si lo había hecho una vez, lo podría realizar otras veces si fuera necesario. Sin necesitar de nadie. El miedo al afuera había quedado atrás. Sólo la confianza en sí misma contaba.

No siempre iba a estar el águila para ayudarla. Pero para ello debía seguir atenta. Hasta que sus hijos crecieran lo suficiente como para defenderse por sí solos.

Esa noche, el águila volvió a soñar como cuando era muy pequeño. Volvió a la tibieza materna que lo cobijaba junto a sus hermanos. Y con ello, apareció aquella seguridad de antes. Soñó que también la diuca soñaba con él, se encontraban y juntos danzaban por los aires en recorridos inverosímiles. También entonaban dulces melodías.

Atrás quedaban los miedos y las inseguridades, todo era nuevo y maravilloso. Y el día fue pasando rápidamente, pues el tiempo es veloz cuando nos brinda felicidad.

Llegó el atardecer, y nuestro águila necesitó continuar ese nuevo tiempo. Era un llamado instintivo, más fuerte aún que él mismo.

Por eso, quizás, emprendió un vuelo. Subió muy alto, vertiginosamente. Tan alto como nunca había llegado.

Se encontró con el silencio. Era un silencio que nunca había escuchado. Un silencio en el que se confundían la esperanza con el agradecimiento por la vida.

Ya la confusión había quedado atrás.

Pudo distinguir mejor al sol que lo esperaba para cobijarlo con su manto rojo. Y entonces, suavemente, casi sin mover las alas, se dirigió a esa tibieza que lo llamaba, que le permitiría no sentirse sólo nunca más.

## LA HISTORIA DE ADELA

Marcela, comprometida afectivamente con su paciente, me la presentó:

- Ella es Adela. El es Wille. Nos visita periódicamente y me gustaría que hablaran. Yo los dejo porque estoy de guardia. Después conversamos. Ya venía alertado. Sabía que se trataba de una situación “harto difícil”, como dicen los chilenos.
- ¿ Cómo anda, Adela ? Sé que está pasando tiempos bravos. Marcela está muy inquieta porque pueda definir su situación.
- Pobre doctora. Es muy buena. Pero lo mío no sé si tiene remedio.
- Si bien Marcela me habló de lo suyo, quiero escucharla directamente...
- Todo comenzó hace mucho. Imagínese, tengo 49 años... Entonces era una niña. Encima golpeada. Muy golpeada. Mi papá siempre fue muy rústico con nosotros. Y sobre todo conmigo. Cierto que yo también tengo lo mío. Siempre fui bastante dura de entendeder.
- ¿ Tenía hermanos ?
- Sí. Y también ligaban. Pero menos que yo. Eran más vivos. Y hasta se disparaban cuando la cosa se ponía fea. Yo, en cambio, me quedaba. No me daba el cuero ni para disparar. Me ponía dura cuando me aterrorizaba. En realidad, eso me sigue pasando.
- ¿ Y usted cree que las cosas pueden cambiar ?
- La verdad es que no sé. Daría cualquier cosa porque pudiera zafar. Pero es tanto lo que sigo sufriendo... Porque antes era mi papá. Que en paz descansa. Y ahora mi marido.
- No es la primera mujer que sufre esta situación. Pero tampoco será la primera en liberarse. Por suerte, acá mismo hay personas que la van a poder ayudar. Se han juntado en un grupo. Lo importante es que usted tiene ganas. Por algo está acá.
- Es que ya no sé dónde más ir. Es la primera vez que puedo contar estas cosas. Sobre todo porque sé que no las van a andar desparramando por el pueblo. Porque es bien sabido que pueblo chico...
- Quiere decir que ya pudo zafar del silencio. Por más que le costó mucho, es un paso importante.

- Es que en mi casa no hablaba. Ni me hablaban. Calcule que a los quince años, cuando me vino la mixturación, creí que me había lastimado con algo cuando ví la sangraza. En el río me fui a lavar.
- En esa época no se solía hablar de estas cosas.
- Fue entonces que mi hermana se quedó embarazada del Calixto, su primer novio. Tenía catorce años cuando mi papá la echó de casa cuando se avivó del engorde. Y también se puso mañoso conmigo.
- .....
- Y... ahí se me empezó a complicar la vida. La Ester era mi compañera. La única que se acercaba cuando ligaba. Y ligaba feo. Mi papá solía estropearme con un arreador de sogas trenzada, cuando no sacaba el lazo, que hasta argolla de fierro tenía.
- ¿ Y su mamá ?
- Mi mamá ni atinaba a hablar. Dominada estaba. Por esa época fue que se me empezó a crecer la panza. No paraba de crecer. Todos pensaron que estaba embarazada. Y yo también. Creí que me habían embarazado de palabra, de conversar y pensar en el Eusebio, mi vecino. Notaba que yo también le llegaba porque cuando me saludaba me miraba firme.
- .....
- Encima, mi papá, resabiado por lo de la Ester, ni me dejó respirar. Nos obligó, a Eusebio y a mí, a casarnos. Todos acordaron pero a mí ni me preguntaron. Los padres de Eusebio, chochos, porque creían que así iban a llegarle a los animales del papá. El Eusebio mejor todavía, porque así zafó de la conscripción.
- .....
- El día del casamiento le pude decir a la suegra que tenía miedo que el Eusebio se le diara por violarme. Ni entendí lo que me contestó.
- ¿ Y qué fue lo del engorde ?
- Al tiempo fue la consulta al hospital. Después me operaron del quiste que me había crecido. Bien grande me había crecido. Cualquiera se confundía por la agrandadez. De entonces fue que me quedé sin poder hacer hijo. Me hubiera gustado tener una nena y poder hablarle de todas las cosas que a mí no me hablaron.
- ¿ Y cómo le iba yendo con la familia ?

- Dentro de todo, el Eusebio era bueno. No hablaba pero por lo menos salía poco. Solo los fines de semana. Y le hacía al trabajo. Changas, pero eso sí, como era bien alentado, nunca le faltan encargos. Y tampoco qué comer en la casa.
- ¿ Y con el papá como siguió la cosa ?
- Dentro de todo, bien. Hicimos casa aparte. Eso ayudó. Y visitaba a mis padres los fines de semana, cuando el Eusebio andaba correteando. Pero fue pasando el tiempo, y mi papá se enfermó. Se estaba muriendo y me mandó a llamar. Me pidió perdón por lo que pasó, pero ahí nomás me hizo prometerle que jamás iba a abandonarlo al Eusebio. Y a un papá que se está muriendo no se le puede negar nada.
- .....
- Lo cierto es que con el tiempo, el Eusebio le entró a dar a la toma, y a pegarme él también. Mala suerte la mía. Y el otro día, cuando agarró el rebenque yo me defendí y estuve a punto de darle en la cabeza con el ojo del hacha. Ya no es vida.
- Está claro que no es lo que usted se merece. Ha sufrido mucha ya en la vida.
- Sí, pero yo necesito de usted que me explique una cosa: ¿ A usted, le parece que puedo ir a verlo al padre Amílcar para que me levante la promesa que le hice a mi papá cuando se estaba muriendo ?

### LA HISTORIA DE CRESENCIO

Villa Rincón Escondido tiene lo suyo. Al lado del lago del mismo nombre, sus casitas de madera se destacan en los claros del tupido bosque de cohiues y radales.

Es una pequeña aldea de montaña con escasos habitantes permanentes que sostienen el aislamiento del invierno. En verano, en cambio, sus hermosas playas se pueblan de carpas multicolores y entusiastas turistas, algunos de ellos pescadores.

El lugar no sólo dispone de bellezas naturales. También su gente dá que hablar.

Cresencio era muy tenido en cuenta en el paraje. Generalmente muy alegre, recorría muchas veces por día sus senderos. Lo conocí hace ya

unos cuantos años. Me llamó la atención su andar desenfadado, con un estilo que no disimulaba sus dificultades neurológicas, pero aún más su peculiar vestimenta.

Calzaba siempre unas botas enormes, eternamente impregnadas, por nieve, barro o polvo, según la etapa del año que se tratara, y un tan viejo como respetable gabán color oscuro, con su correspondiente par de guantes de lana asomando por su único y desgastado bolsillo lateral. Eso sí, al izquierdo, de color gris, le faltaban un par de dedos, y a los dos les sobraban adherencias. Es que solían ser utilizados como pañuelos. Cada uno como puede.

Como remate, su gorro con visera en la nuca, de rutilantes colores azul y oro haciendo juego con la camiseta de River. Deslumbrante el eclecticismo deportivo de nuestro Cresencio.

Amante de la cumbia, su tema preferido, el del “trator amarillo”, se destacaba en sus expresivas como reiteradas serenatas. No tan expresivos resultaban los sonidos que emergían de su guitarra, instrumento que sabía de aventuras y desvelos. Como detalle, portaba sólo tres cuerdas, una caja surcada por múltiples soluciones de continuidad, y un color amarillo churretera, resultado de las contingencias meteorológicas y del trato desmesurado. Pero nada era suficiente para menguar el impulso artístico de Cresencio, un auténtico aunque no siempre reconocido activista musical.

Por todos los lugares del pueblo iba distribuyendo sus inquietudes. Transmitía las últimas novedades con más velocidad incluso que las viejas del autoservicio de don Genaro, por otra parte el único del poblado. Eso sí, no era fácil entenderlo. Quién quisiera saber de los nuevos amores de la siempre dispuesta Etelvina, o si Lisandro viajaría a la ciudad el próximo fin de semana,

debía escucharlo. Lo que no era poco decir, dada la velocidad de sus palabras y la inclusión creativa de vocablos desconocidos para sus sufridos oyentes. Había algunos traductores del lenguaje cresencial más idóneos que otros. Los más destacados incluían sus propios inventos a la traducción, por lo que se originaba una cadena con entendidos y

malentendidos, que al final contribuía a alimentar la fama de nuestro amigo.

Otra de sus características era la demanda cotidiana hacia los empleados de las instituciones locales. En efecto, nadie que perteneciera al correo, escuela, destacamento policial, centro de salud, comisión de fomento, parques o vialidad, se salvaba de los mangazos de Cresencio.

Muchas veces, el pedido casi exigente de “no tendrá alguna hojita para mí” era individual, pero donde siempre se destacaba era en la demanda grupal. No dejaba pasar ninguna reunión o acto público sin reclamar su cuota de papel. Y no se le perdía ninguna junta, como que era el vocero oficial de la comunidad en todas las convocatorias.

Entonces sí era difícil negarle la demanda. Los pobladores gozaban con la sorpresa de los forasteros ante los reclamos de nuestro héroe.

Lo que sí, también daba para la canchereada de alguno. Como aquél astuto y avisado gobernador que visitó la aldea para el festejo de su aniversario. En medio del desfile de los escolares, cuando Cresencio se acercó al consabido palco de autoridades, el viejo político, con un gesto de comprensión infinita, desenfundó del interior de su abrigo una mitad de resma de flamante papel, para mejor tamaño oficio. Bien rendidor para Cresencio el tamaño oficio. Las malas lenguas dicen que gracias a la movida el viejo ganó la interna partidaria local, que se le venía medio atravesada porque había faltado al anterior aniversario del poblado.

En síntesis, a la tardecita, cuando ya había recolectado su cuota diaria de hojas, se acercaba a la comisión de fomento para que le fotocopiaran billetes. Eso sí, un día eran de un valor, y al día siguiente de otro. Siempre fue una incógnita el destino que Cresencio daba a sus riquezas. No faltó el imaginoso que calculaba que los billetes fotocopiados formaban parte de un ritual esotérico. Además, nunca se supo que intentara en el kiosco canjearlo por un chocolate, o alguna revista de pletóricos colores. Nada que ver.

Hay que aclarar, para tranquilidad de los escépticos, que los pobladores de la villa no necesitaban del vil metal para ofrecer a Cresencio alguna torta frita recién hecha, un chorizo de la parrillada del mediodía o la revistita ya leída. Ventajas de ser diferente en lugar chico.

Pero tanta tranquilidad se desparramaba cuando le aparecía algunas de sus crisis. Que podía ser de convulsiones, cuando su madre se olvidaba de darle el consabido luminal, o con delirios y alucinaciones, habitualmente por situaciones que lo alteraban. En dicho caso, la tormenta solía durar algún tiempito. Como cuando su madre se internó en Neuquén para operarse del estómago. O cuando la barra de muchachos le convenció que le tocara la cola a la hija del inspector de vialidad provincial. Que para peor, era medio pariente del jefe de policía.

De resultas de dicha acción, y quizás para hacer buena letra con la parentela, la superioridad policial ordenó su inmediata reclusión en el calabozo local, bajo la carátula de desorden en la vía pública. Bastante llamativa la cosa, porque si bien la cara de la joven víctima quedó bastante desordenada del enojo, la vía pública nada que ver.

Claro que como no había calabozo, Cresencio tuvo que ser encerrado en la oficina del sargento encargado. Oficina que congregaba todas las siestas a los funcionarios de Villa Rincón Escondido, ansiosos de anoticiarse de las novedades. De paso, a tomar mate y jugarse unos truquitos. La cuestión es que los novedosos, al encontrar ocupado su espacio de reunión, intentaron juntarse en la casilla de la estafeta. Pero afectaron la transmisión de la telenovela de doña Ensoñación, que reaccionó de modo nada ensoñado.

La solución fue medicalizar el enfoque. Se pasó a la internación hospitalaria en la localidad vecina. Entonces era todo gritos, excitación, forcejeos. Y no había remedio que alcanzara.

En la interconsulta indiqué neurolépticos. Al mejorar, volvió a la aldea. Desde entonces fue controlado por Sarita, la nueva médica, o por mí en visitas programadas.

Hablando de tranquilizantes. era sorprendente el efecto que obraba en Cresencio la presencia de los niños. Bastaba la sonrisa o el llanto infantil, sobre todo el de su vecinita Eusebia, para que la excitación se transformara en tolerancia. Por supuesto, esta característica de su patología era bien aprovechada por sus conocidos, que ya la tenían apalabrada a doña Eufrasia, su madre. Y como lo querían mucho, todo bien.

Lo cierto es que la cosa se acomodó casi amablemente, hasta que llegó la furia del turismo elitista. Algunos vecinos emprendedores se convencieron que si Cresencio seguía haciendo de las suyas los únicos turistas que visitarían la villa serían los gasoleros. Los de carpa y guiso. Y que las elegantes cabañas que habían construido sólo se poblarían con la visita de sus familiares. Como todos sabemos, los parientes no suelen oblar ninguna suma, y más, hay que gastar alguna que otra moneda en agasajos. Al final, a lo sumo dan las gracias por los servicios prestados. Conclusión: no es negocio construir cabañas para el turismo gasolero ni para el familiar.

Consecuentes, al principio casi discretamente, luego descaradamente, se armó una movida de aquellas. No tanto por la cantidad de vecinos convocada, pues como todos sabemos los emprendimientos turísticos elitistas no congregan multitudes, sino por la influencia desplegada. Entonces aparecieron las presiones intentando convencer a los familiares, personal sanitario, y referentes de instituciones para internar a Cresencio en algún “lugar especializado”, que en lenguaje común significa reclusión en un manicomio por tiempo indeterminado.

Un pequeño problema consistía era que no hay manicomios en la provincia. A lo sumo, cuando algún habitante tenía dificultades con el alcohol, o se le destemplaba el ánimo por las cosas de la vida, se lo internaba por algunos días en el hospital más cercano, o en el servicio de mentalidades, quiero decir de Salud Mental del Hospital Neuquén. Pero los emprendedores no se desanimaron.

Así como se armó una movida para echarlo, también hubo otra en solidaridad. Por un lado estaban los papeleros, a los que se sumó un número interesante de pobladores. En las reuniones realizadas para definir la situación de Cresencio en el lugar participaron como locales, el equipo sanitario ( la enfermera y la agente sanitario), el jefe del destacamento policial, sus padres, doña Eufrasia, el presidente de la comisión de fomento, el director de la escuela, el juez de paz, y como visitantes, el párroco de la localidad vecina, Alberto, a cargo de las visitas médicas programadas y yo.

Al final hubo acuerdo unánime en varios puntos. Que Cresencio debía ser medicado y controlado periódicamente, que la medicación, a cargo de sus

padres, sería proporcionada por el centro de salud, que se le pagaría un salario mínimo para cuidar jardines de algunas instituciones, que si tenía una crisis habría una intervención cuidadosa de salud y de la policía para evitar daños, y que se le avisaría a Guillermo, el director de la escuela, para que mediara aprovechando la relación respetuosa que existía entre ambos. Asimismo, nadie se atrevió a cuestionar la continuidad del operativo fotocopiado de billetes, a pesar de la crisis de las instituciones producto de la globalización.

Otras propuestas no tuvieron demasiado eco. Se destacaba entre ellas la que proponía declararlo por decreto de la Comisión de Fomento "ciudadano de interés municipal". Lo único que faltaba era que intentaran declararlo "monumento histórico". Está bien que quisieran ayudarlo, pero me parece que no era para tanto.

Y así dadas las cosas, Cresencio y los pobladores de la villa pudieron disfrutar de una convivencia de buena calidad. A pesar de algunas vicisitudes, como lo fueron la enfermedad alternativa de los padres, la pérdida del empleo por suspensión de los planes sociales, o la ruptura definitiva de la guitarra color amarillo churretera.

La crisis musical fue enfocada prudentemente por doña Esmerada, la secretaria del Comisionado, que le obsequió un acordeón importado del continente asiático, color rojo rutilante, adquirido en la época del dólar dulce. Tuvo la sagacidad de entregárselo cuando visitó el lugar don Jorge Jara, el ministro de Subdesarrollo Social. Entonces, Cresencio instaló su nueva perspectiva musical cantando la cumbia "el tractor amarillo" en reiteradas oportunidades y en las orejas del visitante durante el almuerzo de bienvenida. O de despedida, no sé muy bien. Las consecuencias fueron eminentemente digestivas. Encima, se habían acabado los antidiarreicos de la salita.

La situación se estabilizó. Más allá de ocasionales y bien contenidas crisis. Nada fácil compatibilizar las exigencias del progreso con el miedo a lo diferente.

Pero la vida tiene sus vueltas. Mucho tiempo después Carlos, el nuevo médico del lugar, me llamó por teléfono. Había una novedad desagradable.

- Tenemos malas noticias. Cresencio murió. Es todo muy extraño. No sabemos qué le pasó. Lo encontraron en el muelle después que lo buscaron toda la noche. Lo enterramos ayer.

No me pudieron avisar antes. Aún hoy se ignora si fue una muerte accidental o producto de una agresión.

Todo el pueblo se conmovió por la noticia. Su velorio y entierro convocaron a la pequeña comunidad que hizo un alto en sus tareas y conflictos. Y también, como siempre, lo cotidiano se impuso, aunque la figura de Cresencio siguió vigente. Como dicen los orientales, la muerte solo puede instalarse en el olvido.

Al tiempo, me visitó doña Eufrasia. Mientras mateábamos, me comentó.

- Ud. sabe, doctor, como lo queríamos a Cresencio. Sobre todo mi Eusebia. Así que todas las semanas la acompaño a visitar la tumba. Ella misma le plantó los notros.

Realmente las flores de su tumba eran un incendio en la ladera que se insinúa en el lago. El cementerio de Villa Rincón Escondido es un lugar de aquellos.

Doña Eufrasia se tomó un respiro para secarse las lágrimas con un pañuelito bordado en tiempos pasados, cuando sus ojos le hacían más a a la luz. Aunque ahora su mirada se ilumina con dulzura. Que es una luz distinta a la del día. Y que no es poca cosa.

- Se nota que Eusebia lo sigue extrañando. Y mire que ya pasó tiempo de su muerte. Es que de niñita era la preferida de su amigo inocente. El pobre no se cansaba de llevarle cositas que conseguía. Un dulce, una revista, cualquier cosita. Y cuando la hamacaba se reía a más no poder. Tras una pausa, siguió:

- Claro. Eusebia conserva como un tesoro un cajón casi lleno con los billetes que le regalaba Cresencio. Le decía que era para que se consiguiera el mejor vestido de novia para cuando se casara. Por eso, todas las semanas, Eusebia le escribe a su amigo. A veces le dedica algún dibujo, otras le manda una carta. Esta le dejó prendida en la cruz de la tumba. Se la traje porque sé que usted también lo quería mucho. Tomé la hoja, medio amarillenta y arrugada. De un lado los famosos billetes fotocopiados. Del otro, las letras menudas de la pequeña.

Hola, amigo mío,  
te sigo extrañando.  
De noche en mis sueños  
te supe encontrar.  
De día mi canto  
busca tu guitarra.  
Dame tu alegría.  
Borra mi llorar.

### HISTORIAS DE DOÑA CECILIA

La conocí hace un montón de años, a través del Noni, su hijo, agente sanitario del paraje El Salitral, departamento de Catan Lil. Mi trabajo como médico rural me brindó la oportunidad de vincularme con doña Cecilia, reconocida curadora mapuche. Ella se llama a sí misma yerbatera, disimulando la amplitud de su saber, emparentado con el de los tradicionales chamanes. Ciertamente doña Cecilia se maneja mucho a través de las rogativas y los sueños. Comenzando por su peuma, su sueño de iniciación, a través del cuál recibió de Futa Chao el don de curar. Me acostumbré a visitarla, al principio porque teníamos pacientes comunes, que nos consultaban a ambos. Aprendí a consensuar modos terapéuticos, estimulado por las definiciones de los problemas de nuestros pacientes. Y, de a poco, fui también aprovechando personalmente los encuentros. Al punto que aprecio mucho su consejo.

Al tiempito de conocernos recibí una muestra de confianza de su parte.

- Y sí, doctor. Yo tuve la suerte de recibir el peuma. Tenía diecisiete años cuando soñé que venían dos hermanas mandadas por Futa Chao. Una se llamaba Antümalguen, estrella fugaz, la otra Uünyelve, lucero de la mañana. Tenían un caballo hermoso. Me hicieron subir al caballo y me llevaron al Wenu Mapu. A un lugar hermoso, con un tremendo

salto de agua. Allí estaban todas las plantas medicinales. Y me mostraron los remedios: esto es para esto, eso para eso... A lo lejos, hacia atrás, se aparecía un pueblo luminoso. El caballo era blanco. Qué bonito que era... No pisaba la tierra. Después que me mostraron los remedios me llevaron a la salida del sol. La salida del sol había sido en una casa de puro vidrio. El sol brillaba amarillísimo. Y había una tienda de puro vidrio. Me regalaron dos cortes de ropa, de seda muy linda, celestita y otra blanca. Ni supe cómo llegamos. Yo dije:

- Qué lindo que ha de ser allá. Y me llevaron de vuelta. Cuando desperté, se me hacía que tenía la ropa soñada que me habían dado las hermanas.

Hermoso el peuma de doña Cecilia.

En realidad la visito a menudo, pues el paraje queda en el camino de unos cuantos de mis viajes periódicos por la región.

Con el tiempo, con los agentes sanitarios de San Martín y compañeros de otros hospitales de la zona, nos embarcamos en una investigación sobre los modos en que los pobladores de la región utilizaban los diferentes sistemas médicos, y por supuesto, la manera en que manejaban sus vínculos con los operadores sanitarios.

Esta actividad nos llevó registrar diversas historias. Y doña Cecilia compartió una que tenía que ver con el chenque de los antiguos, es decir el viejo cementerio mapuche de la zona, que había quedado dentro de la estancia, después de una de las clásicas corridas de alambrados. Que es uno de los modos con que la cultura blanca sigue sosteniendo la Conquista del Desierto, que nunca fue desierto porque estaba habitado por los pueblos originarios del continente.

Historia dura. Pero interpretamos que era imprescindible su difusión masiva. El cine podía ser el camino. Ya habíamos tenido buenas experiencias con documentales sobre nuestra tarea. Incluso un medio metraje sobre alcoholismo rural y migración.

Pero con la historia de doña Cecilia nos surgió la necesidad de trascender los enfoques artesanales para que se conociera más ampliamente.

A través de la Secretaría de Ciencia y Técnica de Nación, nos conectamos con algunos directores y productores de cine. Y fue así que finalmente acordamos con dos de ellos intentar llevar adelante la movida.

Gustavo era un cineasta exitoso y seductor, y Eusebio, tranquilo y pensante, tenía también historia caminada.

Habían quedado impresionados con la contada que le transmitimos, y quedaron en hacernos una visita.

Cuando llegaron ya Eusebio disponía de un eje para ir avanzando en el guión.

- Bueno, Wille, el próximo paso debería ser conocer a la doña que les contó la

historia. Nos pondría en situación.

Me pareció un pedido pertinente. Pero como todo operador intercultural, tenía algunas experiencias frustrantes y quería ser prudente.

- Sí, Gustavo. Me parece necesario. Pero antes debemos acordar un par de cosas.

Sobre todo porque el que se vá a quedar después de toda esta movida soy yo.

Necesito que se garantice la prudencia y el respeto. El tema de la medicina

mapuche, donde se juega lo religioso, es muy delicado.

- Me parece que eso está demás.

A Gustavo le tocó mi inquietud.

- Mejor así. Garantizo el respeto por parte de doña Cecilia. Y de paso, tenemos que

recordar que fue ella, con su historia, la persona que inició todo este proceso.

Mi viejo Falcon rural nos llevó a El Salitral. Don Martín nos recibió cordialmente, y doña Cecilia nos convidó con mate y torta frita. La económica tenía buena leña y elcalorcito que largaba era bien acogedor.

Cuando hablamos del proyecto cinematográfico Gustavo tuvo como objetivo entusiasmarla y tuve que cumplir el papel de marcar los límites y presentar las prevenciones. Tanto doña Cecilia como Eusebio escuchaban atentamente.

Cuando habíamos despachado una pava de mate, medio intempestivamente, apareció lo temido:

- Bueno, doña Cecilia. Ante todo le digo que Wille nos aconsejó mucho acerca de que debíamos ser prudentes. Pero no sé cuando la volveré a ver y no puedo dejar pasar la oportunidad. Escuché que usted es una excelente curadora a distancia. Que los pobladores le tienen mucha fe.

Doña Cecilia lo vió venir. Yo también. Intuí que había sido un error confiar en él.

- Un amigo mío de Buenos Aires tiene su señora muy enferma. Perdió mucho peso,

está muy decaída. Sin apetito, le agarró asco a la carne. Mi amigo está desesperado y no sabe qué hacer. Acá tengo la foto de ella. ¿ Podrá ayudarnos ?

Y ahicito nomás le alcanzó la fotografía. Pero tuvo que dejarla en la mesa, porque no encontró mano que la aceptara. Tampoco le aceptó tener que probar su saber.

Y ahí quedó, porque doña Cecilia siguió hablando de otros temas conmigo y con Eusebio. Quedó claro que no aceptaba la prueba a que intentaba someterla Gustavo.

Yo quedé muy afectado. Aunque sabía que nadie dudaría de mi buena fe, también quedaba claro que me había equivocado.

Luego de un tiempo prudencial, opté por despedirme e iniciar el regreso a San Martín.

Don Martín y la dueña de casa nos acompañaron hasta la puerta y cuando rumbeábamos

para el auto doña Cecilia le devuelve la foto a Gustavo y le dice:

- No se olvide la foto. La señora tiene la enfermedad en el hígado. No se vá a curar, pero desde acá rogaré para que no sufra.

El semblante de Gustavo me sorprendió. No le dio para responder. Y su mudez le duró todo el viaje de regreso. Mudez compartida, por otro lado. No había mucho que hablar de mi parte.

Y cuando le encaramos a la Cuesta de los Andes, Gustavo atinó a decir:

- Impresionante lo de doña Cecilia. La mujer de mi amigo tiene un diagnóstico de cáncer de hígado. Avanzado e inoperable. Está con cuidados paliativos.

A Eusebio no lo volví a ver. Se apartó del proyecto. Como nosotros. Gustavo, muy ejecutivo, lo continuó a su manera. La película fue un éxito comercial. Y al menos

difundió parte del mensaje originado en doña Cecilia. Por supuesto, la iniciadora de la idea ni siquiera fue mencionada en la proyección.

Dicen que una crisis afrontada con madurez afirma la relación. Y así ha de ser, porque con la doña las cosas siguieron para adelante. Aunque la madurez la puso ella, para variar.

Al tiempo, sufrí una serie de acontecimientos dolorosos. Dificultades familiares, la muerte de un amigo, la deslealtad de un examigo, perdí una suma de dinero importante, tuve un accidente.

En eso estaba, cuando tuve que viajar a Aluminé. De ida, con mi camioneta dí muerte a un perro que se cruzó inesperadamente en el camino. Y en el viaje de vuelta, en una madrugada lluviosa y oscura, me equivoqué de trayecto y agarré para el lado de Las Piedras de Pilolil. Debo aclarar que el camino de Aluminé, ancho y bien mantenido, lo había hecho cientos de veces. Y que nunca había ido a Las Piedras de Pilolil, lugar sagrado al que se arribaba a través de una senda de cornisa estrecha y peligrosa. Más en una madrugada Lluviosa y oscura. Por supuesto que acepté el aviso y doña Cecilia fue mi referente.

- ¿ Y usted qué opina de lo que me está pasando ?

Se tomó su tiempo, también un mate. Para mis adentros, suponía que iba a hacer un diagnóstico desde el marco de la medicina mapuche, y que yo tendría que hacer el correlato cultural correspondiente. Como solía hacer con nuestros compartidos pacientes en los abordajes médicos interculturales.

- Lo que me parece es que a usted le toca enfrentar parte de una prueba de la vida.

A varios años del episodio, continúo elaborando la respuesta.

Y también a varios años, hace un par de meses, me llegué hasta la carpintería del Tano, un amigo de aquellos.

Sabía que andaba con dificultades, pero quería escucharle personalmente.

- Y sí... sabés... Lo que pasa es que no sé lo que me pasa. Tuve varias crisis en las que me quedo de repente sin saber el nombre de las cosas y personas que me rodean. Y no sé para adonde disparar.

Consultó a varios médicos, clínicos, neurólogos, cardiólogos. Le hicieron estudios de todo tipo, incluso de alta complejidad como tomografía y arteriografía.

- Y el diagnóstico fue insuficiencia vascular cerebral transitoria.
- Parece que no te cierra.

Mientras se rascaba la cabeza, le tiré la pregunta del millón:

- ¿ Y a vos qué te parece que te pasa ?
- Es que no puedo desenganchar de otras cuestiones. Tuve un accidente con mi señora. Por suerte no nos golpeamos pero la camioneta nueva quedó para el cartonero. Mi hijo y Carlos, mi socio, se accidentaron en la carpintería. En unas palabra, Wille, lo mío no es para médicos. ¿ Porqué no me llevás a lo de alguna curadora amiga tuya, bien de confianza ?

Cuando rumbeamos a lo de doña Cecilia sostenía su semblante preocupado.

Me hice una caminata pausada por la quinta de la casa, y cuando regresé ya había terminado la consulta. Algunos mates, y la vuelta a la ciudad.

En el viaje de regreso, el Tano, sollozando, me comentó de su encuentro:

- Le pude contar lo que te conté a vos. Y cuando terminé, se quedó mirándome y me tiró que le contara lo que faltaba. Y le dije lo de Clarisa.

Clarisa era la hija del Tano. Querida por todos, era una chica diez.  
Cariñosa, inteligente,

dinámica. Abanderada en su escuela, excelente esquiadora y montañista, muy buena compañera, intempestivamente, sin aviso previo, se suicidó. Sus padres quedaron conmocionados. También la comunidad.

- Y después que le conté, le pedí que ella que conocía tanto de todas estas cosas, que sabía que me entendía en mi dolor, que por favor me contara donde estaba Clarisa, y cómo estaba.

Doña Cecilia, con mucha suavidad, le preguntó si la había podido soñar a Clarisa.

- Sí. La soñé claramente en dos oportunidades.
- ¿Y cómo la vió a su hija ?
- La ví bien, tranquila. Me pidió que no nos preocupáramos por ella.

Y con la misma suavidad, la doña le redondeó:

- Usted ya lo dijo. Su hija vive en sus sueños, y está bien. Voy a rogar para que la siga soñando.

El Tano anda mucho mejor. Hasta ahora no repitió sus crisis. No me pregunten porqué.

### LA HISTORIA DE ESTEBAN

- La idea es que lo ayudes. Esteban dio muerte a María, su esposa. Aparece desbordado, como si tuviera mucho miedo. No puede hablar palabra desde que lo trajeron desde Piedra Pintada, hace ya cuatro

días. Debe ser por la culpa. Necesito armar cuanto antes la línea de

defensa, pero sobre todo me inquieta la angustia que sufre. Hasta temo

que intente hacerse daño.

Nada desencaminado Mariano Echetto, defensor oficial del Juzgado de Junín de los Andes. Esteban estaba con una crisis de tristeza y culpa. No era para menos. Una vez más recurrí a la magia de los mates. Y entre pava y pava, esa misma tarde comenzó la conversa. Cosa seria los amargos para destrabar la lengua.

- Estás pasando por uno de los momentos más difíciles de tu vida.

Quiero

ayudarte, pero para eso necesito que vos también te ayudés. Y

supongo

que necesitás confiar en alguien.

A veces, cuando me lo pedían, tenía reuniones individuales con los detenidos, aunque la actividad habitual eran las reuniones con el grupo.

Una

vez por semana desde hacía varios años.

Para algunos bien intencionados eran grupos de reflexión. Aunque a veces la cosa daba solamente para una partidita de truco. Quizás no era demasiado formal, pero era lo posible. Eso sí, había que bancarse más de un verso zafado cuando el contrario ligaba alguna flor o un buen envido.

Escuché una historia bien triste. Como suelen ser las historias del encierro. Que es la curiosa manera que utiliza nuestra sociedad con los diferentes. Llámense locos, leprosos u homicidas, por caso.

Esteban había nacido en Toltem, Chile. Cuando tenía dos años, falleció su padre. Y por esas cosas de la vida se casó bien joven. Cuando María se enteró de que Esteban tenía una relación afectiva paralela se enojó mucho. Fue entonces que quiso separarse.

Carina, la pequeña hija, condicionó la continuidad de la pareja. Convinieron en seguir juntos pero radicados en la Argentina. Esteban tenía entonces 24 años de edad. Viajaron a Cipolletti donde fueron ayudados por su hermano mayor, Carlos, y su familia. A veces los cambios de lugar facilitan las cosas. Al menos, es lo que se busca.

Al poco tiempo Esteban consiguió un trabajo en el campo y se trasladaron a Piedra Pintada, zona rural de la provincia del Neuquén.

Pero las cosas no fueron fáciles. Continuaron los roces. Entrampada en el conflicto de la pareja de padres, Carina enfrentó a María, quién la maltrató en oportunidades. Entonces acordaron que la niña pasara un tiempo con sus tíos, en Cipolletti, "hasta que mejoren los ánimos". Sus tíos la llevaron al Servicio de Salud Mental del Hospital donde comenzó un tratamiento.

La situación de la pareja empeoró. La violencia emocional era cosa de todos los días.

Para complicar aún más las cosas, un amigo informó a Esteban que María era visitada regularmente por otro hombre en sus horarios de trabajo. La duda atravesó su interior.

Ese lunes, como todos los lunes a la madrugada, Esteban marchó a su trabajo. Al llegar al mismo, se retiró planteando que no se sentía bien. Y al ingresar a su casa, como temía, encontró a la pareja de amantes.

Utilizando un arma de su propiedad, disparó contra ambos, hiriendo mortalmente a María. A duras penas su acompañante pudo escapar.

Luego se entregó detenido en la comisaría local y fue trasladado a la alcaldía de Junín de los Andes, a disposición del Juzgado.

- Doctor, quiero que hablemos sobre Carina. Mi hija no sabe qué le pasó a la madre. A mi pedido, los tíos le dijeron que María murió por un accidente.

- Es decir que Carina ignora que su papá mató a su mamá.

Esteban no sabía cómo decirle la verdad a su hija. Temía su rechazo. Preferí el camino más directo.

- ¿ Si vos fueras Carina, necesitarías saber la verdad a través de tu papá, o te resultaría lo mismo enterarte de otro modo ?

- Pero no quiero hacer sufrir a Carina.

- Para hacerla corta, acá hay dolor por todos lados. El tema es cómo orientarlo, y también cómo limitar los daños. ¿ No será que lo que ocultés hoy se convertirá en el drama de mañana ?

- Se me hace todo muy jodido. Porque aunque me animara a hablar con mi hija, ella está muy lejos.

- Ya estás pasando a otro tema. Quedamos en que primero íbamos a tratar un problema, y vos ya estás embarrando la cancha con otra cosa. Lo primero es lo primero. ¿ De acuerdo ?

Y así hablamos de distancias, no solo de las que se miden en leguas. También de la importancia por un lado de rescatar, ante los ojos de Carina, los aspectos positivos de su difunta mamá, y por otro que Esteban se hiciera cargo de los errores cometidos.

- Es cierto que estuve lejos de María, también de mi hija. Pero... qué puedo hacer ahora.
- A veces el drama permite los cambios. La cosa es poder aprovechar las circunstancias que nos brinda la vida, poder encontrar lo claro detrás de la tormenta. Pero no cualquiera se anima a enfrentar el dolor.

Ese mismo día Esteban habló por teléfono con su hija y su hermano y quedaron en encontrarse en Junín. Movido el noviembre del 96. Pero por lo menos ya había comenzado a caminar la esperanza. No era poco.

En tanto recibí el informe del Servicio de Salud Mental del Hospital de Cipolletti: “Se entrevista a la niña con su tía. Hay una adecuada respuesta emocional teniendo en cuenta los antecedentes de su historia familiar. Relación conflictiva con su madre, con episodios de maltrato físico. Se observa buena contención familiar en el hogar de sus tíos. Ante el conflicto presentado recientemente se sugiere que Carina continúe con los mismos y se facilite el vínculo con su padre. “

La primera parte del encuentro familiar tuvo lugar en mi consultorio del hospital. En general coincidí con la propuesta elaborada por los terapeutas del Hospital de Cipolletti

- ¿ Cómo lo ves a tu papá, Carina ?
- A mí me parece que está bastante mal.
- Creo que necesita tu ayuda. Y también vos necesitás que te ayuden. ¿ Qué te parece ?
- Sí, y también me parece que debe ser por lo de mamá. Me gustaría ayudar a mi papá.

La situación prometía. Por un lado, quería respetar los procesos personales, pero por el otro era fundamental aprovechar la crisis, madre de la flexibilidad. Además, no iba a ser fácil volver a reunir a todos.

- Es difícil para vos y también para él. Y para todos. Pero tal vez pueda soltarse si le pedís que te diga la verdad de la muerte de tu mamá. Aunque sea dura. ¿ Creés que necesitás saber esa verdad ?

Carina volvió la mirada hacia su papá, una mirada de inquietud y de ganas de comprenderlo. Y Esteban se animó. Cuando comenzó su relato, los dejé por un rato. Sentí que sobraba en ese momento de tremenda intimidad.

Cuando me llamaron, estaban llorando abrazados. La mano del padre acariciaba el pelo de la niña.

Aliviado, los acompañé, esta vez en un largo silencio .

.....

- Me saqué algo pesado de encima. Y ahora... ¿ qué viene ?  
- Es importante lo que pudieron hacer, pero hay que seguir caminando. Se me hace que entre los dos van a seguir dándose fuerza.  
Y aparecieron otros miedos. A la separación. A la soledad. A los demás.

Y continuamos con algunas reuniones individuales, las del grupo con sus compañeros de detención, y algunas, muy pocas, familiares.

En este recorrido pudo acordar con su defensor intentar conseguir un traslado a un lugar de detención más cercano a Cipolletti para facilitar los encuentros con la hija. Por otra parte, los tíos realmente ponían lo suyo.

El traslado no fue inmediato. Debía concluir el tiempo de la instrucción de la causa. Las cartas se sucedían. Las de Carina eran cartas dibujadas. De muchos colores. A veces, el lujo del teléfono. En general los encuentros eran en el hospital, aunque a veces en la alcaidía.

Fue entonces que abordamos el gran tema, el de la reparación. Así como el encierro no es alternativa ni para el detenido ni para la sociedad, tampoco sirve para mejorar la situación de los afectados por la violencia, en este caso los familiares de María.

A Esteban se le ocurrió facilitar el encuentro de los mismos, que seguían viviendo en Chile, con la niña. Escribió una carta a su suegra. Le transmitía que lamentaba el dolor provocado y que intentaba reconstruir vínculos muy afectados por su responsabilidad. Le proponía que visitara a la nieta.

No recibió contestación. Pero fue un intento fuerte. Ya para entonces había entendido que también su hija necesitaba reparación. Más adelante se daría cuenta que estos modos permitían su propia compensación .

En tanto, se relacionó respetuosamente con sus compañeros detenidos y con el personal. Sostenía largas conversaciones con su compañero de celda, más joven que él, y se convirtió en un buen consejero.

A principios de marzo, en una nueva reunión familiar, surgió la limitación que tenía Carina en visitar la tumba de la mamá. A pesar de su indudable fortaleza.

Había que buscarle la vuelta. Lo que técnicamente algunos llaman resignificación.

Era evidente que la tumba de la mamá necesitaba cuidado, y que no había muchas personas que pudieran encargarse. Ella misma lo señaló. Y terminó proponiéndose como cuidadora voluntaria.

Se ocuparía de las flores, de la limpieza y el orden. Y por encargo de Esteban, debía encender una vela en cada visita. Hasta que saliera en libertad. Entonces podría hacerlo personalmente.

Pocas semanas después, y a efectos de facilitar los encuentros, Esteban fue trasladado a la comisaría de Piedra Pintada, que está mucho más cerca de Cipolletti que Junín de los Andes. Su comportamiento fue excelente, y al poco tiempo lo autorizaron a trabajar en un taller mecánico cercano. Ya está por salir en libertad condicional.

- A mi hija le vá muy bien en el colegio. Me escribieron diciendo que viajan a Chile en estos días, para visitar la familia de la madre. Los psicólogos del hospital de Cipolletti están admirados con ella.. Además, cada vez que puede se acerca a la tumba de su mamá. Lloro pero se queda más tranquila. Es la encargada de cuidar el entierro. Cuando me den la condicional voy a vivir en Cipolletti. Mi hija me necesita. Y yo a ella.

Totalmente de acuerdo. Corajudo el hombre. Como si fueran de la misma madera.

## LA HISTORIA DE EUSEBIA.

Faltaban pocos días para el comienzo de las vacaciones en la escuelita rural de Lihuén, paraje del Lago Escondido. Era el mes de mayo del 2000, y los ánimos de las familias de la comunidad estaban revueltos. El ruido llegó hasta el hospital de Junín de los Andes.

- La cosa esta que arde con Eusebia y sus hijos. La asamblea comunitaria que se hizo en la escuela resolvió echarlos del paraje, y de movida nomás los expulsaron de la escuela.

Los ánimos de Dina y Ricardo estaban por el suelo. La trabajadora social y el médico del paraje reflejaban su impotencia, en realidad nuestra impotencia. Por una parte respetábamos los acuerdos del conjunto de la comunidad para definir los conflictos, pero no podíamos acordar con la resolución. El privar a los niños a vivir y capacitarse en su lugar de origen sabía a injusticia.

La expulsión del sitio donde descansan los restos de los antiguos es una medida extrema con que los pueblos originarios castigaban una falta social grave. Severa condena privar del lugar al mapuche, a la gente de la tierra. A los que sufrieron el despojo a manos de la sociedad huinca. A los que fueron arrinconados en las llamadas reservas. Reservas de qué? O de quienes ? El despojo continuó cuando se crearon los Parques Nacionales, que restringieron la vida de los antiguos pobladores. Curioso modo de entender la conservación del ambiente sin tener en cuenta a quiénes lo habitaron desde siempre.

Triste la historia de Eusebia, que sufrió junto a su hermana la violencia sexual de su hoy anciano padre, que también es alcohólico.

Eusebia pidió ayuda sin ser escuchada. Su hermana Amalia prefirió el silencio. Y aceptó los hijos de la violencia. Desde entonces se alejaron la una de la otra. Eran tiempos de miedo y de silencio.

Eusebia escapó al hacer pareja con José. Tuvieron cinco hijos en San Martín de los Andes. María y Héctor son los mayores, de 16 y 14 años. Pero el maltrato continuó con su nueva pareja.

Cuando logra separarse, regresó al Lago Escondido con sus hijos. La hija mayor se quedó en el pueblo internada en un colegio de monjas para continuar sus estudios.

Recrudesció el conflicto entre Eusebia y su hermana, aliada con su padre. Tristes las alianzas del miedo. La obligan a ocupar un cobertizo para animales que comparte con sus hijos, detrás del hogar paterno. Ya para entonces don Pedro no estaba en condiciones de andar cuidando bichos. Cabe la aclaración de que el régimen de Parques Nacionales sólo autoriza una casa en cada espacio familiar pues reconoce exclusivamente un poblador por predio.

En tanto, Amalia arma pareja y se vá del lugar.

Eusebia y sus hijos vivían entrampados. También la comunidad se entrampó con ellos. Aislada, ante cualquier acercamiento reaccionaba agresivamente. Los grandes siembran y los chicos recogen, y no precisamente flores.

- Podemos seguir discutiendo desde acá adentro todo el día pero el partido se está jugando en el paraje y no en el hospital.

Lo cierto es que necesitábamos más información y hablar con los protagonistas.

Fuimos directamente a la escuela, para encontrarnos con el director y el maestro asistente. La intención era conocer el conflicto desde cada una de las partes, enfocarlo participativamente e intentar una salida más respetuosa especialmente para con los derechos de los niños.

.- Ustedes entenderán que debemos tener en cuenta no solamente las necesidades de los

niños con problemas, sino la de todos los que concurren a la escuela. Nuestra

responsabilidad es tremenda y nuestros recursos escasos.

- Además esa mujer no tiene derecho a insultarnos como lo hizo, casi sin conocernos. No por nada la comunidad resolvió echarlos, a los chicos de la escuela y con la madre del paraje.

Los maestros en realidad estaban más temerosos que enojados. No habían podido resolver el conflicto con Héctor, el mayor de los hermanos. No era para menos. Era el más fuerte del grupo y se imponía a sus compañeros. Los maestros nos contaron los esfuerzos que habían realizado

para transformar la situación pero los episodios de violencia protagonizados por el niño se agravaron.

- Lo peor, nos enteramos hace pocos días. Héctor amenazó a los compañeritos. Martín, uno de ellos, robó a sus padres para su beneficio. Al principio eran gaseosas o golosinas del almacén pero al final se complicó con exigencias de dinero. Lo tenía dominado.

Realmente era una situación poco manejable no sólo para los maestros, sino para los padres y los chicos en general. Por eso los padres y maestros resolvieron movilizarse.

- Ellos mismos nos pidieron, casi nos exigieron que organizáramos una convocatoria comunitaria. Y en realidad la expulsión de los chicos de la escuela la definieron sin demasiada participación de nuestra parte.
- Creemos entender la situación, nos ponemos en el lugar de ustedes como maestros, de los padres de los alumnos, pero no podemos ni debemos olvidar las necesidades y los derechos de los chicos. Ni los de Eusebia. Ellos han sufrido una historia de violencia familiar, de estigma comunitario. Incluso Héctor, que aparece como responsable de hechos más que cuestionables, de hechos peligrosos, en realidad es una víctima de toda ésta situación. De más está decir sus hermanitos.
- Cuidado doctor, que el ejemplo cunde. Ana, la hermanita que le sigue en edad ya empezó con algunos problemas. Después que la citamos a la madre, y que tuvimos que aguantarnos sus insultos, también anduvo calumniándonos en el paraje.

Tuvimos que hablar y discutir largo rato antes de acordar en la necesidad de un nuevo encuentro con las familias de la comunidad. Para ese entonces ya nos habríamos encontrado con Eusebia y su familia.

El diálogo con la mujer y con Héctor nos mostró la otra cara de la moneda. También era una historia de sufrimiento, de miedo y bronca.

- Nos quieren echar. A los chicos de la escuela y a mí del paraje, de todos lados nos quieren echar. También mi padre es de ellos, estamos solos. Siempre estuvimos solos. Lo de la escuela es una excusa, una trampa que nos están haciendo. Pero no les tengo miedo. No se las van a llevar de arriba.

Acordamos que no participaría de la convocada reunión comunitaria. Era evidente que su presencia, al menos por el momento no facilitaría el encuentro de una definición favorable.

También hablamos con Jaime, el agente sanitario del paraje. Joven reposado, reflexivo, deseoso de contribuir a solucionar equitativamente la cuestión.

- La idea es que trates de acompañar a Eusebia y a los chicos, pero sin echarte en contra a los vecinos, por eso si bien es bueno que concurras a la reunión tratá de mantenerte como observador.

Ya de vuelta en el pueblo, nos juntamos con nuestro equipo de trabajo. Celia, operadora social del juzgado intentó un enfoque con José, el padre de los chicos. Pero el intento quedó en eso.

- No hay nada que hacer por este lado. José sigue con su actitud violenta y con su alcoholismo. Además Eusebia se brota de angustia en cuanto oye su nombre. No tiene sentido insistir.

A los pocos días nos hicimos presente en el puesto sanitario del paraje, que está situado al lado de la escuela. Jaime tuvo que hacer de anfitrión ante la desagradable novedad de que los maestros estaban ausentes sin aviso. Asistieron una buena proporción de los padres de los chicos escolarizados. La primera parte de la reunión consistió en la escucha de las quejas y de los miedos. Era ilusorio pretender cambios sustanciales. Cuando el miedo campea la razón y los demás afectos se rajan. No obstante acordaron en la necesidad de apoyo sanitario a Eusebia y Héctor, aunque todos estaban en su contra. Algunos pudieron escuchar la inquietud acerca de la situación de los hermanitos menores. Por ello, el que se aceptara que padecían un problema emocional severo no dejaba de ser un avance sustancial, así como el hecho de que asumieran el compromiso de una próxima reunión comunitaria. Nosotros pudimos evitar ingresar en una escalada. No era poca cosa.

Durante el tiempo de vacaciones se acompañó activamente a Eusebia y sus hijos. La idea era que pudiera aceptar sus equivocaciones, en especial sus conductas agresivas.

Celia se dedicó a discutir la situación con el lonko Daniel, y por su intermedio con la organización mapuche que lo apoyaba. Esta tarea fue exitosa, al punto tal que el lonko hizo propia la inquietud por la situación

de la familia. En tal sentido se organizó una convocatoria comunitaria cerca del tiempo del inicio del nuevo ciclo lectivo, y acordamos en el enfoque a desarrollar. Más aún, dirigió una enérgica nota a la dirección de la escuela llamándoles la atención por no notificarlo de una decisión tan importante.

El día llegó y no fue fácil el viaje. Había nevado y sabíamos que el camino estaba muy difícil. Para peor, y para variar mi camioneta estaba floja de fierros. Pero no teníamos otra por lo que con Celia y el lonko Daniel nos mandamos al paraje.

El diálogo durante el viaje giró acerca de la forma en que podíamos encarar la discusión. Sabíamos que la reunión era crucial para definir la continuidad y la calidad de vida de los chicos en la escuela y de Eusebia y la familia en el paraje.

- Me parece inconveniente la presencia de Eusebia y de los chicos en la reunión, les va a resultar duro escuchar las acusaciones y amenazas.
- Ya hablé con ella y le advertí acerca de esto. Además no hay que olvidar que desea seguir viviendo en el lugar, como que no tiene otro.
- Sí, pero si sale mal la jugada va a quedar aun más escrachada ante sus vecinos.

En realidad, no alcanzamos a definir una posición común. Ni falta que hizo. Al pasar por la casa de don Pedro, Eusebia nos estaba esperando lista y decidida a participar de la conversa.

- Por supuesto que no puedo faltar. Además, quédense tranquilos que voy a tratar de no zafarme.

No pudimos ni siquiera protestar. Cuando llegamos a la escuelita ya estaban todos reunidos. Los vecinos, los maestros, el responsable del grupo de gendarmería del lugar y hasta el guardaparque. Hubo más de un sorprendido por la presencia de Eusebia, pero el hecho de llegar acompañada por el Lonko descalificó de entrada cualquier resistencia a que fuera de la partida.

- Como Lonko de la comunidad quiero iniciar esta reunión leyendo la nota que le mandé a la Dirección de la escuela.

Y ahí nomás Daniel leyó el mensaje de enérgica advertencia.

- Como maestros no podemos dejar que una situación tan grave como esta quede sin una definición. Tenemos la obligación de pensar no sólo en los chicos con problemas sino en todos los demás que se ven perjudicados en su aprendizaje por algunos pocos revoltosos.
- Sí, pero no podemos olvidar los derechos de los chicos. Incluso Héctor necesita una ayuda para capacitarse y superar sus dificultades. Demás está decir que ha sido una injusticia que sus hermanitos tuvieran que abandonar la escuela meses atrás. Esto es responsabilidad de todos nosotros y también de la Escuela.
- Como dirección de la escuela no hice más que aceptar la decisión de la comunidad en ese sentido.

El cruce entre los maestros y Celia se estaba profundizando y de seguir se repetiría la historia. Intervinieron entonces los padres de Martín, el niño obligado a robarles.

- A nosotros quien nos compensa el daño que sufrió nuestro hijo?. No podemos ser nombrados como injustos, ese chico es un delincuente y no puede permanecer en la escuela ni en el paraje. El obligó a Martín, y lo amenazó. Y nadie hizo nada.
- Encima, cuando como maestros la llamamos y usted no nos escuchó, nos insultó y amenazó con una piedra.
- Si, eso fue así y yo estoy arrepentida de lo que hice. Pero fue injusto que por un problema de Héctor no dejaran entrar a la escuela a mis otros chicos.
- Pero es que no sólo Héctor agredió. También Ana nos insultó de arriba abajo.

Eusebia echó a llorar y a los gritos aseguraba que nadie le había informado de esos problemas. Conmovía su dolor, que hablaba de violencias, pasadas y presentes.

- No ven que esta mujer no está en condiciones de sostener la situación ? Si aparece un problema ante quién recurrimos los maestros?. Está claro que ni su madre ni su familia pueden con ellos. Encima, cuando nos acercamos a hablar a la casa la señora nos

echó, no nos dejó entrar.

Un profundo silencio siguió a la intervención del director de la escuela. Muchos ojos llorosos, muchos puños apretados.

- Me parece necesario decirles que me estoy poniendo en el lugar de cada uno de ustedes. En el de los maestros, con su misión de enseñar y con su miedo de no poder manejar la situaciones de conflicto con los chicos y sus padres. Mas allá del esfuerzo que claramente han mostrado por relacionar la escuela con la comunidad. También me pongo en el lugar de las necesidades de los vecinos. Como vecinos y como padres de los chicos que concurren a la escuela. Con las esperanzas de que aprendan y los miedos que sufran violencia. También me pongo en el lugar de la comunidad en general, que sufrió la violencia y la derrota como pueblo, y pese a ello y al miedo de los derrotados aún siguen peleando por la tierra de los antiguos. Además veo el miedo de una madre, su miedo por que se le escapa la posibilidad de que sus hijos no sufran la violencia que ella misma sufrió desde muy chica. De la violencia que aún sigue sufriendo por ser diferente a la mayoría, una diferencia que tiene que ver con las dificultades que ha tenido y su tremenda sensibilidad herida de mujer, de persona. Por último quiero hablar de mi miedo. Miedo de no saber cómo hacer para evitar que la injusticia y el dolor se adueñen de nosotros y permita que los más debiles, como siempre, sean los más perjudicados.

Otro largo silencio y nuevamente la voz en medio del llanto de Eusebia.

- Lo que pasa es que no recibí al maestro como tampoco nunca he recibido a nadie en mi casa por que me da vergüenza. De mostrarles que yo vivo en donde vivían los chanchos de mi padre. Me da vergüenza que vean los agujeros de las paredes y la tierra del piso. Vivo en un lugar muy feo pero eso sí, mis hijos andan limpios. No tienen ni peste ni granos.

Esta vez sí fue largo el silencio.

La segunda parte de la reunión consistió en la recolección de propuestas. Todos los vecinos presentes acordaron en que Eusebia y su familia debían vivir en un lugar más digno por lo que el Lonko se comprometió a gestionar ante Parques una autorización especial para que autoricen la construcción de otra casa en el terreno familiar. El guardaparques comprometió la gestión administrativa y los vecinos se propusieron para ayudar para la construcción de la misma.

La comunidad nos delegó la responsabilidad de conseguir un lugar para que Héctor siguiera su capacitación mejorando su estilo de vida. Fue unánime el acuerdo en el sentido de que los tres hermanitos continuaran su escolaridad en cuanto se iniciaran las clases.

Como última decisión la asamblea comunitaria resolvió una nueva reunión al mes para evaluar la situación . Casi inmediatamente el lonko dió por terminada la asamblea y los vecinos se fueron retirando tras los saludos de rigor.

Fue entonces que acercaron Juan y Luisa, los padres de Martín:

- Nosotros también queremos ayudarte. Eusebia. No sabemos bien como podríamos hacerlo, pero no queremos que te quedes sola. No queremos que sigas sola. Vas a venir a tomar mate a nuestra casa y nosotros vamos a ir a tu casa. Aunque sea fea
- Y si aparece algun problema, maestro, avísenos que vamos a ayudarlos. Tampoco ustedes deben quedarse solos.

Participamos en dos asambleas posteriores, acompañando. El tiempo pasó. Y acomodó los tantos.

Ricardo sigue siendo el médico del paraje. Está conforme con la situación. Acuerdo con su opinión de la excelencia de la tareas de Jaime en el acompañamiento de la familia y la comunidad. Cuando aparece la crisis todos irradiamos energía. Pero el sostener lo cotidiano tiene lo suyo.

Héctor está completando su capacitación en una escuela agrícola. Vuelve con su familia periódicamente. Se lo vé contento. También sus hermanitos, que siguieron en la escuela y han aprendido bastante. Eusebia concurre a las reuniones a retirar los boletines. Como era de suponer, aparecieron otros niños con dificultades, pero sin que mediara la violencia institucional.

María, la hija mayor de Eusebia, volvió al paraje antes de terminar su escuela primaria. Extrañaba mucho a sus hermanitos. Anda anoviando. Ana, la del medio, se peleó con una compañerita vecina en el camino a la escuela. En cuanto se enteró, Eusebia habló con los padres, primero enojada, pero como la escucharon pacientemente, pudieron acordar una definición respetuosa.

Eusebia también sigue en el lugar. De vez en cuando se topa con algún vecino desorejado, pero ha cambiado en buena medida su relación con el vecindario. Su nueva casa, dentro de su humildad, es acogedora. Ya sin agujeros en las paredes y con piso de cemento alisado. Todavía la salamandra no funciona del todo bien. Pero calienta, que es lo principal. Por suerte, lo que sobra en el paraje es buena leña.

### LA HISTORIA DE MARIA LILA

Recién llegadita la María Lila a Andacollo, se venía con toda la movida de los derechos de la mujer.

El director, Adrián Cattáneo, ante su empuje, decidió por la prudencia, al menos una vez en su vida, y se propuso esperar.

´ No tuvo que esperar mucho, que le cayó don Riguroso Quintún, de un paraje cercano. Y no le cayó de cualquier modo.

- Buen día, don Riguroso, por fin anda cayendo por acá.

- No tan buenos, doctor. Me vengo resbalando de la invernada. Tenía que venirme de antes, pero no pude por falta de proporción.
- Así que no tenía en qué venir ?
- Y encima no podía salirme de la penática, que se me metió adentro remolineando.
- Y porqué tanta pena, don Riguroso ?
- Y... usted sabe... es sobre la patrona.....Yo la venía viendo mayoritariamente insumisa. No se le terminaba la insulta por cualquier cosa. Ni podía encararla porque no tenía la chupilca de la tardecita, o porque se le enfriaba el puchero de chivo. Y ni hablemos con las cosas del sexismo. Siempre andaba haciendo mala maña. Y no solamente a mí. Hasta de los hijos se fue despreocupando.
- Me imagino su preocupación.
- Y... yo pensé cosas con la cabeza mía... Me agarré problema de develaciones. Hasta se me hizo que se estaba volviendo anónima.
- Y cuál era el problema ?
- Fue el día en que dijo que quería manejar algo de plata. Imagine el atormentamiento de cabeza que debe tener, si yo lo único que le hago es al suicidio, y apenas alcanza para algún vicio. Para encima, mucha soltura trae mala maña. Y usted sabe... con mi compadre el don Honorario Lemonao, que encima somos medio vecinados, le hice la comentación. Y al tiro me aclaró el tuéstano. Usted recibió doctorcita nueva, que por la parencia viene muy armada femenilmente. Bueno... esa doctorcita está subvirtiendo a mi patrona.

### LA JUSTICIA DE JESUS BENIGAR

Nuevamente ingresó por la Guardia Hilda Fonseca, y como siempre acompañada por su marido, Esteban Cifuentes.

- No le parece que su señora se accidenta muy seguido, don Esteban ¿
- Y es así nomás, doctor. Es medio descuidada, y cualquiera se cae de la escalera.

- Bueno, la vamos a tener que internar para que quede en observación. Y también le voy a sacar una radiografía para ver cómo están las costillas.

Doña Hilda asentía silenciosa. Héctor, lo mismo que los demás médicos y todo el barrio, sabían que don Esteban golpeaba a su esposa, sobre todo cuando tenía unas copas de más.

Pero la señora no se atrevía a denunciarlo. Tenían varios hijos en común y el único ingreso de la humilde casa lo aportaba don Esteban con sus changas.

El inefable Jesús Benigar, chofer del hospital, ideó una de las suyas. De un teléfono interno llamó a Sala de Adultos pidiendo que lo comunicaran con don Esteban-

- ¿ Habla Esteban Cifuentes ?
- Así es...
- Bien, acá habla el Comisario Espinosa. Tengo entendido según la información que dispongo que usted se anduvo portando mal con su señora. Y que no es la primera vez que la golpea.
- Pero no... Permítame, señor Comisario. Esto es un error.
- Nada que ver.. Mis fuentes son indiscutibles. Ya el mes pasado estuve por intervenir, pero preferí esperar para darle una chance. Y usted desperdició la oportunidad.
- Lo que pasa, señor Comisario, es que mi mujer es muy lengua larga, y me insulta mucho. Y uno lo aguanta, la aguanta, hasta que uno explota. Porque todo tiene su límite. No le parece, jefe ¿
- A mí lo que me parece es que debe presentarse inmediatamente a la Guardia de la Comisaría, de mi parte, y le dice al Oficial de Guardia que yo lo mandé a guardar hasta que personalmente le tome declaración.
- Pero, señor Comisario, déme una oportunidad.
- Oportunidad un carajo. Se me presenta inmediatamente a la Guardia y se acabó.

Jesús se cruzó con don Esteban y su rostro demudado en el pasillo.

- Qué le pasa, don Esteban ¿
- Que tengo que ir a la Comisaría porque me mandó el jefe.
- Ese tiene una pinta de bien jodida... Más vale apúrese.
- Claro que me apuro. ¿ No me puede llevar ?

- No... Váyase caminando que va a llegar más rápido. Porque yo tengo que pedir la autorización al médico de guardia para mover cualquier vehículo.

Presto se dirigió don Esteban a la Guardia de la Comisaría, donde luego de escuchar la novedad fue demorado hasta el otro día, en que fue recibido por el sorprendido Comisario quién dio parte a la Juez de Paz.

Para alegría de doña Hilda quedó encerrado por varios días.

### LA PALOMITA

Aquella tarde en la alcaidía hacía mucho calor. Nos tocaba grupo de reflexión.

Estábamos los seis de siempre. Cuatro jovencitos, todos locales, aunque no por ello carentes de experiencia carcelaria. El Tata Arredondo, que había sido trasladado de Cutral Co hacía tres meses, y yo.

Después de su traslado, poco le costó al Tata convertirse en el líder del grupo. Tenía una historia de antecedentes muy fuerte, y lo que no lo ganaba con la historia lo jetoneaba. Y le sobraba con que.

Por eso me llamó la atención que se incluyera en el grupo de reflexión. Había venido dos veces, y las dos la ofició de observador.

Esta vez, esperé en vano que surgiera del grupo el tema, como ocurría habitualmente.

Cuando no aparecía la iniciativa, solíamos jugar un partido de truco. Si bien riman, no se combinan bien la reflexión con la imposición. Pero al meter la mano en mi bolsillo descubro la palomita que me había regalado mi amiga Viki. Nos encontramos en la esquina, poco antes, y no tuvo mejor idea que regalarme el pajarito de papel de recuerdo.

Me agarró una corazonada, y de repente, deposité la palomita en la palma de la mano del Tata Arredondo. Sorprendido, pero tratando de disimular, el Tata se quedó mirando la palomita. Yo también aproveché para mirarla. En realidad, bastante poco original la palomita. Pero viniendo de Viki, era buena.

Observé que los cuatro jóvenes quedaron suspendidos esperando la reacción del Tata Arredondo.

El Tata, luego de sostenerla un rato en su palma, la tiró al suelo y de una la pisoteó brutalmente. Palomitas a mí ?

Todos quedamos en silencio, inmóviles. Pasaba el tiempo, y nada...

El Tata contemplaba la palomita, que ya había dejado de ser blanca, en el suelo. Vaya a saber qué pasó por su mente o su corazón, lo cierto es que, lentamente, la recogió, la colocó nuevamente en su palma, y la acarició.

Un suspiro de alivio recorrió el caldeado ambiente.

El Tata, como socializando, pasó la palomita al Chavo, que le dio un beso y la pasó, y así dio toda la vuelta.

Nadie dijo una palabra, y la palomita de papel quedó como propiedad del grupo.

Tiempo después, me llevé la sorpresa.

Una tarde entré a las celdas de visita. Todas las celdas dan al pasillo. Y del pasillo, a través de una puerta, que estaba abierta, hay una conexión al patio. La puerta del patio estaba abierta. Pero las de las celdas, no. Podía ver el pasillo en toda su extensión.

Del interior de su celda el Tata lanzaba miguitas de pan desde el pasillo hacia la puerta del patio.

Y muy naturalmente, como si ya fuera costumbre, una paloma, ésta sí de verdad, nada que ver con la de papel, se iba dirigiendo, mientras deglutía las miguitas, hacia la palma del Tata, que la esperaba, sonriente, dentro de su celda.

Cuando estuve seguro que la paloma estaba con él, me aparecí y lo saludé.

- Y, qué vá a hacer. Ella es un poco como usted, que tienen libertad y vienen a acompañar a los que no la tenemos. A ella le doy miguitas, a usted le enseño a jugar al truco. Todo es negocio, no le parece ?

### LAS NIÑAS DEL MALLIN

- Y qué le voy a hacer mamá. Ayer me caí del caballo y pasé a enredarme con un palo.

- Y la Rosalía también se golpeó y se enredó en tu palo?...

No era para menos la inquietud de la Eusebia. Esa mañana lavando la ropa de sus hijas encontró manchas de sangre en las bombachas . Ahicito

nomás se le representó cuando hacía muchos años el tío Pascual la montó en su regazo. Fue inútil toda resistencia. Mucho dolor para su niñez...

A la Mariana se le hicieron cortas las piernas para buscar a la Roxana.

- Acordate lo que nos dijo Don Genuario ayer.
- .....
- Porque sino el papá va a quedar sin trabajo y nuestros chivitos sin pastoreo.
- Pero Don Genuario es muy malo. Encima que nos "guasquea", ayer me hizo esa cosa fea.
- Peor a mí que me lo aguanto de hace rato. Por lo menos, a vos, es la primera vez que te lo hace.

El Florenciano se demoraba. Ya era nochecita y no se aparecía. El triperío de la Eusebia sonaba fuerte. Siempre le pasaba cuando le agarraba el miedo. O capaz que era que los dos últimos días se habían tenido que arreglar con yerbeado nomás. Eso sí, con un poco de azúcar.

- Era hora que te aparecieras. Tarde y ni vicios trajiste.
- Bien sabés que el patrón anda siempre con la cincha ajustada. Para peor me anda reclamando por el talaje. Dice que no puede meter más animales por culpa de nuestros chivitos.
- Vos le trabajás todo; en una semana le armaste alambrado a la huella nueva. Yo misma me pasé años atendiéndole la casa hasta que me echó y se empezó a llevar a la Maríana.

- .....
- Para mí, Don Genuario se pasa de mal arreado porque a vos siempre te gana la flojera. Bien cagón que sos.
- Don Genuario es mal arreado con todo el mundo. Hasta el Juez de Paz le tiene cagazo.
- A vos no te da ni para los vicios, a mi me echó mal, a las coltras las "guasquea", y hoy encima me encontré con sangre en sus bombachas.

- Y las nenas qué te dijeron?
- Y qué querés que digan las pobres? Cómo si no supiera lo que les pasa por adentro...
- Tené cuidado Eusebia con tu lengua. No sea que Don Genuario se enoje y nos eche del puesto. Ahí sí que nos quedamos sin vicios, sin pastoreo y sin rancho. Y adónde nos vamos a ir ,,,?
- Peor que nos siga basureando. En poco tiempo más él y el boliche nos van a dejar sin disponencia de nada.

Resabiado quedó el Florenciano con la conversa. Por eso, prefirió allegarse a lo de Molina. Nada mejor que unos tragos para mejorar el resabaje.

La Eusebia y las niñas se acostaron temprano. Esta vez no había ni para yerbeado.

- Mamá, el papá no está nunca en la casa. Ahora, dónde se fue?
- Y..., seguro que donde Molina, que para peor le fía. Entre él y don Genuario se están quedando con nuestros bichos. De nada valió la esquilada.
- Mamá, porqué don Genuario nos trata tan mal?
- Mirá Mariana, en la vida no siempre vamos a tener quien nos ayude. Mismo tu papá, el miedo que le agarra con don Genuario, y encima que ni sé leer ni escribir. Por eso, te pido que cuides mucho de tu hermanita. Vos ya estás en cuarto grado y ella recién está empezando la escuela.

El sueño le había ganado la parada a la Roxana. Nada que ver con la mamá y la hermanita mayor. Es que tenían que sincerarse.

- Mamá, tengo algo que decirle.
- La escucho hija.
- Se acuerda que me dijo que tenía que cuidar a la Roxana ?
- Me acuerdo, mi hija.

- Es por lo de las bombachas. Mentí mamá, no me caí nada del caballo.  
De hace un  
tiempo don Genuario me hace cosas feas y me amenaza que no cuente  
nada. Pero ya no  
me puedo aguantar más porque esta vez también la agarró a la  
Roxana, y como tengo  
que cuidarla...

Esa mañana la Eusebia estaba cebando al Florenciano la segunda pava  
de mate. Lujó de algunos pocos domingos en que no trabajaba. Ya lo  
había anoticiado de la conversa con la Mariana.

Bien empolvado quedó el rancho cuando don Genuario pegó la frenada  
a su 4 x 4. Sin bajar siquiera, encaró a su peón:

- Buenas... Vengo a buscar a la Mariana y a la Roxana para que ayuden a  
la patrona que  
anda otra vez medio jodida de la cintura.

- Y... si Ud. las necesita..

La Eusebia no se pudo aguantar:

- Las coltras no van a ir nada, primero porque es domingo y yo las quiero  
conmigo. Y  
más que nada por lo que Ud. sabe. No se ha portado nada bien con  
ellas.

- No le haga caso patrón. Son macanas que se le ponen a ésta en la  
cabeza. Y vos,  
prepará las coltras para que don Genuario no espere.

- Don Genuario sabe bien de lo que hablo; mis hijas se quedan conmigo  
y no van a  
ningún lado.

Pero más que las palabras, la mirada de la Eusebia fue la  
convencedora. Mirada de madre que defiende a sus crías. Dándose por  
avisado, el patrón ahí nomás arrancó su camioneta y otra vez de vuelta,  
llenó de polvo el rancho.

- Vos que pensás hacer para defender alguna vez a tus hijas que te  
necesitan? Yo sé bien

lo jodido que es para una coltra que los padres se hagan los  
desentendidos.

- Peor va a ser cuando se nos enoje don Genuario y nos eche del rancho. Encima, el comisario es de su amistad.

- Más peor es que mis hijas no tengan quien las defienda. Como no podía ser menos, la Susana fue la primera en escucharla.

Aparte de hermana mayor, era su confidente incondicional.

- La verdad Eusebia que ésto me lo veía venir. Mala fama tuvo siempre don Genuario, pero nadie le paró el carro, de puro miedo que le tienen todos. Claro, como varios le deben favores... y encima, siempre anda con revólver en la cintura.

- No sé para dónde disparar. Si hasta el padre se hace el desentendido.

- Vos sabés mejor que nadie que estas cosas suelen ser así. Pero algo tenemos que hacer. Por lo pronto te venís para acá con las nenas, no sea que el Florenciano le afloje al patrón de nuevo. Te allegás a mi rancho hasta que la cosa se aclare. Y vamos a hablarle a la social. Ella conoce de estas cosas y nos vá a rumbear.

- Te parece que le haremos ?

- Y, peor es quedarnos quietas.

El traslado se hizo esa misma tarde. Al Florenciano no le quedó más que mirar alejarse a su mujer y sus hijas. En realidad, la Mariana no era propia, pero como si lo fuera. Tenía meses apenas cuando se juntó con la Eusebia. Por eso la figuró en el Registro Civil. Porque hasta documento le sacó a la coltra. Y siempre que podía le acercaba un caramelo de dulce de leche, esos cuadrados que tanto le gustaban. Ciertamente que a veces escaseaban los vicios, pero nunca le faltó empeño propio.

Para peor la Eusebia ni le avisó para donde rumbeaban. Ya se le iba a pasar. Hay cosas que les ocurren a los pobres. Pero que con el tiempo...

Todavía quedaba un poco de sol cuando las hermanas se le arrimaron a la social.

- Es muy importante lo que usted como madre ha podido hacer. Pero lo que viene tampoco será fácil.

- ...

- Le parece que podrán seguir encondiéndose mucho tiempo en el rancho, con la escuela cortada para las nenas, sin que se entere don Genuario ? Además, la ley deberá protegerlas.

- La ley dice tantas cosas.
- Tiene razón, Susana. Pero no nos cabe otra.

Y comenzó así un largo peregrinaje. El juez de paz las mandó a la policía, y en cuanto pudo le avisó a don Genuario de los acontecimientos. En el destacamento tenía sus conocidos. Así que las tres mujeres decidieron hacer la denuncia en el Juzgado de la ciudad vecina.

Se les hizo largo el fin de semana. Pero el lunes bien temprano fueron las primeras en llegar al Juzgado. Poca atención les prestaron, así que tuvieron que cuerpearle al juez cuando ya se estaba yendo.

- Y a esta hora me plantean esto ?
- Estamos desde temprano, doctor, y no nos querían dar turno. Encima venimos desde lejos.
- Bueno, a ver, tendría que valorar las pruebas. Además, debería intervenir el médico forense, el psicólogo, en fin...
- Necesitamos rapidez. Las nenas dejaron de ir a la escuela.
- Nuestros tiempos son los posibles. O creen que es lo único que tengo para ocuparme ?

Varias veces tuvieron que trasladarse, esperando en vano una definición que permitiera a Eusebia y a sus hijas salir de su escondite. Parta peor no había plata para abogado. Cosa difícil encontrar abogado solidario.

A las semanas consiguieron un turno con el juez penal.

- Cómo me exigen la detención de don Genuario ? Hasta ahora lo único que tengo son dos menores que tuvieron relaciones sexuales.
- Pero, doctor... El médico forense informó de la lesión de las dos nenas...
- Y qué ? Y si se las hizo con los dedos ?

Don Genuario, avisado de los trámites emprendidos, se acercó al rancho Amenazó a ambos padres por su deslealtad, y ya retirándose esgrimió su revólver y disparó dos tiros al aire. Cosa de que se dieran por enterados.

A través de una Organización de Derechos Humanos, se llega a una abogada local que acepta pilotear sin costos el caso penal, y posteriormente el enfoque civil si hubiere lugar.

Recién entonces salió del Juzgado la orden de detención de don Genuario. Que, por supuesto, ya había abandonado su casa evitando el arresto. No obstante, siguió paseándose por el pueblo, como alardeando de la impunidad. Hasta que, seguramente asesorado por su abogado, se presentó al destacamento y lo trasladaron al Juzgado de la ciudad. Fue detenido y procesado. Posteriormente lo absolvieron por falta de pruebas, a pesar de la declaración de las nenas.

La Eusebia, ahora empleada para quehaceres domésticos, se trasladó al pueblo con sus niñas.

Periódicamente el Florenciano acerca los vicios que puede. Aún no pudo sacar sus chivitos del campo de don Genuario.

La Mariana volvió a la escuela. Fue allí que participó de un taller sobre los derechos de los niños. Estuvo callada hasta el final, donde comentó:

- Todo eso ya lo sé porque me lo enseñó mi mamá.

#### ENFOQUE.

1. Describir los pormenores de la actitud de funcionarios judiciales: juez, fiscal, etc.

2. Proceso de adquisición de poder por parte de Florentino en el campo y familia de don Jacinto..

3. Proceso de naturalización de don Jacinto en su calidad de detenido. Incluye muy especialmente la agresión sexual que recibe por parte de los otros detenidos la primera noche de cárcel. Sodomizado por todos los otros detenidos, con la complicidad de los cuidadores de la alcaidía.

4. Proceso de adquisición de poder por parte de don Jacinto en el espacio carcelario.

Relación de don Jacinto con su mujer e hijos donde observa la paulatina pérdida de su anterior influencia

Celos al observar el avance de Florentino en ese ámbito.

FIN: una noche ingresa un nuevo detenido. Los guardianes informan a los antiguos presos que se trata de un hombre que abusó de las hijas de su amante. En cuanto entra es sodomizado por todos. Don Jacinto se reserva el último lugar, un poco displicentemente. Los placeres de la carne ya no lo acomerten con la urgencia de antes. Después de accederlo carnalmente, Don Jacinto descubre que la víctima de su agresión sexual es Florentino, su antiguo peón-mediero.

### MI AMIGA MERCEDES

- Y... la cosa es así. Se trata de una amiga de muchos años. Compartimos todo. De lo bueno y de lo otro. A través de su alegría siempre fue nuestro centro. Cuando diagnosticué su SIDA, y el de su pareja, los derivé a Eusebio, que de esto sabe un montón.
- Y qué creés que podría hacer? Me parece que está en buenas manos.
- Sí, pero vos sabés como es la cosa... A ver, le aumentamos media pastilla de esto, le bajamos media de la otra. Nada de alcohol, de café, y todo lo demás. Cuando se acerca la parca cada uno rumbea a su manera. Y las pastillas vienen bien para eso. Hasta sus amigos le están cuerpeando.
- Y de lo familiar qué me podés decir?
- Se separó de su pareja hace un par de semanas, y lo bien que hizo. Le tiraba muy mala onda y la culpaba del contagio. Su hijo se llama Daniel y es artesano como ella. Además la banca como nadie. Vive con ella, la

cuida, le dá los remedios y la contiene como puede aunque me parece que está medio agotado. Hace montón de tiempo el papá de Daniel la dejó plantada. Y si te he visto no me acuerdo. Queda su mamá, que vive lejos y a quién Mercedes no quiere participar de la situación.

- Y vos ?
- Cuando hice el diagnóstico preferí que Eusebio los tratara. Pero vos lo conocés. Una garantía en lo técnico, pero hasta ahí. Me trencé con él esta mañana. Te la hago corta, quiero que te acerques. Sé que les hará bien conocerse.

Decidí recostarme en su corazonada. Además quería acompañarlo en la parada. Como él lo había hecho cuando lo necesité en otras situaciones difíciles. No me extrañó su conflicto con Eusebio. Eran como el agua y el aceite.

Esa tarde me acerqué a Mercedes. Desde hacía tres meses estaba internada en una salita de tres camas.

- Hola Mercedes. Soy Wille, y Esteban me invitó a acercarme.
- Sí, y quiere que nos conozcamos. Le están pasando cosas. Y a mí también.
- Por ejemplo ?
- Por ejemplo que me estoy muriendo, y no quiero dejar de ser libre por eso.
- .....
- En realidad, Esteban se jugó para darme una mano y le estoy muy agradecida. Pero lo veo entrampado. Entre su afecto por mí, entre ser médico, entre manejarse con algunos de sus colegas, que entre paréntesis mejor perderlos que encontrarlos.
- Y qué te parece que puedo hacer ?
- Por lo pronto, acomodáme la almohada y escucháme un poco.

Ahí nomás me senté dispuesto a escuchar de AZT, dolores e inquietudes. Estaba mal rumbo, porque en su lugar, Mercedes me recitó Los Heraldos Negros, de César Vallejos. Me enganché sucesivamente en las metáforas de una mirada que desparramaba claridad, y de un murmullo de arroyo de montaña.

Cuando se durmió me retiré.

A partir de esa noche, Mercedes me visitó en sueños. Y yo le retribuía acercándome cuando podía, habitualmente por las tardes, cuando terminaba mi jornada de trabajo. A veces leía un cuento. Otras escuchaba a su hijo empeñado en alguna melodía ingenua en sus intentos iniciales con su violín.

Fue entonces que Mercedes, Vivaldi mediante, me disparó:

- Ya estoy podrida del hospital, de los médicos, y de los medicamentos. Sé que voy a morir, pero prefiero morir del SIDA y no intoxicada por esa mierda de los laboratorios.
  - Estás segura de lo que estás diciendo ?
  - Lo vengo pensando desde hace un tiempo. Y ya lo he charlado con mi hijo. Y con vos.
  - Conmigo, cuándo...?
  - Con vos en mis sueños. O vos te creés que tenés el monopolio ? Y te aclaro que en sueños sos bastante más piola que haciendo visitas premortem en el hospital.
- Y ahí me tocó primerearlo a Eusebio. No le cerraba para nada la idea.
- Ya que querés ayudarla, convencéla para que no corte el tratamiento.
  - Es una decisión de ella, y encima su hijo la apoya. Entiendo que su deseo debe ser respetado.
  - Totalmente. Cada uno se jode como puede.

Tajante lo de Eusebio. Pero exigió la firma de un acta de consentimiento informado. Remezones de su discusión con Esteban o inquietud administrativa en relación con mala praxis ? Jodidos los miedos científicos.

Daniel seguía firme en tarea de ladero, acompañado por Viviana, poeta, y Laura, vecina que le hacía a la cerámica. Entre viaje y viaje, yo también aportaba. Como soy medio corto, la lectura de cuentos, incluso alguno propio, solía ser el pretexto.

Afortunadamente para todos, mi producción nunca fue exagerada.

La lectora era Viviana, pues Mercedes ya no podía. Su cuerpo se había consumido, y hablaba cada vez menos, pero a falta de voz estaban sus ojos. Nos acostumbramos a contarnos cosas con la mirada. Era notoria la capacidad de Mercedes en el tema. Ventajas de la claridad esperanzada.

Aquel sábado atardecido de otoño, y apenas llegado de un viaje, recibí a Viviana.

- Te traigo esta carta que ayer me dictó Mercedes para vos. Bien que le costó. Toda la tarde. Y después entró en coma.

El mensaje no era largo, sin embargo. Me contaba que le había hecho bien tener un hombre a su lado. Que eso le permitió sentirme mujer. Y siempre le había gustado ser mujer. Me aconsejaba que concurreniera a un taller literario para que pudieran leerme personas no postradas. Pero para mi tranquilidad entre el AZT y mis cuentos prefería a éstos. Y que siempre me iba a acompañar.

Esa tardecita la visité. Tomé sus manos, pálidas palomas prestas a despegarse, y a media voz le conté un último cuento. Que hablaba de un peregrino que se encontró con una mirada esperanzada. Y que aprendió que se podía caminar a lo ancho en el pequeño tramo de un recodo.

Cuando salí, creí percibir un parpadeo muy tenue. Era de noche, y el lago estrellado me acompañó en una larga caminata.

Ya con el sol asomando busqué a mi hijo menor, Santiaguito. Remontamos un barrilete al que le pintó unos ojos que interpreté esperanzados. Y cuando estaba muy alto, se cortó el hilo y se perdió muy lejos.

Muy serio, Santiaguito me comentó:

- Me parece que se fue al cielo.

## LA DIFERENCIA

En un primer momento no la reconocí. Ahora pienso que en realidad, no quise reconocerla.

Hacía mucho tiempo había estado tomando mate en su ruca, acompañando a Abel en su recorrida al paraje. Supervisión de apoyo al agente sanitario, que le dicen.

En realidad, no sé quién apoyaba a quién. Si bien era responsable administrativamente del grupo de agentes sanitarios, éstos fueron en la realidad mis maestros para conocer el lugar, la gente, los modos de la gente de la tierra.

En un camino por el que sigo caminando.

A veces nos demorábamos demasiado para mi gusto. Poca eficiencia, pensaba para mis adentros.

Era el tiempo del otro. Es que el tiempo del otro, el de la observación. Diferente al mío, que era el tiempo del hacer.

Alcira seguía en la camilla de la guardia, inmóvil. La ambulancia la había pedido el maestro del paraje.

- Está así desde hace varios días, doctor... Algo le está pasando. El maestro nos aconsejó que vengamos al hospital. Y acá estamos.

Vivencí a través de la voz de don Esteban una mezcla de angustia y resignación. Pensé si no estaría proyectando cosas.

Indiqué su internación. Por ella y por mí. Estaba desorientado. Internarla me permitía hacer algo por ayudarla. Me confundían sus ojos, fijos hacia arriba, como buscando el "wenu-mapu" (cielo).

Examen físico, laboratorio de rutina... Confirmé lo de su deshidratación. Rápida interconsulta, tratando de superar mis limitaciones.

Sabía que no era nada fácil la cosa. Pero no quería derivarla. Neuquén estaba lejos, el alejarla de los suyos, de su lugar. Me pareció que solo complicaría todo.

Encima la rastrojera dejaba mucho que desear. Ya habíamos planteado que necesitábamos una ambulancia mejor. Del jeep ni qué hablar. Nos sacaba de apuros para los parajes del campo. Se bancaba la nieve como el mejor. Pero hasta ahí. Nada que ver para un traslado.

Además ese invierno se apareció con todo. Nieve, hielo, todo bien sostenidito.

¿ Los chicos ? A cargo de los vecinos. No es bueno que queden solos ...

- Por supuesto, don Esteban, por supuesto...

- Mala suerte, doctor. Y justo me quedé sin trabajo. Es cada vez más difícil el leño. Porque está muy duro. Y el invierno...

El mate nuevamente servía para vincularme, esta vez al lado de la cama de doña

Alcira. Pero el sabor era distinto de aquél que habíamos tomado en su ruca, en aquel lugar perdido en la cordillera. Debía ser por el agua, supongo.

La interconsulta con Mandi resultó extensa. Me reconfortaba que el jefe del Servicio del Hospital Regional resultara tan accesible. Nada que ver con el perfil que habitualmente se supone en un psiquiatra.

De alguna manera, el haber iniciado con la medicación propuesta, la buena respuesta física a la hidratación parenteral, me daban cierta seguridad. La seguridad del hacer. Pero el tiempo pasaba, y nada ...

- Su esposa tiene un problema serio, don Esteban. Creemos que puede ser una esquizofrenia catatónica.

- Una qué, doctor ?

- Y... una enfermedad de la cabeza.

Sentía la necesidad de compartir, ya que no seguridades, aunque más no sea mi búsqueda con don Esteban. Y también con doña Alcira, porque no, que seguía también mirando arriba quién sabe qué cosa, o a quién.

Al menos no andaba solo en esto de buscar.

- No, don Esteban, qué va a ser un "daño", se trata de una enfermedad mental.

Las noches anteriores me había pasado devorando libros de psiquiatría. Me leí los cuadros básicos, su diagnóstico diferencial. Además, los tratamientos. Las drogas utilizadas me sonaban raras. Por suerte Mandi fue bastante claro por teléfono.

Me propuse aguardar un tiempo razonabl. ¿Cuánto sería lo razonable ? Esperar un poco a que los medicamentos comenzaran a hacer su efecto. Sostener a Alcira físicamente. En fin...

- Sabe, doctor., algún vecino que nos tenga envidia. Cosas del kalku ( fuerzas del mal), también.

Me inquieté un poco. El tema este del "daño", de los brujos... Lo percibía como

un cuestionamiento. A mi saber, hasta podría decirse que a mi persona. Me costaba aceptarlo.. Estaba comprometido, y no sólo profesionalmente.

¿ Y si la derivo ? Al fin de cuentas, la podríamos abrigar bien, y saliendo temprano y sin problemas, llegaba en el día a Neuquén. Después de todo, allá estaban los especialistas.

- Ya está bien, doctor. Demasiado estamos molestando acá. Y además están los chicos que quieren verla. ¿ Pueden ?

- Por supuesto, don Esteban. Mal no le vá a hacer, seguro.

Ya doña Alcira se había compensado físicamente. También los análisis lo certificaban. Pero seguía sin moverse. Lo peor era su silencio.,

- Y, andaba durmiendo mal, doctor. Y no es de contar cosas. Los sueños son cosa seria...

Aquella tarde llegaron los chicos. Se acercaron a la cama seriamente. Todos eran muy serios, realmente. Pero pudieron tomarle las manos. Faltaron los dos más chicos. El camino era largo... El mayor, al salir, se llevó ropa de doña Alcira. Pero más me llamó la atención la búsqueda de su documento por parte de don Esteban.

Al anoecer, Alcira comenzó progresivamente a salir de su ensimismamiento. Pudo hablar un par de cosas con don Esteban, tomó la mano de su hija mayor. Además, comenzó a comer.

Es curioso como mejoramos los médicos cuando un paciente grave comienza a comer. Con el tiempo me pregunté si esta mejoría del curador no facilita a su vez la mejoría del enfermo.

Dejó de necesitar el suero.

Don Esteban y los niños se distendieron con mesura.

Cuando se fue de alta, me quedé pensando en las razones de su mejoría. Junto a mis compañeros, la discusión en el ateneo clínico giró acerca de los tiempos de acumulación medicamentosa, de la influencia de la mejoría en su estado general,

verificada sobre todo a través de los exámenes de laboratorio, de la incidencia y prevalencia de los cuadros psiquiátricos en pacientes del área rural, etc., etc.

En homenaje a la verdad, y para que no nos critiquen de biólogos extremos, también planteamos que la cercanía familiar obró favorablemente.

Pero, intuitivamente, dejé un buen margen para la reserva. Algo estaba aprendiendo de mis maestros agentes sanitarios.

Fue mucho tiempo después que pude completar la cosa. Aquella tardecita, nuevamente en la ruca de don Esteban y doña Alcira, con mate y tortas fritas.

Como corresponde, por otro lado.

- Y sí, doctor, usted sabe... Yo no se lo quise decir, lo veía muy preocupado y por ahí hasta se lo tomaba a mal. Tampoco doña Paula quiso que usted se enterara, total igual podía curarla de lejos. En el hospital no la quieren demasiado, como cura sólo de palabra.

Sí... y además invoca a Nguenechén para poder echar al daño transmitido por el kalku. Las “aguas”, y también las ropas., le permiten confirmar la presencia del mal (Pewutun). El machitún consistió en esta oportunidad en realizar el ruego utilizando la fotografía de doña Alcira, que después fue prolijamente respuesta en su documento.

Sólo con el tiempo pude entender estas cosas, estas cosas que le pasan a mis vecinos, que no piensan exactamente lo que yo pienso. Entender la diferencia, respetarla, que no siempre es fácil. Casi tanto como me la respetaron don Esteban, doña Paula, a pesar de mi ignorancia, y con tanta delicadeza, hace ya unos cuantos años, en un lugar perdido en la cordillera.

## CERCOS Y PUENTES

Lo intercultural aparece permanentemente en nuestra actividad

sociosanitaria, en general como conflicto. Curiosamente, no abundan los intentos de conceptualizar para así mejorar esta operativa, y sobre todo, aumentar la calidad de vida de las poblaciones afectadas por el problema. Una hipótesis es la dificultad de conformar equipos, ya que este enfoque exige la participación de diferentes disciplinas, no siempre cercanas al quehacer sanitario habitual.

Intentaré desarrollar algunos de los problemas y posibilidades de estas prácticas, sin pretender agotarlas. Más aún, priorizaré mi experiencia personal, con los límites comprensibles, pero con la ventaja de poder incluir aspectos de mis pensamientos y quereres. Sobre todo, mis dudas, mis equivocaciones, y también mis actuales preguntas.

Me dedico a la tarea sociosanitaria desde mi adolescencia, y si algo caracteriza este recorrido es la variación de los modos empleados. Dichos cambios tienen que ver con los lugares, los tiempos, los encuentros y los desencuentros con diversos grupos de personas, pueblos y culturas.

Cuando comencé mis estudios de medicina, allá por la década del sesenta, inicié mis recorridos por las llamadas villas de emergencia, o miserias, en los alrededores de Buenos Aires. También operé en áreas campesinas, en mi Corrientes natal, en los obrajes del Chaco santafecino, precisamente en la zona de los bosques de quebracho ya en ese entonces devastados por los intereses coloniales de la tristemente famosa Compañía La Forestal, y en el monte formoseño, con poblaciones de tobas y wichi. Todos lugares con una estructura social semifeudal. Hasta que hace unos cuantos años, eché raíces en mi región cordillerana.

Si bien estas raíces han calado profundo, tengo bien presente mi niñez correntina, en un espacio interpenetrado por la sangre guaraní y criolla. Y en los diversos lugares de mi historia, he ido descubriendo nuevos sentidos y sentires. Y a pesar de los miedos iniciales, aprendí a reconocer la interculturalidad, y a sostenerme en ella. Que consiste, esencialmente, en aceptar la incertidumbre, proponer la búsqueda, ver, cuestionar y valorar los procesos de las personas, de los grupos sociales, de los pueblos, y también de uno mismo.

Afortunadamente, me encontré con compañeros con inquietudes similares, con los que compartí inquietudes y, especialmente, aprendí de los errores, los ajenos y los propios.

En Neuquén ingresé al Plan Provincial de Salud casi en sus comienzos. Es un lugar poblado por integrantes de los pueblos originarios americanos, criollos, y sobre todo migrantes. Sabemos la característica de las migraciones, en las que se encuentran y desencuentran el dolor, la posibilidad del cambio y el valor de las crisis.

La propuesta operativa del enfoque sanitario neuquino está basada en la Atención Primaria, que, más allá del deterioro globalizado de los proyectos públicos, plantea la equidad en el campo de la salud como un elemento de

justicia social, lo que a veces se desvía en la práctica con una medicina de segunda categoría.

Con fines didácticos, diferenciaré etapas y áreas un tanto artificialmente, pues la interioridad de las personas y los procesos de los conjuntos sociales no saben de compartimientos.

Sabemos que hay valores de la vida de las personas y pueblos que se consideran como universales, por ejemplo el respeto a la vida y la búsqueda de la satisfacción de las necesidades, tanto las individuales como las sociales. El campo de la salud y la enfermedad es uno de estos ámbitos. Lo que no es universal es el cómo se entienden las mismas, y menos aún las respuestas, que constituyen una parte fundamental de la cultura de cada pueblo.

Y así como las personas no somos homogéneas en nuestro interior, también los pueblos y sus culturas presentan conflictos y diferencias. Y dichas respuestas varían permanentemente de un momento a otro de la historia.

Cuando iniciamos un camino solemos necesitar de la certidumbre para afrontar la ignorancia. Y en esa comprensible búsqueda de seguridad a veces aparecen los prejuicios, que son algo así como verdades devaluadas por el miedo.

Esto se traduce en actitudes y en acciones. Cuando comencé a estudiar medicina, en realidad estaba comenzando a estudiar una parte del saber médico. Concretamente iniciaba mi camino en la medicina occidental. Y necesité afirmarme en dicho modo. No conocía otras formas de enfermar y curar. Orienté mis energías en conocer este modo médico, incluyendo sus limitaciones, que no son pocas. Era la medicina de mi cultura.

Pero la cultura dista de ser algo fijo, a pesar de nuestra búsqueda de seguridad.

Así como nuestra propia identidad, que cambia permanentemente, especialmente al compás de los vínculos que construimos en el camino de la vida. También la interculturalidad es una constante social. Aún en el mayor de los aislamientos, en el interior de los grupos humanos aparecen las diferencias culturales.

En última instancia, la identidad tiene que ver con lo afectivo. Y para ello será importante nuestra historia individual, familiar y social. Pero ni siquiera eso tendrá el carácter de definitivo.

Los fatalismos los podremos trascender a partir de las transformaciones propias y relacionales, que por suerte están al alcance de las personas y de los pueblos, aunque no siempre es fácil protagonizarlas.

Volviendo a mi historia, hubo, pues, un tiempo en que el único saber era el mío, enmarcado en la medicina occidental. El aprenderlo consumía todas mis energías. No había espacio, sobre todo desde lo actitudinal, para otro

conocimiento. A pesar de que muy cerca de mí otros pobladores los cultivaban. Mi respuesta fue negar la realidad. Nada era real más allá de lo mío. Este tiempo quedó atrás cuando pude aceptar que, incluso en el conocimiento de lo propio, eran grandes mis limitaciones.

Cuando me permití verlas, y durante un tiempo demasiado prolongado para mis concepciones actuales pero imprescindible para mi realidad, estas diferencias despertaron mi rechazo. De diversas formas, me cuestionaron, y a mi cultura, cosa que luego aprendí se llama etnocentrismo. Parecería que esta cosa es demasiada habitual en el género humano, y no es una disculpa al estilo de mal de muchos consuelo de..., pues esta actitud tiene que ver con la violencia. Violencia actitudinal, por lo que ese tiempo podría denominarlo como el de mi intolerancia.

Relacionado con esta modalidad apareció la descalificación. Algo así como que lo diferente era una medicina de segunda, operada por curadores de segunda. Quizás deslumbrado por mi medicina de fórmulas muy abstractas y aparatos que brillaban en todos los aspectos, incluido su precio.

Esto quedó severamente cuestionado cuando pude comprobar numerosas y calificadas respuestas terapéuticas. Y como decía Florencio Escardó, eminente médico occidental, profesor de pediatría y pionero en la medicina social, medicina es lo que cura. No me quedó más remedio que meter violín en bolsa.

Pasé así al intento de la asimilación. Lo hice a través de algunos pacientes, que eran también muy pacientes respecto a mi persona. “No importa si van al curandero, pero que sólo le hagan medida, o que sólo le recen. Eso sí, nada de yuyos, por las intoxicaciones, sabe.” Lejos estaba del sentido del valor de la palabras, la trascendencia de los sueños, la construcción de los vínculos. Con la medicina popular, peligrosa pero real, había que tomar recaudos.

También posteriormente interpreté que la mal llamada integración de las medicinas, correlato en su campo de la integración de las culturas, es también un modo de manipular el sentido del otro. Algo así como desencuadrar la medicina diferente e incluirla en el modo hegemónico, que curiosamente es siempre el propio. Un ejemplo es el caso de la medicina termal, despojada de su sentido original y mercantilizada, como otros modos de las llamadas medicinas alternativas.

En este orden de cosas pude hasta pensar en la posibilidad de curar más allá de los sistemas. Es decir, al paciente occidental, curarlo a lo occidental, y al que demande medicina popular, adelante. Todo el mismo curador, en el mismo ámbito físico y simbólico, más allá de las dimensiones propias de cada cultura. Algo así como el emporio de la omnipotencia médica. Esto no pasó de ser una racionalización, aunque luego comprobé que no faltan ejemplos de esta devaluada concertación.

Es cierto que en los sistemas médicos, como en todo cuerpo de saber, coexisten áreas de rigidez con otras de flexibilidad cognoscitiva, en las que los curadores de los distintos sistemas y los pobladores nos encontramos y desencontramos con mayor o menor facilidad. El ámbito de la psicoterapia y el de la curación por la palabra, o el de la medicina naturista occidental y los “yuyos” de la medicina popular son ejemplos de campos de encuentro.

Pero el machitun que requiere el mapuche, que es la ceremonia tradicional de curación, donde participa toda la comunidad, espacio de danzas y cantos rituales, donde el éxtasis permite el encuentro entre el hombre y Dios, donde la batalla contra la enfermedad tiene que ver con la lucha de las fuerzas del bien y del mal, evidentemente no tiene en el campo médico occidental ningún correlato. A su vez, para el diagnóstico de ciertas patologías, la mejor respuesta es una tomografía computada, y para algunos tratamientos es imprescindible una terapia radiante con la más avanzada tecnología de punta.

En la exageración de este enfoque caemos en el fenómeno relativista: todo vale lo mismo, indiscriminadamente. Lo de uno para uno, lo del otro para el otro. Que es, en suma, la negación de la interculturalidad, el reino de lo acrítico. El disfraz del presunto respeto indiscriminado es en realidad una manera de escapar del cuestionamiento, desde y hacia lo propio y lo del otro. Comodidad intelectual y conformismo acrítico.

Por suerte, y más allá de las controversias académicas, son los propios pobladores los que protagonizan las respuestas adecuadas, dejando a los operadores sanitarios muchas veces en posición desairada. Sin caer en la descalificación del pensamiento científico, es necesaria la valorización del saber cotidiano, y relacionar ambos modos de manera no excluyente.

Afortunadamente, nunca ensayé el camino de la persecución, incluso la legal. Pero observé, y critiqué, ejemplos lamentables en que la intolerancia produjo daños, que siempre y por lo menos deterioraron la relación entre el médico y el paciente, por el ocultamiento ante la incomprensión y el rechazo.

Y así fui caminando mi camino, y pude conocer a curadores de otros sistemas. Lo hice gracias al empeño y paciencia de vecinos, de pacientes y amigos, que acometieron la épica de aflojar mis esquemas. Y debo confesar que, al menos en parte, lo consiguieron. Lo que no es poco decir.

Pero no se acabaron mis penurias y las de los que me rodeaban. Porque pasé a una etapa insólita: la idealización de lo del otro. Cosa que tuvo que ver con el encuentro con el otro y el desencuentro conmigo mismo. Lo propio no valía. Sí valía lo ajeno. Relacionado con el deslumbramiento con lo exótico. Algo así como un etnocentrismo al revés. Algo así como faltarse el respeto a uno mismo.

Progresivamente pude observar como los pobladores utilizan los distintos modos médicos regionales de manera habitual, conformando lo que denominamos “itinerarios terapéuticos”. Es decir, para ciertos problemas acuden, sucesivamente o a la vez, a curadores de sistemas médicos diferentes, occidental, popular, mapuche, o de la sanidad religiosa católica o pentecostal.

Aprender estos modos, y respetarlos, me impulsó a conceptualizar lo que dimos en llamar “abordajes conjuntos”. Que es nada más y nada menos que facilitar respetuosa aunque críticamente la construcción que cada poblador desarrolla en la búsqueda de dar cuenta de su sufrimiento, de su enfermedad.

Este proceso me permitió incorporar algunos elementos valiosos a mi quehacer médico cotidiano. Por ejemplo, tratar de escuchar al otro, esperarlo. Lo que suele ser bastante difícil en la medicina occidental, tan sostenida en el quehacer, y más si uno es un poco ansioso y tiene la sala de espera concurrida. También el integrar a la familia y a la comunidad en la propuesta terapéutica. En dicho sentido, trabajamos privilegiando la tarea en red sociocomunitaria, muchas veces conformando grupos, aunque complementando con enfoques individuales cuando lo creemos necesario. Pero, por sobre todo, aprendí que los componentes del vínculo terapéutico son el conocimiento, el respeto y la fe.

Lo distinto puede ser entendido como problema, y ahí se apela a la imposición, o puede ser vivenciado como una alternativa, lo que exige el respeto y el conocimiento de lo del otro. Este camino pasa necesariamente por el cuestionamiento de lo de uno, con la consiguiente exposición de nuestra identidad.

Y no solamente debemos reconocer una vertiente psicológica. También esto tiene que ver con lo político. Con procesos de hegemonía y subordinación, de pueblos y de culturas. Procesos que se han resuelto habitualmente a través de la exclusión de las minorías desfavorecidas.

Llegar a un sentido de la diferencia a través del respeto de lo propio y de lo del otro, cotejar con los conflictos que se producen con lo mejor de nuestro sentido crítico, es también producto de la enseñanza de mis maestros interculturales, los agentes sanitarios por un lado, y sobre todo los pobladores, mis vecinos, que me fueron transmitiendo, con admirable paciencia, los modos con que diseñan, caso a caso, situación por situación, las alternativas para responder a las necesidades que el dolor y el sufrimiento generan en las personas, y también de aprender a confiar en las respuestas de las culturas de los pueblos.

## CUENTOS DE ALCOHOL

Intentaré relatar una tarea. Tarea en el sentido que trazó el maestro Enrique Pichón Riviere. En la que empeñamos nuestra menor o mayor capacidad racional, pero sobre todo en la que nos comprometemos vitalmente, afectivamente, construyendo con el otro los modos de enfrentar el dolor.

Por eso trataré el tema desde las experiencias de una vertiente de nuestro proyecto. En realidad, el enfoque de las personas con dificultades con el alcohol fue con el que iniciamos, hace un montón de tiempo, un camino que luego llamamos Proyecto de Atención Primaria y Salud Mental, en el marco institucional del Plan de Salud de la Provincia del Neuquén. Camino construido por un grupo de personas con distintos saberes, y en el que los errores que cometimos fueron uno de los pilares de la construcción de un modo. No eludiré el hablar en primera persona cuando lo necesite, para hacerme cargo de lo que me corresponda.

Queda claro la tarea surgió desde la experiencia social. Experiencia compartida, que incluyó miedos y cuestionamientos. Y que se enriqueció de la confrontación. Gracias al compromiso de las personas que asumieron la tarea.

### LOS INICIOS

De mi infancia, recuerdo que mi padre disponía su botella de vino en la mesa de los días domingos. Era buen vino. Y yo solía probar de su vaso. Así conocí una manera más o menos acotada de beber. Degustando con cierta picardía. Y en mi adolescencia continué con la cerveza de los amigos. En mi pueblo se bebía mucho. Pero la respuesta comunitaria frente al alcohol, frente al alcohólico, variaba mucho de acuerdo al conjunto social al que se perteneciera. Por ejemplo, el Club Social era un garito, donde se jugaba y bebía. Las personas que concurrían al mismo eran miembros de las familias más acomodadas del lugar. Y si bien los efectos del alcohol eran los conocidos, había una suerte de permiso para con la persona en cuestión.

A su vez, las personas más desprotegidas socialmente también disponían de un grupo que los apoyaba. Y al que recurrían sobre todo para protegerse de la abstinencia forzada por falta de dinero. Lo llamaban el grupo de los borrachos, que se juntaban en los baldíos, o al lado del río, para beber pero también para compartir el pan que conseguían con sus changas.

En mi familia mis padres hablaban mucho de mi tío Carlos, mi padrino. Que me orientó, a su manera, cuando fui a estudiar a Bs. As. Durante mi adolescencia y juventud. Mi tío Carlos promovía, especialmente en mi mamá, una clara sensación de inquietud. Por sus dificultades con el alcohol y con el juego. Por mi parte, lo que me importaba es que lo quería y me quería. Compartíamos largas sesiones de mate. Y los clásicos asados de los fines de semana. Costumbre que, como ven, no me abandonó desde

entonces. Y en mis periódicas visitas a Bs. As., era la primera persona a quién buscaba. Indudablemente la situación de mi tío influyó en mi camino laboral. Sin embargo, nunca intenté abordar su dificultad desde una faceta médica. Lo acompañé desde mi cariño. En realidad, ya desde hace bastante tiempo pienso que los mentados enfoques científicos son de un modo más de encontrarse con otra persona que, fundamentalmente, demanda eso: el encuentro. Complicados modos que tenemos las personas de acercarnos el uno al otro. Y bueno, cada uno como puede, ¿no les parece ?

Soltero inveterado, ya de edad avanzada, llamativamente acabó en pareja con una novia de su juventud que también sufría la adicción por el alcohol. Me llamó la atención que entonces dejara de beber sin ningún tipo de apoyo médico. Supongo que a partir del intento de ayudarla a controlar su alcoholismo. Cosa que no pudo lograr. Y que tampoco impidió que falleciera de una hemorragia digestiva masiva.

Muchas veces, en los encuentros grupales, comparto los recuerdos de mi tío Carlos, mi padrino. El que me quería como a un hijo. Al que quise como un padre. Del que aprendí muchas cosas de la vida.

## DESDE LA VECINDAD

Cuando ingresé en la universidad comencé mi tarea social en las villas de emergencia del Gran Buenos Aires. Residía en una de ellas, promediando la década del sesenta. Y a fines de la misma ingresé como estudiante avanzado en el Policlínico de Lanús, donde funcionaba un Proyecto de Salud Mental pionero. que intentaba proyectar la tarea médica fuera de los muros del hospital.

Casualmente la idea del Dr. Goldenberg, responsable de dicho Proyecto era enfocar el problema del alcoholismo en las villas de la zona. Y en la comisión vecinal, de la que formaba parte, apareció un buen día la novedad:

- Parecen que quieren venir del Policlínico.
- Era hora. No sé para qué hicimos la salita si no se le anima nadie.
- No sé si son médicos. Parece que son psicólogos y psiquiatras.
- ¿ El qué ? Esos más vale que empiecen por curarse ellos. Esos sí que son todos locos.

No era nada fácil la cosa. Ni para los vecinos ni para ellos. Tampoco para mí, que a decir verdad no entendía demasiado. Tampoco de psicología o de psiquiatría. De algún modo lo vivía como una invasión. Y así lo discutí en el Policlínico con algunos de los residentes de psiquiatría con los que compartía

mis guardias médicas de practicante.

Lo cierto es que a los pocos días de esta conversación apareció por la villa un grupo de profesionales, algunos enfundados en immaculados guardapolvos, que al ratito no más dejaron de serlo gracias al polvo del lugar. Es que hacía rato que no llovía. Lo que no perdieron, al menos por un buen tiempo, fue el desconcierto inicial. Compartido por los pocos osados villeros que los acompañaron.

En ese tiempo no me acerqué ni me interesó el proyecto, quizás influido por la opinión de la mayoría de mis vecinos de la villa. No me cabía la idea de que la cuestión del alcohol pudiera ser enfocada de esa manera. Sabía que hacía mucho daño. Pero lo que entonces registraba era la polineuritis, las várices esofágicas o la cirrosis hepática.

#### LOS INICIOS MEDICOS: EL TIEMPO DE LA INTOLERANCIA

Recorrida de sala. El profesor de Clínica Médica seguido por nosotros, cama por cama, escuchaba la presentación de los alumnos y de los médicos residentes.

- ¿ Y con ese hepatograma que pronóstico se le ocurre ?
- Y, supongo que si el paciente suspende la ingesta de alcohol, con una buena dieta cabe esperar una remisión parcial.
- No se olvide de indicar vitamina K. Fíjese el tiempo de protombina.
- De acuerdo, profesor.
- Por otra parte, y en relación con el supuesto de la abstinencia, no hay que confundir

expresión de deseos con ingenuidad. ¿ No les parece ?

No era demasiado académico ponerse en el lugar del paciente. A pesar de mi ignorancia, no pude dejar de sentir vergüenza ajena. Y propia, por mi incapacidad de confrontar. El enfermo seguía haciéndose el dormido. Me hubiera gustado imitarlo.

Por otra parte, en la villa, las personas que sufrían por el alcohol muchas veces consultaban con el curandero. En esa época entendía que la única medicina estaba en las cátedras y libros oficiales. Muchos de mis instructores y compañeros establecían una especie de persecución contra este modo diferente. Incluso alguno utilizó la denuncia.

A pesar de mis reparos sustentados en la potencial toxicidad de algunos yuyos o el obstáculo para la detección temprana de algunas patologías, no compartí nunca dicho modo. Interpretaba que por el respeto que me merecían mis vecinos debía aceptarlo, más allá de no compartirlo.

- Y sí, Wille. Le llevé las aguas de mi marido a don Eulalio. Porque él sí que sabe. Y me dijo que era un mal. Y se lo pasaron por el vino. Por la envidia.

- ¿ Y qué le dijo que hiciera ?
- Me dio té de yuyos. Pero el porfiado no quiere saber nada de tomarlo.
- Me parece que también será importante que lo lleve de consulta al hospital.
- ¿ Para qué, si los médicos de esto no cazan nada?

Y era absolutamente cierto. Al menos era mi caso y el de los profesionales que me rodeaban. Sólo sabía, y poco, de lo mío. Pero suponía que eso era el saber. La ignorancia era la del otro.

#### EL GRUPO: UN MODO INUSUAL.

Por aquella época supe trabajar en los montes del norte formoseño, con integrantes de los pueblos toba y wichi, y también en los devastados predios de la Forestal, en el Chaco santafecino, acompañando a los obreros de la región. Recién llegado, habíamos organizado un trabajo de apoyo a algunas comunidades de los pueblos originarios en la zona de Ingeniero Juárez. Nuestra base estaba en la cooperativa en la que los pobladores producían postes de quebracho, que a su vez operaba en el marco de una misión cristiana protestante.

- Buen día, señor. No lo vió a don Genaro ?
- Hace un rato estaba por acá. Para qué lo necesitaba ?
- Para que me firme el certificado de muerte de mi padre. El me lo atendió.

Mi sorpresa fue grande, pues yo era el único médico que recién comenzaba a trabajar en la cooperativa. Así choqué con una de las facetas del trabajo de un agente sanitario. Con don Genaro conocí al primero. Me sorprendió que un trabajador sanitario, con apenas una escolaridad primaria más que dudosa, hiciera tareas que en algunos hospitales ni siquiera la desarrollaban muchos médicos.

Pero fue solo el comienzo. Esa misma tarde tuve mi primera salida programada. En una comunidad toba. Cuando llegamos con don Genaro, luego de costear a caballo el río durante tres leguas, por un sendero más que complicado, nos estaban esperando los pacientes. Don Genaro me ofreció un banco, se sentó a mi lado, y todos se acercaron. Y rodearon el espacio asistencial, es decir a nosotros. Y empezó una consulta por demás original. Por lo pronto, sólo hablaban castellano los hombres. Las mujeres se expresaban en su lengua nativa. Pero hombres y mujeres se dirigían al agente sanitario en su demanda de ayuda sanitaria. Yo solo intervenía cuando don Genaro interpretaba que podía ayudar en algún aspecto técnico determinado. Y realmente, sus enfoques eran precisos.

Contemplaban una amplia gama de aspectos, que excedían con creces lo asistencial. Opinaba sobre cruce de animales, cómo conseguir semillas de determinada variedad, propuestas nutritivas que contemplaban las

posibilidades locales, métodos anticonceptivos, cómo sacar un documento de identidad, etc.

Hasta que consultó una embarazada. Ya sabía que el examen físico no lo podía hacer en ese lugar. Sólo el interrogatorio, en un ambiente de intercambio colectivo que chocaba con el enfoque individual y casi de confesionario del consultorio médico tradicional.

- Acá está doña Ramona, doctor. Está embarazada, y le tocan las vacunas.
- Pregúntele cuando fue la fecha de su última menstruación, don Genaro.
- Fue el 14 de diciembre, y le duró cuatro días, doctor.

Quedé mudo. De la memoria de don Genaro y de lo que interpreté como falta de privacidad, sobre todo en temas tan íntimos. Así participé de mi primer consultorio grupal, sin sospechar que con el tiempo, adoptaría dicha modalidad operativa. Primero por las circunstancias y después por elección. Había comenzado a aprender acerca de los modos locales de salud. Me chocó, pero acepté el encontronazo. Por la percepción básica de que debía respetar al otro, adquirí también una premisa fundante: debía conocer lo del otro para poder respetar mejor. Con el tiempo aprendería que también yo era el ayudado. Pero para eso aún me faltaba.

Y, de a poco, me fui capacitando en búsquedas, en la aceptación de la incertidumbre. Es decir, dí los primeros pasos en el camino de la interculturalidad. Supe que el ñiño tomaba para hacerse hombre, que la sobada con alcohol suele usarse para amamantar mejor, que cuando el frío azota en las madrugadas, no hay como un poco de ginebra para empezar el madereo en los bosques, y que el que desprecia un trago cuando hay uno que invita, también desprecia al comedido. Ni qué hablar cuando se reparte la chicha en el nguillatun al rogar a Nguenechén por buenos pastos, mejores animales, y salud y paz para el vecinaje. Y, sobre todo, que la soledad afloja cuando hay una copa a mano.

Cuando llegué, en el 74, a mi región cordillerana, seguía buscando recetas. Se notaba que las mías no alcanzaban. Acá también estaba la interculturalidad en el paisaje humano: huincas, algunos extranjeros, europeos o llegados de las grandes ciudades del país, criollos, migrantes chilenos y de las poblaciones mapuches.

Así observé que había valores universales, como intentar la satisfacción de las necesidades, que también eran comunes globalmente, aunque variaban las proporciones. Para algunos, el conseguir el pan y la leche para los chicos era casi el objetivo cotidiano. Para otros, el encuentro con los suyos. O el conseguir belleza en un trozo de madera. O en una copla. Necesidades individuales y sociales, materiales y afectivas. También las que tenían que ver con la salud y la enfermedad. No eran universales los modos de dar cuenta de dichas necesidades. Estos distintos modos integran las culturas de

los pueblos.

Cuando uno comienza un camino necesita certezas para afrontar la ignorancia. Aparecen así los prejuicios. Pero la cultura no es algo fijo. Así como nuestra identidad, que cambia constantemente.

## EL TIEMPO DE LA IMPOSICION

- Ya no sabemos por donde disparar con los borrachos. Nos ocupan camas durante días, los desintoxicamos, les damos el alta y a los pocos días, de vuelta. Y nosotros lo mismo. Es como gastar pólvora en chimangos.
- Con lo único que caminan, a veces, es con el culto. El pastor y su banda los traen bien cortitos.

El alcohol y la cuestión religiosa es todo un tema en la región.

Originariamente, el alcohol en el rito estaba reservado para el celebrante. Posteriormente, se amplió su uso también para los concurrentes. Es lo que observamos con la ingesta de chicha en los nguillatunes, donde los integrantes del pueblo originario de la región beben, habitualmente de manera moderada y luego de regar abundantemente la tierra con la misma bebida para agradecer a su Dios por la vida.

Los grupos religiosos regionales tienen fuerte vinculación con la problemática. Los evangélicos y pentecostales, con un fuerte acento antialcohólico, tanto que es habitual considerar como canuto (evangélico) a todo aquél que trata de dejar de tomar. Las iglesias cristianas en general y la católica en particular lo vinculan con la sangre derramada para redimir. Es símbolo de sacrificio. La machi mapuche, puede utilizar el alcohol para facilitar el peuma (sueño extático) y llegar hasta Nguenechén (Dios mapuche).

Luego el alcohol fue usado para las ocasiones de encuentro: celebraciones religiosas, deportivas, laborales o familiares. Un entierro o una fiesta. La chicha, de maíz, de piñones de araucaria, se elaboraba para dicha ocasión. Y por otra parte, como no tenía conservantes, se consumía totalmente en la junta.

Es con el proceso de la conquista que se produce la utilización de las bebidas alcohólicas como instrumento de guerra. Es también el precio preferido de los pactos circunstanciales: tantos toneles de aguardiente para evitar los malones. Más algunos animales. El aguardiente posibilita que el desalojo de los habitantes originarios sea mucho menos costoso. Para los vencedores, se entiende. Lejos quedaba el uso de la chicha, el consumo ritual, el alcohol del encuentro. Había llegado el alcohol de la usurpación. A su vez, con la urbanización aparece el uso del alcohol como tranquilizante o refresco, desplazando así al alcohol del encuentro.

## DEL ORGANO AL INDIVIDUO

- Lo entiendo, doctor. Usted me dice que yo debo internarme para tratarme. Pero tengo que parar la olla en la casa. Sabe, los chicos no pueden esperar. Así que le pido que me dé los remedios que me tenga que dar, que me indique lo que no puedo comer, y lo vengo a ver cuando usted me lo diga.

Lo cierto es que los esquemas iniciales ya no me servían de mucho. Si bien la enseñanza académica había promovido la supremacía de las trabéculas de hepatocitos, la vida real era mucho más compleja. La enfermedad fue solo la puerta de entrada. Lo familiar, lo social, exigía también otras respuestas.

En tanto, la propuesta mezclaba la necesidad de la persona y nuestra expresión de deseos en un objetivo que, a veces, victimizaba a la víctima: la abstención total era la única salida que permitíamos y nos permitíamos. La recaída, pues, era la frustración del paciente, de la familia, y sobre todo nuestra frustración.

#### LA CONSTRUCCION DEL EQUIPO

Surge la necesidad de incluir al psicólogo, al trabajador social, al jurista. Las consultas mutuas. Es el tiempo de los profesionales. El compartir el miedo por una persona que sufre una crisis de abstinencia. El buscar alternativas para una familia desamparada.

- Para nosotros los contraventores en estado de ebriedad son un problema, doctor.

- Encima, si los llevamos al hospital siempre los médicos de guardia nos dicen que los llevemos a que duerman la mona en la casa, con su familia.

- Al final, qué somos ? Policías, choferes o mucamas ?

Todo un tema el de los contraventores. Y todo un tema el de los detenidos en estado de indefensión. Hay que recurrir a los consejos deliberantes para que se elaboren ordenanzas que controlen el expendio de bebidas alcohólicas a los menores. Convencer a los funcionarios y empleadores que el alcoholismo es una enfermedad para que no despidan a sus empleados por la dificultad.

Dentro del hospital no había nada fácil. A la escasez de recursos y de nuestra capacidad se sumaba la abundancia de prejuicios del personal y de la comunidad en general. Costaba asignar una cama los días necesarios para la desintoxicación, conseguir ayuda para contener a un agitado o incluir a la familia.

Organizamos un consultorio especial para las personas afectadas. Pero fuera de los horarios institucionales. No se comprendía demasiado el sentido del mismo. En realidad tampoco nosotros sabíamos explicarlo demasiado. Quizás porque tampoco lo entendíamos.

A pesar o quizás gracias a todo esto, quedó conformado un equipo original, construido para la respuesta asistencial a la demanda médica, el que pronto

quedó trascendido. Por nuevas inquietudes y posibilidades. Cuando pretendemos trabajar en prevención, cuando se plantea la necesidad del enfoque sociofamiliar, cuando aparecen la violencia institucional, la social, el desempleo, la marginalidad, se hizo imprescindible incorporar a los vecinos, los familiares, los maestros, los operadores interculturales, que en nuestro caso fueron y son fundamentalmente los agentes sanitarios. Se conforma así lo que llamamos equipo de red comunitaria.

#### LO FAMILIAR

- No me cabe duda, estás pasado de vino. Te tengo que internar, porque ya sabés el raye que te agarra los primeros días que te falta el vino. Acordáte de la otra vez, que te tuvo que traer la policía.
- Pero no, Wille... Yo al vino lo manejo. Con la comida, un par de vasitos. Y nada con el estómago vacío. Yo paro cuando quiero. A mí el vino no me domina. Lo que pasa es que a ésta lo único que le sale es joderme siempre.
- Vos hablás por hablar. El jodido sos vos, que cuando te dejás llevar por el chupi nos cagás bien a palos. A mí y a los chicos. Y encima te gastás todo en el boliche. El turco ese bien que se aprovecha de vos y de todos tus amigos curdas.

Previamente, María había pasado por otras etapas. Al comienzo fue la sumisión. Ya de novia, cuando empezaron a salir, José se le había impuesto. Al quedar embarazada se juntaron. Aparecieron los golpes. Y el miedo sucedió al desencanto.

Con tres chicos encima comenzaron las consultas al hospital. Antes José había ingresado varias veces en la comisaría por conflictos cuando estaba alcoholizado. Ante la pregunta inevitable, al principio ambos negaron lo del alcohol. El ocultamiento tenía diversas vertientes: la vergüenza, el temor a perder el trabajo, por el que el patrón le facilitaba además la casa, el desamparar a los tres hijos pequeños. Al tiempo, María tuvo que salir a trabajar: el sueldo de José quedaba todo en el boliche. Esto le permitió disponer de cierta autonomía. Siguió entonces la fase del desocultamiento. María comenzó a pedir ayuda médica y a hacer exposiciones o denuncias policiales cuando era golpeada.

Pronto José pasó a ser el culpable de todas las dificultades familiares. Cuando estaba sobrio, era como el tacho de basura de todos. Incluso los chicos comenzaron a desobedecerle. Sólo el provocar miedo le permitía recuperar parcialmente el dominio que había perdido: para ello era necesario que José se alcoholizara. Y cada vez era menor la cantidad de vino con que se emborrachaba. En un par de oportunidades, por falta de dinero, José suspendió el alcohol. Entonces apareció la crisis de abstinencia con alucinaciones, delirio, agresividad. A pesar de la medicación y de la internación compulsiva, José requería mucho esfuerzo para ser contenido. En oportunidades María tuvo que sacarlo de abajo de la cama para

rescatarlo de los bichos que lo perseguían.

- Bueno, José. Parece que te estás mejorando. Pero no te confiés, del vino más vale que te olvides.
- Pero, doctor. Lo que pasa es que me hicieron un daño. Debe ser la envidia porque trabajo bien.
- Daño ? El vino es lo que le hace daño. Del trabajo se acuerda cuando le falta el peso para chuparse con la mala junta. Y encima cuando vuelve nos quiere cagar a azotes.
- Como para no chupar si encima tengo que aguantarla a ésta.
- María, tu marido dice que vos lo presionás. Y vos, José, parece que tu mujer anda reclamando por sus necesidades y la de los chicos. Qué les parece que podría hacer para ayudarlos ?
- Me parece que no soy sorda y no necesito que nadie me ande intermediando.

Me quedó claro que el alcohol era sólo la superficie del conflicto relacional. La propuesta para trascenderla, incluyó que María sirviera a su marido un vaso de vino en cada comida. Esto permitió que el vino dejara de utilizarse para encubrir dicho conflicto. Y posibilitó, con el tiempo y bastante trabajo por medio, que pudieran separarse sin necesidad del tóxico.

Los enfoques de pareja y familiares resultaron una práctica cotidiana de elección. Algunas veces se incluían también personas relevantes: familia extensa, empleadores, compañeros de trabajo o del grupo de alcohólicos.

#### LO GRUPAL

Era el año 1979. Ya llevábamos un tiempo trabajando con las familias de personas con problemas de alcoholismo. Se produjo una fuerte demanda en la consulta. Pocas, casi excepcionales, individuales. Muchas, de pareja. Y las demás, toda la familia. Y siempre, los miembros que quisieran y pudieran. Este era el espacio de los vecinos, algunos con buena onda, otros reclamando nuestra intervención compulsiva . Para algo éramos los especialistas, los capacitados. Casi nada la trampa que en que nos habíamos metido.

Una tardecita, se juntaron varias familias en la sala de espera. Como otras veces, una señora resolvió parir justo cuando debía atender a mis pacientes exclusivos. Porque los demás médicos, más allá de sus críticas para con mi actividad, me derivaban muchos pacientes. Todo un tema éste de las derivaciones. Después hice una especie de encuesta personal con mis colegas. Y lo que yo interpreté en un momento como que era la ocasión para desprenderse de consultas o pacientes indeseables, en realidad pasaba más por una dificultad que les trascendía. Es que para algunas necesidades parecería que ni los análisis, ni las pastillas, ni siquiera los aparatos de alta

complejidad alcanzan.

La cosa es que cuando ingresé a las apuradas en mi consultorio alcancé a oír por la puerta que había quedado entreabierta:

- Y a mi hijo le pasó lo mismo en la escuela. Claro que el maestro lo ayudó cuando los compañeritos se burlaron porque el papá chupaba mucho vino.
- Y no podría usted acompañarme a la escuela ? Así hablamos con el maestro de Esteban. Quién le dice...
- Por supuesto que sí . Seguro. Los maestros son como los médicos. Hacen lo que pueden para ayudar a los chicos. Por algo se dice que la escuela es como el segundo hogar...

Quedé sorprendido por lo operativo del enfoque. Y con el mate en la mano me incorporé a la primera reunión interfamiliar del Grupo de Rehabilitación. Había surgido espontáneamente la modalidad del intercambio de las experiencias, que se constituiría en el “encuadre técnico” para éste y otros grupos que posteriormente se irían formando.

Es de ese entonces lo del tano Felicetti. Resulta que estaba durmiendo en su casa, en una noche en que la nieve caía copiosamente. Cuando nieva, la naturaleza se llama a silencio. Por eso se sorprendió al escuchar ruidos inhabituales que provenían de su jardín. Grande fue su sorpresa cuando ayudado por la luz de su linterna descubre a una persona tirada debajo de un nogal, que emitía los poderosos ronquidos que despertaron al desprevenido tano. Sabía el peligro del frío. Por ello procedió a despertar al también sorprendido huésped, que despertó a duras penas. Su aliento era fuertemente alcohólico. También el vómito que lo circundaba.

- Qué hace Ud. acá, y encima borracho ?

La realidad es que el tano nunca fue un dechado de diplomacia, por decirlo así. El que derrochó razonamiento, imprevistamente, fue el visitante.

- Momentito, que no le voy a tolerar su equivocación. Yo no soy un borracho. Sepa que soy un enfermo alcohólico, del Grupo del Hospital.

Poco a poco, el grupo se fue ampliando. Las incorporaciones se canalizaban desde la internación, y poco a poco por invitaciones directas de los mismos integrantes a otros conocidos.

Posteriormente, y bajo la influencia de la modalidad de Alcohólicos Anónimos, intentamos la conformación de grupos de alcohólicos por un lado y de familiares por otro, pero por decisión de los integrantes retornamos al original grupo interfamiliar.

LAS IDAS Y LASVUELTAS

Hace rato que no la veía a doña Fugitiva. Había sido una de las fundadoras

del grupo. La verdad es que la extrañaba mucho, y también, porqué no, a los mates que cebaba en las reuniones, los que solía acompañar con unas poderosas tortas fritas.

- Y sabe, don Wille, qué quiere que le diga. Prefiero no andarle con vueltas. Lo tuve que apretar a mi marido. Y él se dejó de chupar no más. Porque aparte de aguantarle sus renunciados con el vino, tener que escuchar las clases que usted daba en el grupo, ya era demasiado. Sobre todo porque no le aprendíamos nada. Sé que era culpa nuestra, porque se nota que Ud. sabe mucho de eso. Y bueno, me salió bien la cosa. El Eleodoro no me chupa más, y yo no tengo que andar durmiéndome en sus clases.

Nunca imaginé que el efecto terapéutico de mi docencia era tan eficiente. Aunque no me pasaba inadvertido que cuando doña Fugitiva dejaba de cebar mate en el grupo se entregaba al sueño casi inmediatamente. Y también el Eleodoro, que la acompañaba pasivamente en dicha actividad. Pocas ganas les habían quedado a los dos de seguir peleando por el tema del vino. No fuera que al Juez de Paz del pueblo se le ocurriera mandarlos de vuelta a mis terapéuticas clases.

#### LOS GRUPOS DEL ALCOHOL

La persona con dificultades con el alcohol está comprometida, inicialmente, con al menos dos grupos. El primero es el familiar, donde se desarrolla habitualmente un proceso que tiene, en muchos casos, diversas etapas. Comienza con la negación. No existe el problema porque no lo admito. Cada uno se protege como puede. Acá aparece el miedo, una intención de proteger, y una cierta dosis de complicidad a partir del logro de algunos beneficios: la esposa que logra un espacio de poder, el hijo mayor que puede manejar el coche del padre, hasta hace poco vedado, la hija que puede salir sin limitaciones, etc.

Este ocultamiento suele trascenderse cuando aparecen algunas complicaciones, en la persona del alcohólico o en algún otro miembro de la familia. Alguna expresión psicósomática, problemas de algún niño en la escuela, dificultad judicial, etc. Entonces encontramos el enojo de la mano de la impotencia. Las acusaciones se hacen frecuentes. El alcohólico es el culpable de todo lo malo del grupo familiar. La figura es la del chivo expiatorio.

Luego, en caso de no hallar el enfoque que promueva el cambio, puede aparecer el tiempo del abandono. El alcohólico debe buscar una alternativa, casi siempre desfavorable, en el afuera. O quedarse en un adentro aislado.

Estas etapas de ningún modo son mecánicas, y el proceso tiene tiempos diferentes individuales. En muchas oportunidades aparecen los bandos, se establecen alianzas y coaliciones. Los buenos y los malos. Los hijos toman partido. Y acá podemos hablar de una dependencia familiar hacia el problema., hacia el alcohol. Todos, los que toman y los que no toman, los

que apoyan al alcohólico y los que lo agreden, necesitan del alcohol para funcionar, de un modo más que costoso, pero funcionar al fin.

Este mismo proceso se puede observar también dentro de los individuos afectados por la situación. Y también aparece en la institución sanitaria. Y lo que entendemos por proceso también puede expresarse a la vez en diferentes miembros interesados en la crisis.

El otro grupo, es el grupo de personas, algunos amigos y otros no tanto, con quienes bebe habitualmente. Es llamativo que, pese a la importancia que tiene este conjunto social básico en la conformación de su conducta, de sus afectos, de la respuesta a algunas de sus necesidades, este grupo haya sido tan dejado de lado por los expertos. Algunos, no obstante lo han abordado de manera tangencial, desde una crítica valorativa. "Es la mala junta".

Pero es en este grupo donde las personas afectadas se sienten aceptados. Es este grupo el que los contiene cuando el rechazo de la familia y de la comunidad. Es, también, el que garantiza la ingesta cuando los bolsillos están vacíos. En un desarrollo solidario habitualmente negado por expertos y legos. Aunque no todo es solidaridad. También, como en todo espacio conformado por personas, en este grupo se expresan el conflicto y la competencia. Es llamativo como el grupo se maneja cotidianamente con el exceso de ingesta. Y con los dramas que se desencadenan por el alcohol, según una visión simplista. Yo prefiero decir los que se relacionan con el alcohol. Porque muchas veces el alcohol opera como un encubridor de los mismos. No se expresa la esencia porque se tapan con la sustancia, con la ingesta. Otro aspecto a conceptualizar respecto de este grupo es el papel que suele cumplir cuando el integrante resuelve intentar una abstinencia, en el marco de un enfoque de rehabilitación.

- Qué, no me aceptás el trago ? Te volviste canuto o ahora le dás bola a tu mujer ? Desde cuando te escondés en las polleras ?

Estos cuestionamientos, y otros menos suaves, son los que recibe el traidor. Surge, pues, la ingesta de alcohol como un compromiso social, que identifica a los miembros de una cofradía. Un grupo que adquiere su identidad a partir de un hacer que los estigmatiza ante la comunidad más amplia. Porque no es cualquier hacer. Sin duda., es diferente la percepción del grupo de tomadores según la escala social al cual el mismo se adscribe. Pero todos, en alguna o en gran medida, comparten el rechazo. El que reciben desde la comunidad y el que emiten hacia quién intenta traicionar. Pero traicionar qué ?

El elemento de cohesión , en una cohesión de marginalidad, es toda una cuestión a investigar, un desafío a conceptualizar. Sobre todo teniendo en cuenta la fuerte presión que reciben sus integrantes. Precio que se paga con tal de seguir perteneciendo. Sin duda, esto tiene que ver con la identidad de cada uno de sus integrantes y del grupo en general. Y si la identidad de una

persona es también un producto de la imagen que recibimos de los que nos rodean, resolver este aspecto poco indagado de la sociología de la estigmatización enriquecerá no solamente los enfoques del alcoholismo en particular, sino de las adicciones y de la marginalidad en general.

Por fin, en caso de que aparezca la demanda, o se acepte la propuesta, aparece lo que denomino genéricamente como el grupo de apoyo. Con las características que tenga: médico, psicológico, comunitario, religioso. Con el estilo que sea. Y acá no hay generalidades a las que agarrarse.

En nuestros grupos, habitualmente tratamos de no centrarnos en el alcohol, ni en el alcoholismo. Tratamos de escuchar las demandas, de promover respuestas por parte de los integrantes de los grupos hacia ellas, pero progresivamente, incentivamos la aparición de las posibilidades. Pasar de la enfermedad a la salud, y progresivamente, a la calidad de vida. Pero es un proceso que no excluye ninguna modalidad.

Es a partir de esta propuesta que trascendimos nuestra inicial exigencia de abstinencia como objetivo de la tarea. Aunque el proyectarnos hacia el mejoramiento de la calidad de vida dista de ser un objetivo menor. De todos modos, nos queda claro que mejoramos así también nuestra propia calidad de vida. A través de la búsqueda de los objetivos limitados, pero también escalonados, en una búsqueda dialéctica que nos permite, a todos, ir asentándonos en los logros, y a la vez no dormirnos en ningún laurel.

Los operadores del área psicosocial en general, y de adicciones en particular, sabemos lo esencial que nos resulta el poder observar los logros, a veces muy simples, para sostenernos en una propuesta vivida en general como muy exigente.

Qué pasa con la relación de los grupos entre sí? Tampoco es posible emitir recetas. La familia puede mirar al grupo de alcoholistas como un peligro, para su miembro alcohólico y para sí. Y a su vez, este grupo interpretar que la familia es opresora para con el alcohólico. Ambos grupos se rigidizan en sus roles.

Y en esta escalada de poder se juega la identidad del grupo, el sostener y sostenerse. Porque el alcohólico es el que finalmente otorga el sentido a los mismos.

En este juego, intentamos que el grupo de rehabilitación no reproduzca el modelo citado. Que la persona con problemas con el alcohol sienta que puede protagonizar una oportunidad, pero que no se sienta condicionado a aceptarla. Que será respetado, incluso y fundamentalmente en su dificultad. Si persiste, será acompañado, y si nó, tiene las puertas abiertas para cuando quiera y pueda. Fundamentalmente para cuando pueda. Y será también respetado en su recaída, paso ineludible del proceso de recuperación. Será respetado desde el ser persona, más allá de su problema.

A su vez, el grupo de apoyo puede percibir a la familia que se compromete como una alternativa, pero si no participa, puede vivenciar dicha situación como un abandono. La familia y el paciente, a su vez, pueden utilizar el espacio grupal como un escenario más de la escalada conflictiva que sostienen.

La inclusión del alcohólico en un programa de rehabilitación en cumplimiento de una orden judicial es otro desafío. De la relación que surga puede generarse una oportunidad para todos los involucrados, o también, en caso negativo, operar como una variante de control social. Esta variante la jugamos habitualmente, más cuando se relaciona esta tarea con la de otra vertiente de nuestro proyecto: la de la violencia, tanto la familiar como la social.

Desde los encuadres ortodoxos se descarta el operar sin la demanda del afectado. Desde nuestra realidad, muchas veces tenemos que iniciar los caminos terapéuticos trabajando la promoción de la demanda, y a partir de la demanda de la institución, sea la sanitaria, sea la judicial, sea la de organizaciones sociales. Ya es habitual esta modalidad, por ejemplo a partir de la existencia de maltrato a pacientes infantiles. Y aquí también son los grupos de ayuda común el marco desde donde se instrumentan las transformaciones para vivir mejor.

## LA RELIGION

Todos los grupos religiosos tienen relación con el alcohol. De un modo o de otro. Hay que tener presente que el alcohol se relaciona con la sangre, y con los sacrificios. Por eso en las celebraciones católicas, el celebrante ingiere vino.

En cambio, los evangélicos y pentecostales operan con un fuerte contenido antialcohólico. Que también es un modo de tener presente a la bebida en cuestión. Fuertes prohibiciones circulan en este medio en relación a la ingesta.

Los pobladores mapuches, en cambio, en su rogativa tradicional anual, el nguillatun, utilizan la sangre de un animal como ofrenda a Nguenechén, y riegan el suelo, y sus gargantas, con el clásico mudai, la chicha que preparan especialmente para la ocasión.

La chicha, bebida alcohólica producto de la fermentación del fruto del pehuén, o de frutas o cereales, siempre estuvo presente en los encuentros. Tanto en los religiosos como en los recreativos.

Y la forma de ingesta rural sigue siendo grupal, a diferencia de la urbana, en la que predomina el estilo individual. Es decir, la opción es utilizar la bebida alcohólica desde su función de relacionadora social o desde sus efectos sedantes. Pero nada es esquemático, sobre todo en nuestra región donde se expresa un fuerte crecimiento de la población se asienta, especialmente a partir de migraciones.

## MODALIDAD

Trascendido el inicial enfoque antialcohólico, ya relativizada la fuerte impronta médico-biologista, ya configurados los equipos interdisciplinarios e interinstitucionales, ya en marcha los grupos de autoayuda en San Martín de los Andes, aparece la demanda de otras localidades de la región.

Y comenzamos con otra característica de la tarea: trabajar en los distintos escenarios locales de la región. Con la mejor intención aunque un tanto traspolando los estilos médicos biologists, recomendamos entusiasmados nuestro modo. A nosotros nos estaba resultando, por decirlo de algún modo. Más allá de los errores que en la medida que los veíamos, los tratábamos de transformar.

Pero nos habíamos olvidado de algo. Este modelo, si así podíamos llamarlo, lo habíamos desarrollado a partir de una experiencia, o de una serie de experiencias, propias, locales. Y pronto apareció la crítica, unicada crítica, de los compañeros. De algún modo, nos estábamos pisando conceptualmente.

- Si la demanda está impulsada por el problema de la desocupación, (o de la violencia familiar, o de la institucional), tenemos que organizar la tarea de modo propio.

- Sí, pero a nosotros nos pasó...

Es cierto que nos había pasado tal o cuál cosa, pero la experiencia local exigía recorrer ciertos pasos ineludibles. Y luego de transitarlos, habitualmente el modelo de trabajo local de un lado era diferente al de otros.

Y nuevamente el tema de la búsqueda de la seguridad. No casualmente los médicos, para disminuir la incertidumbre ante el dolor que transita habitualmente en nuestra tarea, nos manejamos, o tratamos de hacerlo, a través de normas.

Y así surgió el eje de nuestra red: el respeto al modo local, en cada uno de los espacios donde se generara. Y con ello, a la gente que lo llevara adelante.

Y así, en cada lugar de nuestra zona sanitaria apareció un proyecto de trabajo en alcoholismo. Con las correspondientes diferencias. En algunos, se enfatiza el aspecto de prevención, en casi todos, el de rehabilitación. En otros, el de investigación y docencia. Aquél, tiene más presencia médica.

Este otro, conducido por líderes exalcohólicos o familiares. Pero en todos ellos se produjo un proceso similar, de lo médico se pasó a lo social, de la enfermedad a la salud, y por su intermedio al enfoque de la calidad de vida, teniendo de cuenta especialmente lo relacionado a los derechos humanos.

El intentar aceptar la diferencia, paso lógico con que intentamos responder, nos permitió construir la única norma posible: el no tenerla.

## REDES DE PERSONAS, DE GRUPOS, DE PROYECTOS, DE LUGARES

De la experiencia de los distintos proyectos locales surge también un eje operativo: el intercambio de las experiencias de los integrantes como la

dinámica compartida.

También, el intentar aprovechar la crisis como un tiempo de cambio.

Así, en Las Lajas se creó una granja para alcohólicos detenidos, relacionando el proyecto inicial con el que sostenemos con personas privadas de libertad. Actualmente, este proyecto se suspendió, y el grupo de Zapala está proyectando reflotarlo.

En Aluminé, por otra parte, el proyecto está sostenido fundamentalmente por mujeres, casi todas parejas (o exparejas) de pacientes alcohólicos, aunque algunas de ellas también afectadas directamente. Este grupo lleva adelante un proyecto eminentemente productivo, taller de telar mapuche y de artesanías, y una bloquera sostenida por los hombres.

Algunas cosas pudimos ir sacando de esta experiencia, como el hecho de que al emprenderse esta modalidad productiva este grupo se cerró, es decir que la inclusión de nuevos miembros se hizo dificultoso, pues en épocas de desocupación la necesidad de enfrentar la competencia es una realidad. Y así observamos que se estaba abandonando el trabajo con personas afectadas por el alcohol. Actualmente este grupo está poniendo énfasis en la tarea preventiva en las escuelas de la región. Asimismo, el grupo productivo con modo de trabajo cooperativo se da reuniones diferenciadas con el grupo para rehabilitación propiamente dicho. Aún es temprano para emitir juicios definitivos, pero realmente es una experiencia para conceptualizar.

Hay grupos que desarrollaron espacios de teatro, otros de producción cinematográfica y de video. O espacios literarios. En todos, el desafío es superar el estigma social que genera en pueblos pequeños la concurrencia a estos espacios. La creatividad es un buen camino.

El grupo de San Martín está facilitado por una agente sanitaria. Isolina es una de las fundadoras del proyecto, y desde hace mucho tiempo es la operadora que sostiene la tarea grupal. Más allá de que nos entretenemos con discusiones habituales, es una persona que se las trae. Ingresó en el proyecto como esposa de un afectado. Luego terminó su escuela primaria para acceder a un puesto de agente sanitaria, y actualmente es un referente del tema en docencia e investigación.

En Junín de los Andes lo coordinaban un médico y una psicóloga, aunque actualmente está suspendido.

En Zapala nace de un espacio docente: el de Salud Mental dentro de la Residencia de Medicina General. Así también se ingresa con la red en otra zona sanitaria de la provincia, la central, y por su intermedio a diversas nuevas localidades. De estas maneras nos relacionamos con otros proyectos, grupos y redes, incluso extraprovinciales.

Asimismo, esta red se nutre de vínculos con otras instituciones aparte de la sanitaria, en especial Justicia, Trabajo, Derechos Humanos, Educación, Vecinales, Iglesias, etc.

Esta red, que originalmente dimos en llamar Mingaco, que en quechua quiere decir Trabajo Solidario, que se conforma con diversas vertientes de tareas comunitarias, originó en su momento la necesidad de una nueva herramienta, a la que adherimos la mayoría de los operadores: una ONG que tiene el mismo nombre de la red insteristitucional.

Es en el marco de la ONG que sostenemos algunos proyectos comunitarios, incluso centros barriales, que facilita la llegada de propuestas, adherentes y recursos, con proyectos en el área de chicos con dificultades sociofamiliares, mujeres y hombres con relaciones de violencia, líneas de investigación y docencia, microemprendimientos de capacitación, sostenimiento de grupos de personas privadas de libertad, o afectadas por otras adicciones, de prevención de violencia social o institucional, etc.

Así los operadores de los iniciales grupos de alcoholismo se lanzaron a participar en otros grupos que tienen que ver también con la marginalidad. En nuestra experiencia, la loperartoria con personas afectadas por el alcohol se constituyó en una vía regia que nos impulsa a operar en otros espacios.

Y acá aparece una meta general desde nuestra experiencia: construir en cada localidad una red de grupos de trabajo con personas en dificultad social, no solamente en alcoholismo, si bien habitualmente a partir de dicho proyecto. Estos grupos se relacionan desde sus integrantes, desde sus intereses comunes, desde sus dificultades compartidas.

Por otra parte, es habitual que en el grupo de mujeres maltratadas surja el tema del alcohol en los golpeadores, y muchos enfoques se originan a partir de dicho espacio. Ni qué decir que en los grupos de detenidos hay también muchas personas afectadas por la dificultad del alcohol., y que en los proyectos con chicos con dificultades sociofamiliares, los padres, o ellos mismos, estén severamente afectados. En suma, cada una de las personas con las que operamos, nos brindan la oportunidad del encuentro, cada uno de los grupos el espacio del mismo. Este concepto, el de flexibilidad operativa, nos permite con menos dificultades que las habituales acceder por una parte al enfoque de las dificultades, pero sobre todo al hallazgo de posibilidades.

Estos grupos se relacionan desde sus integrantes, desde sus intereses comunes, desde sus necesidades compartidas, Y desde cada red local se generan y reciben los vínculos con personas y proyectos de otras redes también locales aunque en el marco regional, que a su vez conforman la red regional Mingaco, conformada en el centro y sur de la provincia del Neuquén.

Entendemos por red regional la interrelación de personas y grupos convocados por objetivos comunes, con cierta identidad de modos pero con autonomía operativa, que funciona desde la articulación y desde el apoyo de los diversos proyectos locales.

HISTORIA DE ADRIAN

Adrián era casi un niño cuando ingresó detenido. Cumplió una condena de varios años en SMA. Tenía dos muertes encima, ambas por peleas a cuchillo estando alcoholizado. También Adrián tenía otras particularidades. Era bueno, no lo conocí con alcohol y cuchillo a mano, con una ingenuidad que las rejas no pudieron borrar, pero, y por sobre todo, tenía una fuerte sensibilidad para con los chicos. Quizás porque él continuaba siendo uno más de ellos. Pero no era fácil para Adrián expresar esa inquietud afectiva por los chicos.

Adrián hizo un arreglo con los policías que lo custodiaban de la alcaidía de SMA. Cada vez que por una causa u otra ingresaba un pibe en la comisaría, ya sea porque lo habían encontrado inhalando, o porque se había perdido, o lo que fuera, lo llamaban para que hablara con él.

- Sabés, Wille, yo me mandé una flor de cagada, y no quiero a a otro pibe le pase algo parecido. Por eso me acerco y les hablo de lo mío, si les cabe. Y si no, igual. De última, acá estoy bien al pedo todo el día.

Y con una paciencia llamativa, Adrián fue tratando de reparar el daño cometido hacia otros, en la persona de cada uno de los chicos que accedían más o menos casualmente a su lugar de detención. No faltó en oportunidades el hijo de alguno de sus guardianes.

Esta creatividad de Adrián también se expresó cuando salió en libertad. A medida que se acercaba el día, lo veía a Adrián pensativo.

- Qué te parece, a vos que te gustan estas cosas. Cómo armo algo con los pibes del barrio ? Porque a uno que estuvo en cana no se le da fácil la mano.

Era cierto. El estigma que pesa sobre los presos en general, sobre los liberados, es grande. Pero el impulso de Adrián fue mayor. Se asoció con Juan Carlos, el agente sanitario del barrio, que además me acompañaba a las reuniones del grupo de detenidos, e invitaron a algunos chicos al puesto sanitario del Barrio Tiro Federal. Con una reproductora y un televisor, a pedido de los chicos les comenzaron a pasar películas. Después, con los que querían quedarse, hablaban sobre lo que habían visto. Y concurrían muchos chicos. Y también se quedaban muchos a hablar. Ese fue el inicio, hace unos cuantos años, del Proyecto Comunitario Crecer, que sigue funcionando actualmente en el Barrio Buenos Aires Chico de SMA.

- Es una joda -me decía- porque quiero pasarles películas que sirvan, pero ellos me piden de karate y de tiros.

Si bien no aflojaba en su entusiasmo, el tema de la violencia lo seguía obsesionando. Su historia personal, así como la familiar, era una historia de sangre y de alcohol. Y luchaba con todo ello.

Pasó un tiempo. Un tiempo sin alcohol. Pero con el alcohol pendiendo. Había conseguido un trabajo, una changa casi, pero se le fue prolongando. Cuando cobró unos pesitos, lo acompañamos con la idea que era una oportunidad para fortalecerse. No tomó la primera vez.

Cuando volvió a cobrar, no se aguantó más. Tiró más el encuentro con los amigos, la partida de truco, el primer vaso de hacía mucho tiempo. Y en el piso de aquel bar, esa vez quedó tendido Adrián, en un charco de sangre con el cuello cortado.

Nos queda su recuerdo, su dulzura, su amor por los chicos. Su intento de reparar. Por encima de su dificultad con el alcohol. Pese a su historia de violencia. No están de acuerdo conmigo ?

#### TERMINO

El uso excesivo del alcohol suele estar relacionado con el drama. Personal, familiar, grupal. Incluso de los mismos terapeutas, cuando no nos desprendemos de nuestra omnipotencia. Sin desmerecer los enfoques médicos, necesarios pero insuficientes. Evitar caer en la trampa del mago sin magia, al que se le confieren todos los poderes para después, pero muy cerquita., culpabilizarlo por el fracaso.

Suele ser costoso confrontar con el riesgo, pero este es el precio del vivir. Poder discurrir con flexibilidad desde los enfoques médicos a los de salud, pero sobre todo, a los de calidad de vida, es el desafío a emprender. Para ello, entiendo, y entendemos, que el eje es apoyarnos en las experiencias y la energía de las personas que sufren las dificultades, sosteniéndolas en sus posibilidades, aprovechando las crisis como la oportunidad del cambio.

Asimismo, poder relacionar, buscando la integralidad, y a través de un enfoque de red local, las distintas necesidades, pero sobre todo las posibilidades de las personas que necesitan. Relacionar la reflexión con lo afectivo y con el quehacer cotidiano. A la vez, desarrollar una red regional, con los distintos proyectos locales, en toda la dimensión creativa de sus sostenedores, con el respeto a los modos que cada proyecto y grupo de personas hayan definido. Es lo que entendemos como modelo local. Este desafío nos exige conocer, respetar, cuestionar, sobre todo lo propio, aceptar los costos, pero también sostenernos en las gratificaciones que surgen de la tarea. El alcohol, o el conflicto, pueden ser así una puerta, hacia el otro, hacia uno mismo.

Y como dice Benedetti:

Defender la alegría como una trinchera  
defenderla del escándalo y de la rutina  
de la miseria y de los miserables  
de las ausencias transitorias y de las definitivas.

Defender la alegría como un principio  
defenderla del pasmo y de la pesadilla  
de los neutrales y de los neutrones  
de las dulces infamias y de los graves diagnósticos

Defender la alegría como una bandera  
defenderla del rayo y de la melancolía  
de la retórica y de los paros cardíacos  
de las endemias y de las academias.

Defender la alegría como un derecho  
defenderla de Dios y del invierno  
de las mayúsculas y de la muerte  
de los apellidos y de las lástimas  
del azar

Y también de la alegría.